

FUNDAMEDIOS
EXPRESSION DE LIBERTAD

6:58 PM

RELATOS PERIODÍSTICOS SOBRE EL TERREMOTO



Mariana Neira
EDITORA

Arboleda • Benalcázar • Cano • Constante • García • Gonzales • Jaramillo
Molina • Morán • Olmos • Panchana • Paredes • Rueda • Vecino • Yépez
AUTORES

6:58 PM

RELATOS PERIODÍSTICOS SOBRE EL TERREMOTO

Mariana Neira
EDITORA

Arboleda • Benalcázar • Cano • Constante • García • Gonzales • Jaramillo
Molina • Morán • Olmos • Panchana • Paredes • Rueda • Vecino • Yépez
AUTORES

Una publicación de

 **FUNDAMEDIOS**
EXPRESIÓN DE LIBERTAD

Edición General:
FUNDAMEDIOS

Diseño y diagramación:
José Luis Tutachá

Foto de la portada
Ariel Ochoa/Agencia API

ISBN : 978-9942-14-808-7

Impresión:
CANVAS Publicidad
canvaspublicidad@me.com / 0984068576
Hecho en Ecuador, Septiembre de 2016

Realización:



Fundación Andina para la Observación Social y Estudio de Medios
Dir.: José Padilla N330 e Iñaquito, Edificio Platinum Oficinas, piso 6, oficina 602.
Telf.: 601-9956
Quito - Ecuador

© Prohibida la reproducción total o parcial del contenido de este libro sin la expresa aprobación de los autores.
Todas las opiniones aquí expuestas son de exclusiva responsabilidad de sus autores.

6:58 PM
RELATOS PERIODÍSTICOS SOBRE EL TERREMOTO



6:58 PM
RELATOS PERIODÍSTICOS
SOBRE EL TERREMOTO

INTRODUCCIÓN

HISTORIAS PARA COBIJAR A LA FRAGILIDAD

En segundos puede cambiar todo. La fragilidad. Un accidente te deja sin piernas. Una isquemia cerebral te deja sin habla. Un tren o un avión que no tomas por unos minutos y que conducía al desastre. O a la dicha.

En segundos todo puede terminar. La humanidad constantemente ha tratado, durante el paso por este mundo, de vencer esta fragilidad y construir una sensación de estabilidad, casi siempre fallida: ciudades seguras, casas seguras, puertos seguros, calles seguras, vidas seguras. Y debemos reconocerlo, a lo largo de los siglos algo se ha atenuado la fragilidad de la vida humana. Pero no tanto como pretendemos.

En estos días me encuentro leyendo *Centuria*, la trilogía de Ken Follet, que cuenta la historia del siglo XX, “la vida de nuestros abuelos”, como gusta decir el novelista galés. Ya en “La caída de los gigantes” está claro que pese a toda la construcción de una sensación de seguridad, nada se puede contra la arrogancia y la codicia humana. Más aún cuando el poder se basa en ello y se vuelve una condición colectiva. En el segundo volumen, “El Invierno del Mundo”, aparece otra compañera que suele transformar el viaje humano en catástrofe: la cobardía. Claro, la historia no está completa si no mencionamos a los antídotos de contención: nobleza, lucidez, amor. Por eso es tan importante, que existan quienes registran y cuentan las historias. De la fragilidad y de la fortaleza. De lo humano.

Cuando pocos días después del terremoto del 16 de abril, convocamos a los contadores de historias para que nos contaran sus historias, no alcanzábamos todavía a visualizar la pintura completa de lo que había sido el trabajo periodístico durante las primeras semanas de la tragedia que afectó a más de un millón de personas y costó la vida de 673 personas, aunque todavía sin confirmación oficial.

Fueron los días en que se debatía, y muchos se rasgaban las vestiduras, sobre el vacío informativo que tuvo el país durante las primeras horas después del terremoto. ¿Qué había sucedido? ¿Autocensura? ¿Falta de protocolos en las redacciones? ¿Desidia? ¿Inoperancia? ¿Debilidad financiera y periodística? Dando rienda suelta al cinismo del que ha hecho gala durante toda su gestión, el primer censor de la democracia, el superintendente de Comunicación Carlos Ochoa, se paseó por los medios afectos, aliados y algún independiente, levantando el dedo acusador en contra de los periodistas y medios que ahora aparte de malignos eran ineptos.

Cuando hablamos con quienes habían vivido las historias del terremoto en primera persona. El panorama se volvió más complejo y más desolador. Lo del vacío informativo se transformó casi en una anécdota secundaria, porque los relatos que salían de quienes llegaron las primeras horas a la Zona 0 del terremoto, nos hablaban de caos, dolor, parálisis y al mismo tiempo solidaridad, valor, dignidad. Al fin, hablábamos de lo humano y no solo de manipulación política.

Por eso, en Fundamedios decidimos hacer este libro. Fue una decisión colectiva. Lo planteamos y los estupendos periodistas que trabajan con nosotros nos lo exigieron. Cuando encargamos a Mariana Neira, la experimentada periodista que ahora es presidenta de Fundamedios, para que coordinara el proyecto editorial, todo adquirió forma. Los cronistas y fotoperiodistas que estuvieron invitados reaccionaron con absoluta generosidad y el libro se hizo realidad en poco tiempo. Gracias a todos.

Al mismo tiempo, los equipos periodísticos de la Fundación recorrían la zona del desastre para mapear los daños en los medios de comunicación locales. El panorama era desolador. Encontramos 16 medios con severos daños y 19 que sufrieron daños mayores, de un total de 86 afectados en toda la zona. Pero hallamos, más que nada, voluntad de seguir sirviendo a la comunidad. Y encontramos historias, más historias...

Después de que como sociedad, los ecuatorianos hemos experimentando de todo: bonanza y derroche económico, poder político total, ideologías que te enseñan el camino, religiones del dios verdadero, la moda y la tecnología como trendy; hemos aprendido con las enseñanzas de los colegas contadores de historias y de la población que sufrió y todos los días se levanta después del terremoto, que el único remedio a la fragilidad es sentir un abrazo que te cobija el alma hasta dejarte con un suave calorcito en los pies mientras leemos las historias que nos cuentan en este libro.

César Ricaurte

Director Ejecutivo de Fundamedios

PRÓLOGO

¿Cuál fue la idea que tuvo Fundamedios al planificar este libro? Que el periodista reportero, aquél que corretea todo el día atrás de la noticia, contara lo que vio y sintió al hacer la cobertura sobre el terremoto del 16 de abril 2016 en las provincias costeras: Esmeraldas, Manabí, y dejara un testimonio escrito de este evento histórico.

De otro lado, que la gente viera que atrás de ese rostro frío del periodista reportero hay un ser humano que cuenta historias aguantándose las ganas de expresar sus sentimientos de estupor, de tristeza, de impotencia... Mostrar a ese periodista que durante esta catástrofe rompió los protocolos y se convirtió en un voluntario más, básicamente sirviendo en su área. Habilitó los canales de intercomunicación entre las víctimas y el mundo exterior. Ese trabajo fue de mucha utilidad porque permitió visibilizar a las víctimas abandonadas, sus necesidades.

La cobertura periodística fue, sin que la gente lo notara, con una sensibilidad a flor de piel, grandes muestras de humanismo y sacrificio. A este periodista reportero se lo puede ver dentro de las escenas que 'gráfica' con sus escritos, al comienzo, en una circunstancia difícil. Debía definir qué estaba primero: la familia o el oficio.

Cuenta uno de los periodistas oriundo de Esmeraldas, por ejemplo, su situación de padre de familia en el terrorífico momento del gran sismo: "¡Papá, papá, por favor, que ya se termine esto!", gritaba Valeska, mientras se aferraba a mí. Luego, al salir a la sala, me abrazó una sobrina, lo mismo hizo mi mamá que se sujetaba al 'valor' del hombre de la casa. Enseguida, todo quedó en tinieblas...

El susto no les impide ver que son periodistas y corren a realizar la cobertura incluso "cargando" a sus familiares. Periodista de Bahía de Caráquez narra: "Hicimos ese recorrido en contra de la voluntad de

nuestra familia. Mi mamá se opuso. Pero se quedó tranquila cuando nos acompañó. La esposa de mi hermano se alteró”.

Y el periodista se conmueve ante el horror de una catástrofe. Digna Bolivia Ubillús García tiene 68 años. Vive atada a una silla de ruedas hace 16... mi hija mayor, Miriam, madre de dos niños, que murió en 2005 en un accidente de tránsito en la vía Manta-Portoviejo. Tenía solo 32 años... No había dejado de rezar desde que ocurrió el terremoto. José Luis Bailón Ubillús, el segundo de sus cuatro hijos, Pepeco, no daba señales. Tampoco su nuera, Verónica, ni los cuatro nietos Bailón-Moreira, que vivían en Manta... (Del lunes 18 al viernes 22, rescataron a los 6, muertos bajo los escombros del centro comercial de Manta.)

En el camino de su trabajo, el periodista reportero siente impotencia.

Una periodista cuenta: ...“muchos damnificados improvisaron su vida en carpas, al pie de las carreteras”.

Un periodista de Chone reclama: “Pasamos cinco días sin que el país supiera nada de Chone”...

El periodista reportero testifica los errores.

Una fotoperiodista cuenta: “Un rescatista que evitó mi caída... Me contó que llevaba 26 horas sin dormir. Me dijo: “Qué bueno que vengan y hagan fotos porque no tenemos ayuda y la gente ya quiere meter maquinaria y aquí hay gente viva aún... Eso precisamente había ocurrido en los días previos. Maquinaria pesada realizaba una búsqueda desesperada de personas atrapadas entre los escombros. Fue una decisión de los sobrevivientes desesperados por rescatar a sus seres queridos... hicieron lo que no debían hacer y lo hicieron sin que ninguna autoridad les impidiera”.

El periodista reportero pudo notar que la propaganda política estuvo por encima del drama humano.

Un periodista reportero narra: “Mientras afuera hacían fila cientos de damnificados, especialmente mujeres, adentro del recinto educativo se libraba una fuerte discusión entre la autoridad designada por la Secretaría de Gestión de Riesgos y el jefe militar que comandaba las operaciones en Pedernales”.

En el camino, los reporteros periodistas se dan cuenta que la maravillosa tecnología, sin luz, no sirve.

Una periodista cuenta: “Parecía que el sol nos comía en vida, mi cámara empezó a enloquecer por la alta temperatura de la batería. Se me vino una idea. Mojé mis manos, las sequé, saqué la batería y la puse en mis manos, aun frías, para bajar la temperatura. Esto no está en los manuales, se me ocurrió. ¡Y funcionó!”

Y notan que no están preparados para enfrentar catástrofes.

Un reportero escribe: “Parecía que los militares llegaron a un territorio en guerra. Cargados enormes mochilas, eran los únicos preparados para enfrentar la emergencia, a más de sus armas, tenían provisiones, medicinas, mascarillas, baterías, linternas, cascos y agua...”

Una reportera internacional añade: “En mi mochila iban —y lo enumero en el mismo orden que lo empaqué en su momento— la portátil, los cargadores, la grabadora de voz, un paquete de pilas, mi libreta de apuntes, bolígrafos varios, un par de medias, un interior, una camiseta, el desodorante, el cepillo de dientes, unas cuantas pastillas de ibuprofeno y una caja de vitamina B...”

Hay muchas, muchas historias en este libro. Las escribieron 15 periodistas que dan una visión real del trabajo esforzado del reportero. A un lado quedó el miedo. Predominó el amor por un oficio diseñado para servir a la comunidad.

Mariana Neira
Presidenta de Fundamedios

CONTRA EL RUIDO BLANCO: HISTORIAS DE SEIS MEDIOS DE COMUNICACIÓN EN EL TERREMOTO

Cristina Arboleda

Un letrero del gobierno provincial ubicado en la entrada de Pedernales me provocó un escalofrío: “La tierra ama nuestras pisadas, pero teme nuestras manos”. El sábado 16 de abril de 2016, dos minutos antes de las 19:00, esa tierra se sacudió de las pisadas de los hombres y de lo que sus manos habían construido. Tres semanas después del terremoto solo se podía ver la devastación: los escombros removidos, terrenos polvorientos con algo de basura. Era todo lo que quedó de las casas y edificios. De algunas viviendas apenas había un esqueleto de vigas y varillas. Las menos afectadas mostraban grietas y cuarteaduras. Eso en lo material, que es lo menos doloroso.

Con un equipo de Fundamedios salí de Quito en la madrugada. La tarea era constatar la situación de los medios de comunicación después del terremoto en el norte de Manabí. Cerca de las 10:00 del viernes 6 de mayo detuvimos el auto a pocos metros de la entrada a Pedernales para pisar tierra y constatar que el paisaje era real. Parecía que acabábamos de entrar en una pesadilla.

A nuestra llegada el olor a muerte había cedido y, poco a poco, la vida se iba abriendo paso entre la desolación. Retornaba el movimiento a las calles. La gente hacía fila en una farmacia que funcionaba en la planta baja de un edificio inhabitable. Había que sanarse. Entre la polvareda, las carnes volvían a colgar en una tercena. Había que comer. Los comercios resucitaban ofreciendo todo tipo de ropa. Había que vestirse. Levantarse. Seguir.

Ariel Ochoa, el joven fotógrafo que nos acompañaría en la cobertura

llegó desde Manta. Como lo hacían todos los viajeros, lo primero que le preguntamos fue detalles sobre el terremoto. Él, pocas horas después del sismo se dirigió a Tarqui, la zona cero de Manta, para documentar la catástrofe. Tenía los equipos cargados y la maleta de trabajo lista porque esa noche debía fotografiar una boda. El terremoto agió la fiesta.

Pasamos por la derrumbada Escuela del Milenio convertida en centro de operaciones de los militares. Se nos erizó la piel. En esa escuela recién construida había columnas sostenidas por ataúdes que no se utilizaron. Desde allí salían los camiones que repartían las raciones diarias a la gente que necesitaba alimento, agua, vituallas. Seguimos a uno de esos vehículos. Se detuvo en casas que, aun se mantenían en pie. Sus habitantes habían vuelto para velar por lo poco que les dejó el sismo.

Radio Altamar: “No nos vamos, nos quedamos”

Por un camino de tierra llegamos hasta donde funciona Radio Altamar, una de las dos estaciones con que contaba Pedernales. Entramos a un estrecho local de paredes azules. Fue lo único que quedó en pie tras el terremoto. Don Gary Cobeña, radiodifusor y dueño de la estación, dejó la consola para contarnos que el terremoto lo agarró lejos de ahí, en la loma de San Isidro. Después de saber que sus hijos que estaban en Portoviejo, se encontraban a salvo, trató de volver a Pedernales, pero fue imposible. La vía estaba destrozada, obstruida por grandes deslaves.

En la radio, a la hora del terremoto estaban grabando un programa sobre medicina natural, con el doctor José Luis Lavalle. El operador de la radio, Geovanny Toral, y su esposa, Yaritza Briones, quien era secretaria de Altamar, también se encontraban adentro del edificio que se destruyó casi totalmente. Yaritza estaba sentada en su escritorio, ese lugar quedó intacto, pero ella se desesperó, intentó salir y resultó herida. Finalmente murió. Geovanny salió ileso y el Dr. Lavalle fue rescatado

con vida horas después.

Ya sin escombros, cuesta imaginar que en ese sitio existió una edificación. Pero un auto aplastado por completo da cuenta del impacto del sismo. “Este fue un terremoto sin sentido, niña”. Gary no entiende por qué se destruyó el edificio. Lo único que quedó fue una especie de bodega construida sobre un pozo y una cisterna. Miro a mi alrededor y sobre la pared que quedó intacta veo un grafiti. Las palabras trazadas con letras grises estremecen: “Geovanny, te amo. Karol, te amo”. Karol es el nombre de la pequeña que, como muchos otros niños, ese día perdió a su madre.

—¿Esto escribió Yaritza? -pregunté sobrecogida.

—Sí, ella escribía mensajes en las paredes. Miren.

Seguimos a Don Gary hacia el interior del único cuarto que resistió al sismo. Ahí también había mensajes: “Te amaré x 100pre”. Frases escritas en medio del aburrimiento de una tarde de calor o en una noche de insomnio, pero que ahora tienen otro sentido. Geovanny duerme ahí, sobre un colchón, en el suelo, entre las dos paredes en las que su esposa escribió. Como él, varias de las personas que trabajaban en Altamar, vivían también en el sitio donde funcionaba la radio. Tras el desastre, algunos se quedaron y armaron un campamento con carpas en la azotea, donde apenas podían descansar.

Las horas siguientes al terremoto, sin luz eléctrica y sin ningún medio que pudiera informar qué sucedía, Pedernales sólo era oscuridad y silencio. Don Gary sabía que era necesario volver al aire y calmar a la gente. Lo entendió sobre todo cuando recibió la llamada de una señora que al escucharlo rompió en llanto. Lloraba de alegría al saber que la voz de Gary no se había apagado. “Si una señora se alegraba tanto al escucharme por teléfono, pensé lo que sentirían todas las demás personas que sobrevivieron en Pedernales. Ahí se me prendió el foco. Algo me decía que debía sacar la radio al aire”.

La dueña de una de las principales tiendas del pueblo, desesperada por los saqueos, le dio un generador eléctrico a diésel. Altamar rompió el silencio a las 05:00 del miércoles 20 de abril, tres días después del sismo que quebró a Pedernales. “Lo primero que hice fue llorar y llorar. La gente llamaba y lloraba también. Todos lloramos ese día. Yo les dije, lloremos todos y esta va a ser la última vez”.

“No nos vamos, nos quedamos”, fue el lema difundido a través de los micrófonos de Altamar que motivó a miles de habitantes a regresar a Pedernales. Esta radio que habitualmente pone música y cuenta con tres noticieros, se dedicó a tranquilizar a la gente, a desmentir la llegada de un megaterremoto o un tsunami. Altamar se convirtió en un puente para volver a la calma, para retornar a Pedernales.

Radio Tropical: Reencontrar un motivo para vivir

La situación de Radio Tropical era peor que la de Altamar. No podía salir al aire. El viernes 6 de mayo su equipo de trabajo estaba moviendo cielo y tierra en Pedernales para volver al aire desde la casa del director de noticias, Julio César Burbano, más conocido como Jury.

Ahí estaba Marcelo Cepeda, con dos de sus hijos, colaboradores de la radio y otros amigos. Habían logrado levantar la antena de enlace con una caña, y con equipos prestados estaban listos para volver al aire, pero faltaba arreglar la antena en el cerro.

El día del terremoto, Marcelo que vivía en el mismo edificio donde funcionaban la radio y el consultorio dental de su mujer, estaba descansando en su habitación con su esposa y sus tres nietos. A uno de los pequeños le dio hambre, pidió un biberón y la abuela con los niños fueron hasta la cocina. Entonces se produjo el gran sacudón. El edificio colapsó. El único dormitorio que quedó suspendido en el aire fue el de Marcelo, con su cama en un borde, a punto de caer. Él fue el único

sobreviviente en el edificio.

Willian Pinargote, reportero de crónica roja de la radio, se ofreció a llevarnos al lugar donde se desplomó el edificio. La escena era terrorífica. Nos detuvimos al frente, junto al vehículo aplastado del señor Marcelo. Mirábamos incrédulos al edificio convertido en polvo. Sólo quedaron unas paredes de la planta baja y el dormitorio de Marcelo sostenido en el aire. A la vista quedó su cama, el ventilador colgando del techo, un basurero, algunos muebles, los retretes de dos o tres baños. La vida en hilachas. Trepado sobre los escombros, Willian buscaba como un sabueso algún documento de la radio, algo que se pudiera rescatar. A nuestros pies encontramos fotos casi intactas, dentaduras postizas, cuentos infantiles, piezas de lego. Fue imposible no pensar en las vidas rotas de sus pequeños dueños.

Volvimos a la casa de Don Jury. En el exterior jugaba con un esbelto gran danés negro. Estaba amarrado porque su dueño temía que atacara a los perros que desde el día del terremoto fueron a refugiarse en su territorio. Uno de ellos era un golden retriever que tenía unas marcas negras sobre su cabeza, pero que se veía saludable, con ganas de comer, de jugar, de vivir. El perro dorado acercó su hocico a las manos de Daniela, la hija de Marcelo que perdió a sus dos hijos y a su madre cuando el edificio de la radio colapsó. Ella sonreía por instantes y sus ojos hinchados, la mirada perdida, parecían volver a la vida. Mientras acariciaba al perro decía que una vez tuvo un perro muy parecido, pero como a todos sus perros, le robaron. Pienso hacia adentro en sus pérdidas, en la tragedia que vive a sus 21 años y no encuentro palabras. Me daba miedo mirarle a los ojos, hablarle. Parecía una niña de cristal que podía quebrarse ante cualquier gesto. Daniela me dijo que no podía estar en Pedernales, que al día siguiente iría a Quito. Que ahí estaría más tranquila. Pedernales le hacía mal, en cada calle encontraba a alguien conocido y le invadían los recuerdos. Nuestras miradas permanecían en el perro dorado que lamía mi mano. ¿Te gusta Quito?, atiné a decir. Me dijo que sí. El lunes siguiente empezaría su terapia psicológica. Una tía se ofreció a pagarle

una carrera profesional. Daniela quiere ser fotógrafa. Sabía que cualquier cosa que dijera sonaría tonta, pero me animé a decirle que tenía su vida por delante, que lo haga en honor a los que ya no están. Algo parecido a una sonrisa le atravesó el rostro. Lejos del mar, de su pueblo natal, Daniela buscará un motivo para seguir.

Pasaban las horas y en la frecuencia de Tropical sólo había ruido blanco. Jury, mientras tanto, refrescaba la espera ofreciéndonos sandía y una conversación cálida. “Me vine a Pedernales huyendo del terremoto de Bahía en 1998”, decía Jury. Ahora sabía que no tenía sentido volver a huir y se aferraba a lo que habían construido en Pedernales, eso que el terremoto no destruyó. Y contó: “Al día siguiente fuimos a ver qué había quedado de la radio y solo pudimos encontrar estos dos micrófonos. Esto es lo más importante, sin esto no somos nada. Estas son nuestras herramientas, nuestras armas y son lo que nos llena de felicidad. Es el aliciente para seguirle transmitiendo a la gente que seguimos aquí, que estamos vivos”.

Pero Don Marcelo y su hijo Xavier no volvían del cerro. Allá, la caseta donde estaban los equipos, se había derrumbado y, a pesar de todos los esfuerzos, no lograban hacer las reparaciones para salir al aire. Mientras tanto la tarde se extinguía con el sol ocultándose en el mar.

Unos días después de estos diálogos y casi a un mes después del terremoto, radio Tropical volvía al aire. Con ella renació una voz para Pedernales, revivió la esperanza de tener un trabajo para Jury, William y los demás colaboradores de la estación. Y Marcelo reencontró una excusa para seguir.

18 años después, Bahía vuelve a temblar

Desde la carretera, la belleza de la naturaleza contrastaba con el horror del desastre. El mundo humano se había destruido, pero lo natural se

mantenía: palmeras, árboles de cacao y plátano, el verde intenso del trópico y, a lo lejos, la línea celeste del mar ocultaba el dolor de Manabí.

Una vez más, Bahía de Caráquez, ciudad que soportó un terremoto de 7,1 grados en agosto de 1998, sintió la potencia de las fuerzas naturales. El terremoto de abril provocó el colapso de cientos de edificaciones y, semanas después del sismo, aún se podía sentir el peligro al pasar junto a los grandes edificios fracturados. Frente al malecón, las secuelas del terremoto eran aún peores. Junto a la estación de bomberos apenas quedaban escombros de lo que había sido el edificio donde funcionó la Radio FB.

Mientras recorríamos el lugar encontramos un reloj de pared. Sus manecillas se detuvieron en la hora exacta de la catástrofe: las 18:58. El día del sismo, media hora antes de que la tierra empezara a temblar, Iliana Zambrano, directora general de FB, terminó su jornada de trabajo y caminó hasta su casa. El terremoto la agarró con su familia y lo primero que hicieron fue tratar de salir de Bahía porque pensaban llegaría un maremoto. Al día siguiente, cuando fue a ver qué había pasado con la radio se encontró con que el edificio donde funcionaba la estación ya no existía. Lo perdieron todo, nada se podía rescatar. El lugar donde laboró durante los últimos 13 años se volvió escombros en 42 segundos, dejando a los seis trabajadores de Radio FB sin trabajo. Tres de ellos, además, perdieron sus viviendas en el sismo.

Sin embargo, el propietario de la radio decidió recomenzar. Con equipos alquilados volvieron al aire el 29 de abril, motivados por el apoyo de la gente. Iliana recuerda que hay un lema que les ayudó a levantarse en el terremoto del 98 y que volverá a ser su grito de guerra: “Bahía renace, su gente lo hace”.

En la parte posterior de este edificio, funcionaba otra estación de radio: Bahía Stereo. Su dueño, Trajano Velasteguí Domínguez, nos recibió en el pequeño local provisional que estaba ubicado frente al Comité de Operaciones de Emergencia (COE). Las mismas autoridades de esta

entidad les ayudaron para que la estación volviera al aire y les sirviera como medio para entregar información oficial y tranquilizar a la gente.

Cuando con un generador eléctrico Bahía Stereo volvió al dial, “inmediatamente hubo un efecto. La gente volvió a sus casas. Fue gratificante ver que la gente retomó algo de confianza”, dice el hijo de Trajano que lleva su mismo nombre.

Para la familia Velasteguí, silenciar a Bahía Stereo no era una opción. La radio, fundada en 1973, ha sido su vida. “Mi papá solo se ha dedicado a esto. Ha sido nuestra fuente de ingresos, nuestro hacha y machete”. Trajano hijo sabe que cerrar la radio sería letal para su padre que el año pasado fue diagnosticado con cáncer.

Además de lo material, Bahía Stereo sufrió una pérdida irreparable: la muerte de uno de sus colaboradores. Él quedó atrapado en el edificio ubicado en frente de la radio. Su hermano Julio Barreto, quien es operador de Bahía Stereo, dice que las labores de rescate se demoraron demasiado y que a pesar de que su hermano pedía auxilio, no pudieron salvarlo.

Al momento del sismo, Julio se encontraba en su casa con su familia, pero, en segundos, todo se vino abajo. Se quedaron con lo puesto y esa noche del 16 de abril durmieron en las bancas de la plaza. Después les dieron plásticos y cobijas para improvisar un refugio. Tres semanas después del sismo lo encontramos en el mismo lugar, viviendo a la intemperie con su esposa y sus hijos, frente a la iglesia de Bahía.

Cerca de la plaza donde vivía Julio, encontramos un tesoro: La Voz de los Caras. En una edificación patrimonial que data de 1894, funciona esta radio que es una de las más antiguas del Ecuador. Ahí reside su propietario, Marcelo Nevárez. “Yo nací en esta silla —dice Nevárez, señalando una butaca ubicada frente a la consola—, ahí le agarraron los dolores de parto a mi madre. Y aquí me voy a morir”. Su vida ha transcurrido entre micrófonos, consolas y antenas de radio. Ahí realizaba las tareas escolares y aprendió a hacer efectos de sonido con su padre, Alejandro

Nevárez. Él fue uno de los fundadores de la radio que nació en junio de 1946. Después, Marcelo estudió en Estados Unidos y trabajó en la Voz de América. Sin embargo, volvió a Bahía para continuar con la radio de su familia que fue pionera en la provincia: fue la primera radio de onda corta y amplitud modulada (AM) de la zona y, después, también fue la primera en frecuencia modulada (FM) en Manabí. Las paredes de la estación están empapeladas de títulos, medallas y reconocimientos por los 70 años de trayectoria de La Voz de los Caras y en su pequeño jardín tiene antenas satelitales que la conectan con importantes medios internacionales como la BBC, de Londres; la Voz de América, Radio Francia Internacional, Radio Exterior de España, CNN, entre otras.

Esta radio, con un incalculable valor para la memoria de la radiodifusión ecuatoriana y para la historia de Bahía de Caráquez, pervive casi de milagro, escondida en una pequeña calle de la ciudad. Marcelo, que también es bombero, ve en su medio de comunicación otra forma de servir a la comunidad. Por eso, cuando volvió la energía eléctrica, ocho días después del terremoto, evitó ahondar en las malas noticias, hundir el dedo en las heridas que dejó el sismo y abrió los micrófonos para que la gente reportara la situación que vivían en los diferentes sectores, para que, más que narrar sus dolores, cuenten cuáles eran sus necesidades. “La importancia de un medio es colaborar con un pueblo caído. Tengo la idea de que esto es un servicio social y no una empresa para hacer dinero. Si usted me pregunta qué he ganado (con la radio), he ganado la amistad, el respeto de la gente, el cariño”, nos dijo Marcelo con la voz quebrada.

Chone: La ciudad perdida en el terremoto

Nuestro recorrido continuó hacia el interior del Litoral. Alejándonos del mar, llegamos a Chone. Casas con restricción de uso, edificios caídos y el Hospital en ruinas, volvían a retratar la magnitud del terremoto.

to. Casi por casualidad dimos con un medio digital que no estaba en nuestro mapa: Hechos Ecuador. Golpeamos la puerta del viejo edificio donde nos dijeron que funcionaba. Paola Rivera la abrió y se sorprendió por nuestra visita en la mañana del Día de la Madre. Sus pequeños hijos correteaban por las oficinas y estudios con paredes destruidas, equipos dañados y el cielo raso a punto de caerse. Los daños mayores estaban en la segunda planta donde vivía la familia Macías Rivera. Debían derrocar paredes, sustituir tuberías, reconstruir gran parte del edificio.

La noche del terremoto, Richard Macías, periodista fundador de este medio digital, pensó que había llegado el fin del mundo. No encontraba una explicación racional para la oscuridad que le impedía ver a su esposa y a sus hijos que permanecían a su lado. Pensó habían entrado en un agujero negro. Cuando la tierra se movió alcanzaron a meterse debajo de una mesa. Después, cuando el terror inicial pasó, decidió grabar audios en su celular, para que, si morían, alguien encontrara su último reporte.

“Pasamos cinco días sin que el país supiera nada de Chone”, contaba Richard. Él quiere escribir un nuevo libro (tiene nueve) sobre el aislamiento que vivieron tras la emergencia. Lo titulará: ‘La ciudad perdida en el terremoto’. “Qué importante es decirle al mundo lo que ocurre en un estado de emergencia”, se lamentaba Macías, pero ese sábado de abril, en Chone todo era incertidumbre.

Al día siguiente de la catástrofe salió con su familia a documentar lo que había ocurrido en su ciudad. Lloró al ver el Hospital de Chone totalmente destruido, los pacientes y heridos tendidos en los exteriores. “Esa fue una lucha mía, antes de que el hospital existiera. Yo peleé por ese hospital. Lo conseguimos con un paro, el 15 de marzo de 1982. Verlo así, todo terminado, me dolió”.

Desde el pequeño estudio que tiene un fondo verde para realizar montajes, transmiten noticieros y programas de análisis sobre lo que sucede en Chone. A través de Facebook también hacen reportes en vivo

desde diferentes lugares de la ciudad. Con cámara en mano Richard documenta la visita de alguna autoridad, denuncia la falta de algún servicio, registra el inicio de clases en una escuela de Chone o inmortaliza a la ciudad en una tarde de domingo. “Nosotros hacemos esto por amor a la camiseta, por la ciudad, porque aquí no tenemos publicidad, ningún tipo de ingreso. Hacemos páginas web, material publicitario, con eso subsistimos. Mi esposo es periodista y desde los 17 años sacó su primer periódico. Siempre ha estado inmerso en la lucha para que Chone tenga mejores días”, nos contaba Paola. Ella no terminó los estudios porque su primera hija, Iris, que ahora tiene cinco años, nació con un problema de salud que le exigía viajar constantemente para un tratamiento. Sin embargo, entre la crianza de Iris y su pequeño José, de dos años, se las arregla para trabajar en los emprendimientos que mantiene con su esposo: da asesoría en temas de educación incluyente a profesores de la ciudad, trabaja en su pequeña imprenta y es parte del equipo de Hechos Ecuador. Con su esposo creen que la digitalización de los medios de comunicación será total en cinco años y hacia allá están apostando.

Nos quedamos con la boca abierta. En un rincón pequeño de Chone, al interior de un viejo edificio casi en ruinas, una familia hace malabares para producir televisión digital, radio online y una revista impresa.

“El manabita, el chonero, el ecuatoriano se levanta. Nos ha tocado duro, pero vamos a seguir en esta lucha por entregar comunicación eficaz a la gente”, comentaba Richard. Paola corrió a la tienda y volvió con panes dulces y Coca-cola. Como todos los manabitas que conocimos en el camino, en medio de su apremio nos regalaron un gesto generoso.

“Las réplicas más fuertes de un sismo son psicológicas”. Esta sentencia que escribe el periodista mexicano Juan Villoro, en su libro 8.8: El miedo en el espejo, se cumplió en el terremoto de la costa ecuatoriana. Sin información de qué estaba pasando, el terror se apoderó de los pobladores de las localidades más afectadas. En algunos casos huyeron buscando

lugares elevados por miedo a un tsunami. El vacío informativo de las autoridades fue aprovechado por delincuentes que gritaron que venía una gran ola, que se aproximaba un cataclismo aún más potente, para saquear comercios y domicilios. Si los medios de comunicación y, en especial, las radios locales se hubieran activado lo más pronto posible, quizás la situación caótica de las primeras horas y aún de los primeros días, hubiera menguado.

Pero la realidad fue otra. El 16 de abril las comunicaciones colapsaron, era casi imposible llamar por teléfonos móviles o fijos y, sin luz –por más de una semana e incluso durante más tiempo en algunas zonas–, la Internet volvía a ser sólo un cuento futurista. Las autoridades, a pesar del enorme aparato comunicacional del gobierno, se demoraron demasiado en contar qué había sucedido y la declaratoria de emergencia solo añadió más incertidumbre a los medios que, atemorizados, dudaban en qué hacer en esa situación.

Sin embargo, como revelan estas historias, la voluntad de devolver la voz a su gente, de servir a sus comunidades y llenar de historias el ruido blanco, jamás se quebró. Esa será la semilla para reconstruir el retrato colectivo de un nuevo Manabí, tras el terremoto.



PERFIL

Cristina Arboleda (Quito, 1984). Periodista independiente y consultora en comunicación. Trabajó por seis años en el área de revistas de El Comercio, donde fue reportera y coordinadora de tres publicaciones. Se enamoró del periodismo por accidente: después de estudiar Literatura en la PUCE y ser becaria en Illinois Wesleyan University, lo único que quería era contar historias y que le pagaran por hacerlo. Realizó una cobertura con Fundamedios, recorriendo los medios de comunicación afectados en Pedernales, Bahía y Chone.

EL DESCONSUELO DE MANABÍ A TRAVÉS DE MI CÁMARA

Gianna Benalcázar Manzano / fotoperiodista

Dos días después del terremoto, el 18 de abril, aterrizaba en la base militar en Manta, en un corto viaje desde Quito. Ese día, por primera vez en 36 años, no me emocionaba regresar a Manabí, la provincia de mi familia materna. No escuchaba en mi mente “La tejedora manabita”, no me inundaba el recuerdo de mi abuelo en su hamaca bajo la sombra de los árboles de almendro, ni siquiera lograba evocar el aroma del dulce de guineo de la Tía Justine... Solo tenía miedo.

Apenas llegamos avancé inmediatamente a la zona de Tarqui, tropezaba con rescatistas, policías, militares. Gente todavía aterrada, muestra su mirada perdida. Ahogados en llanto, todos se movían muy rápido, algunos buscaban a sus familiares. Buscaban frente a los escombros alguna esperanza o, simplemente, esperaban recuperar los cuerpos. Enfrentarme al dolor de esa manera, como madre y como fotoperiodista, fue desgarrador y no recuerdo cuánto tiempo pasó para procesar todo eso... Recordé una frase que mi mamá jamás ha dejado de decirme: “Llora todo lo que tengas que llorar, mírate al espejo, lávate la cara y sigue”. Pero allí no hubo llanto, ni espejo, ni nada.

Empecé a fotografiar pero era muy difícil apuntar con la cámara y disparar. Me atormentaba la idea de invadir ese momento de dolor que las personas atravesaban, pero también pensaba: ¿y ahora cómo logro una buena foto? Tal vez ninguno de los fotoperiodistas en este país nos hemos enfrentado a una catástrofe de esa magnitud. ¿Cómo reaccionar? A cada paso que daba había una foto: edificios caídos, gente hurgando en lo poco que quedaba, niños deambulando, había mucha bulla. Entonces, resolví fijarme en los rostros.

Recuerdo que un anciano me invitó a pasar a su casa. Era una vivienda vieja con paredes verde oscuro, donde estaban colgados un viejo retrato de un militar y fotos de niños. Allí estaba el dormitorio de la madre. La cocina y la sala también eran parte del primer piso. En el altillo, el anciano dormía junto a su hermano, en el piso. Estaban allí para cuidar sus pertenencias: un televisor viejo tirado sobre el suelo, una refrigeradora, camas, todo empolvado. Me impresionaron sus ojos cafés, llenos de tristeza. Me contó que su hermano tampoco tenía trabajo. Sus ojos se llenaban de lágrimas cuando contaba que no tenían agua y no habían comido desde el día anterior. A los hermanos les hice fotografías.

Continué caminando alrededor de la zona cero de Manta. El sol era espantoso y la temperatura estaba tan alta que salía vapor del pavimento. En una esquina de lo que había sido un centro comercial estaban por rescatar un cuerpo. Había gente aglomerada en un costado, algunos lloraban desconsolados. Aún no podía desprenderme del bloqueo que tenía. Junto a mí, dos jóvenes, un hombre y una mujer con cabello castaño claro, ensortijado y su piel dorada; se limpiaban las lágrimas con pañuelos llenos de polvo, abrazados. Él la consolaba diciéndole: “Yo te voy a cuidar ñañita”. Esperaban el rescate de sus padres. No pude fotografíarlos. Al alejarme, tropecé torpemente con un cadáver en el suelo envuelto en una bolsa de plástico. Un rescatista, que evitó mi caída, tenía el rostro lleno de sudor. Sus manos eran gruesas. Me contó que llevaba 26 horas sin dormir. Me dijo: “Qué bueno que vengan y hagan fotos porque no tenemos ayuda y la gente ya quiere meter maquinaria y aquí hay gente viva aún”. Eso para mí fue una bofetada, era lo que necesitaba para salir del shock y ponerme a trabajar. Asumí la responsabilidad que tenemos los fotoperiodistas, dejé el dolor a un lado y me dediqué a hacer fotos. Todos trabajaban alrededor, en un escenario de tragedia.

En estos tiempos el fotoperiodismo es aún más relevante. La Ley de Comunicación no tiene censura en lo se refiere a la fotografía como pasa con los textos que pueden incomodar a los poderosos. Tenía que

mostrar esa irresponsable falta de reacción del gobierno y de las autoridades locales que estaba golpeando, como siempre, a la gente más pobre. Coloqué el lente 16-35mm, el gran angular, y empecé a acercarme a la gente para fotografiar. Así pasé la tarde, tomando fotos de edificios derrumbados, gente asustada, desolada, gente con los ojos tan hinchados y rojos de tanto llorar. Niños llorando, exhaustos del calor y de acompañar a sus padres a buscar a sus familiares, decenas de militares, policías y rescatistas. La tarde exhalaba olor a muerte.

En la noche, gracias a los bomberos de Manta, hice un recorrido nocturno por toda la zona cero. Fue la oscuridad más aterradora, a lo lejos solo se escuchaban los sonidos de las grúas removiendo escombros. La luz de la luna se colaba entre las estructuras destruidas pero fue muy difícil hacer fotografías precisamente por la escasez de luz. El bombero que hizo de guía contaba el horror que vivió la gente de esa zona en las primeras horas. Él alumbraba solo con la luz de su linterna y mostraba los carros aplastados, hoteles destrozados, lo que quedaba del mercado más grande de mariscos de Manabí. Ninguna mascarilla protegía del olor de los cadáveres. Llegamos a una esquina que tenía reflectores. Ahí estaba el escuadrón de bomberos de Quito, buscaban sobrevivientes (ese día era el escuadrón que más gente viva había rescatado). Eran los héroes trabajando frente a mí. Me ayudaron a subir un poco entre los escombros para fotografiar mientras delicadamente golpeaban y hacían llamados. Luego de cuarenta minutos nadie respondió a los rescatistas que estaban sobre los restos de lo que fue el hotel Panorama. Pese a que mi equipo pesa 12 kilos, durante ese día no los sentí.

Al otro día fui a Portoviejo, la capital de Manabí. Al bajar del taxi, al pie del Puente Velasco Ibarra, los gallinazos volaban y el cielo azul no tenía ni una sola nube. Me sentía ansiosa, saqué mi cámara y empecé a caminar por la avenida Pedro Gual que estaba acordonada. Dar cada paso fue difícil por una nube de polvo que invadía absolutamente todo, trataba de proteger mi cámara y, pese a la devastación, reconocía cada rincón por el que transitaba. Es que Portoviejo es la ciudad de mi in-

fancia y mi adolescencia. Era maravilloso ir de vacaciones para visitar a la familia, mis primos, disfrutar de la playa. Recordé el gran movimiento comercial de ese sector, todos pasábamos por la Pedro Gual, por el Centro Comercial Municipal y, mientras comprábamos, comíamos las delicias manabitas como bolones, corviches, bollos, ceviches, viches, empanadas, los dulces. Recuerdos maravillosos. Pero luego del terremoto solo escuchaba las sirenas de las retroexcavadoras y el estrepitoso sonido de las palas removiendo los hierros retorcidos. Llegué hasta la Pedro Gual y Chile y vi miles de hojas en el suelo, era la documentación de todos los aportantes del IESS. El enorme edificio de esa institución, de 7 pisos, parecía aplastado, no quedaba nada, absolutamente nada del imponente portal donde iba con mis abuelos. Caí, literalmente, al suelo. El terremoto se llevó todo en 42 segundos. Con la cámara colgando de mi cuello, lloré desconsolada. Ya no me veía ahí acompañando a mi abuelo para que hiciera sus trámites, no estaba la papelería donde me compraban mi cartuchera cada año para ir a la escuela. No estaba la señora de los alfajores ni el puestito de los batidos de níspero. Sentí un vacío. Fue muy duro enfrentarme a los recuerdos y fotografiar ese lugar.

A una cuadra, mientras removían unos escombros de lo que era una distribuidora de calzado, empezaron los saqueos. Hasta ese momento no había imágenes que registraran esos robos y fue una suerte estar ahí para captar esa escena. La Policía los separaba de los escombros amenazándolos con palos. Ese era el rostro de la desesperación por tener algo que vender para comprar alimentos, algo de agua, algo para alivianar toda la necesidad de los hogares después de una tragedia. Nunca dejé de disparar y de acercarme para tener una imagen que muestre al detalle lo que pasó. Parecía que el sol nos comía en vida, mi cámara empezó a enloquecer por la alta temperatura de la batería. Se me vino una idea. Mojé mis manos, las sequé, saqué la batería y la puse en mis manos aun frías, para bajar la temperatura. Esto no está en los manuales, se me ocurrió. ¡Y funcionó!

Con la cámara lista, avancé por la calle Rocafuerte y en la esquina tres

hombres movían cuidadosamente los escombros. Pedí subirme y me señalaron por donde tenía que hacerlo. Uno de ellos parecía enterrado entre los escombros y, con delicadeza, movía piedrita por piedrita. Los otros dos hombres las ponían a un lado y daban golpecitos. Llamaban a Doña Nativa. Esperaban encontrarla con vida. Cuando decidí bajar uno de ellos me dijo: “Quedito, quedito”. Dos personas lloraban y logré hacer algunas fotos antes de retirarme de ese edificio caído, en puntillas.

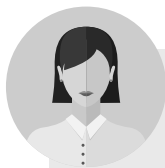
Esta tragedia golpeó a miles. Entre ellos, a niños de todas las edades. Eso requiere de un tratamiento aparte al momento de fotografiar. El aeropuerto Los Reales Tamarindos lleva cerrado desde el 2010, las autoridades consideraron que no era necesario un aeropuerto, que era un lujo para la gente adinerada. Allí improvisaron un albergue con carpas. Había cerca de mil personas y los niños eran los más afectados. Tengo sus rostros, sus juegos, sus descansos. Pero es imposible publicarlas en medios ecuatorianos por impedimentos legales, lo irónico es que la cuenta de Flickr de la Presidencia del Ecuador está llena de fotografías donde explotan al cien por ciento la imagen de los niños de todas las regiones, abrazados, besados, parados de cabeza y con muchos gestos más, junto al presidente Rafael Correa. En algún momento esas imágenes de los niños manabitas deberán ser publicadas para mostrar el descuido gubernamental que fue determinante en esta tragedia.

En este primer viaje logré capturar más de 5000 imágenes. Editarlas me llevó tres días. En un inicio no quería ver esas fotos, toda mi familia estaba muy triste por nuestra provincia quebrada y eso me tenía sin ánimo. Hasta ahora, ver cada foto es revivir el recuerdo de esa cobertura que ha sido una de las más duras de mi carrera, la que más me ha golpeado. Pero fue un motivo para ser más prolija en la edición. Filtré cuatro veces las fotos del archivo en bruto. Estas serían publicadas en Revista Criterios, de la Cámara de Comercio de Quito, la única publicación ecuatoriana que, hoy por hoy, equilibra el fotoperiodismo con los reportajes escritos. La edición de mayo fue de lujo: se publicaron 12

páginas con 21 fotos, más la portada. Es un privilegio para un fotoperiodista ecuatoriano, significa que la fotografía comenzó a tener importancia dentro del proceso periodístico. Por décadas, en los periódicos y revistas, los fotógrafos hemos sido prácticamente el accesorio de los periodistas y diseñadores. Coberturas trágicas como la del terremoto dejan ver la importancia de los fotógrafos de prensa y su enorme responsabilidad porque tiene que pensar, hacer y editar la fotografía que lleva el mensaje preciso a los lectores. Ecuador puede estar orgulloso de tener grandes fotoperiodistas, pero no de editores de fotografía. Si esas imágenes llegan a una mesa donde el periodista o el diseñador, sin ningún concepto sobre la imagen, corta una foto para que no arruine la maqueta o elige otra porque al redactor simplemente le gusta, echa abajo el esfuerzo del fotoperiodista.

Es deber de los fotoperiodistas informarse sobre la cobertura, tener destreza técnica, conceptualizar y disparar. Hacer un buen trabajo dentro de las circunstancias que se presenten. Hubo dos ediciones de *Criterios* donde publiqué mi trabajo fotográfico realizado en Manabí. Pero faltaron fotos, esas que no quedaron registradas en la cámara. Rostros. Gestos. Esas que no pude disparar por conciencia ética.

Hace 15 años entrevisté a Dolores Ochoa, la primera fotoperiodista mujer del Ecuador, para mi tesis de grado. Le pregunté: “¿Cuál es tu mejor fotografía?” Ella me contestó: “Mi mejor foto es la que nunca tomo”. Ahora entiendo eso. Mostrar sin invadir.



PERFIL

Gianna Benalcázar Manzano. Fotógrafa. Tiene 36 años. Enamorada del fotoperiodismo porque, además de informar, hay una sensible conexión con las personas y lugares. Es Editora de Arte y Fotografía en la Revista Criterios, trabajó en revista digital Plan V, Revista Vanguardia, Diario Hoy y El Comercio. Ha publicado en Le Monde, diario de Francia; Revista Proceso, de México. También colaboró para la agencia Getty Image, Associated Press y Reuters. Además con las revistas Vamos, Nuestro Mundo, revista Ekos, revista Soho y Diario El Universo.

LOS SILENCIOS DEL TERREMOTO

Jean Cano

Hay cosas que los periodistas no decimos en nuestras notas. No es ocultar hechos o reemplazar los importantes por los superfluos. Es cuando nos guardamos nuestras propias sensaciones al enfrentarnos a un escenario. Ira, indignación, hartazgo, conmiseración.

Muchas veces nos volvemos duros... al menos, el inicio de la cobertura. Dejamos de sentir para dar a conocer lo que pasa, en mi caso y desde hace tres lustros, a los lectores. Para mí es una regla.

Sin embargo, enfrentarse a la tragedia del terremoto requirió de un esfuerzo adicional. Ver la devastación, palpar el dolor de las personas en cada rincón que fue afectado, los sueños familiares rotos, las autoridades locales sin brújula, ver el cansancio extremo de rescatistas, policías y militares, o niños ya sin futuro, oír los llantos, la desesperación, presenciar la pasividad con que enfrentó el gobierno la tragedia... Nadie está preparado para plantarse ante todas esas impresiones juntas.

Pero tenía que estar ahí. Era una obligación presenciar y contar la mayor tragedia natural de los últimos 60 años en el Ecuador.

Luego de 15 horas vi la incontable solidaridad de los quiteños que juntaban ayuda, alimento, ropa, agua, para los damnificados. En el Parque La Carolina, incluso, hacían cadena humana para recibir los artículos.

41 horas después de la tragedia logré llegar a Manta. El Comando Conjunto de las Fuerzas Armadas dispuso que se abrieran espacios en los vuelos humanitarios al equipo de la revista Criterios, del portal Plan V y Diario El Espectador de Colombia.

En esa primera ocasión que llegué a esa zona intenté mostrar en mi

relato final para Criterios la crudeza del cambio de las vidas de esas personas, y denunciar al Gobierno y su tibieza. Ese fue mi primer mensaje para los lectores conminado por las sensaciones que me dejó esa realidad.

Un paréntesis. Tengo, creo, una muy mala costumbre periodística... Una maña del periodismo de investigación de casos de corrupción: dependo de mi grabadora. Hay ocasiones que este pequeño aparato es más invasivo que una cámara profesional de fotos y esta fue una de esas... Pero para no ser desacreditado por enemigos de la libertad de prensa debía tener todo archivado.

Ahora puedo resumir en tres ejemplos el doloroso cambio de vida de los manabitas. El primero es la eterna soledad. A lo lejos veía a Patricia Mero. Estaba inconsolable en medio de una muchedumbre. Sus manos han limpiado tantas lágrimas que han dejado su rostro entero enrojecido. Permanecía sentada en la acera en el sector llamado Ensenadita. Me acerqué con la grabadora encendida. Cordial, pero sin titubeos, pregunté. Me contó que se encontraba a la espera de buenas noticias del rescate de sus hermanas Fanny y Karina. Ambas eran dependientes de una papelería y tenían mucho trabajo, ya que en la Costa ibana empezar las clases. El edificio de cinco pisos se les fue encima. Cada segundo que pasaba partía aún más el alma de Patricia. Dos familiares, junto a ella, ni siquiera lograban levantar la mirada. Finalmente, Fanny y Karina fueron encontradas por los rescatistas. Fue una entrevista cortísima y se sintió como un puñal. Los cuerpos de sus hermanas fueron sepultados en Manta. Las dos fueron despedidas con mariachis, publicó un medio local.

En otras ocasiones la grabadora puede ser un escudo protector que logra bajar la guardia al entrevistado. Eso pasó con Daniel Espinoza, de 26 años, que no disimulaba la semilla de la perpetua desconfianza.

Su casa, en la Calle 1, quedó cuarteada y era inhabitable. Junto a cinco de sus familiares, logró sacar de la vivienda, que hasta ese momento no era evaluada por la Secretaría de Riesgos, el poco menaje de hogar. Lo cuidaba con su vida. Literal. El hombre regordete, vestido con pantalón corto y una camiseta sin mangas, tenía un afilado machete en sus manos que lo blandía lentamente cuando decidí entrevistarlo. Luego del diálogo permaneció frente a sus electrodomésticos, como un perro guardián.

El tercer ejemplo de ese cambio sucedió en Tarqui, en la noche. Todo estaba a oscuras dos días después del terremoto. Pero en una esquina había luz. Un todoterreno tenía las luces encendidas y apuntaba a la remoción de escombros de lo que fue un edificio y locales comerciales. Kléver Sornoza estaba en el lado del piloto y su esposa junto a él. Es una pareja que sufrirá una punzada en el alma cada vez que transite por esa esquina.

Los dos miraban cómo la maquinaria hacía un rápido trabajo para tirar abajo lo que quedaba del inmueble. Pese a la bulla del movimiento de material, no se inmutaban. El polvo invadía toda esa esquina, dejaba un halo blanco que opacaba la escasa iluminación. Tenían la mirada fija en las ruinas. Caminé hacia ellos. Él mostraba a su esposa el lugar donde murió su hermana. Él se iba de Manta y quería que ambos recordaran a Marlene Sornoza, enterrada horas antes. Su cadáver fue retirado por los rescatistas.

La fallecida trabajaba cruzando la calle. Pensaron que la vieja casa donde tenían un local comercial no iba a resistir el terremoto. Y corrió junto con su esposo y su hija. La vieja edificación de dos plantas quedó en pie. Sornoza la señalaba desde su vehículo.

Evidenció un país generoso que por un momento olvidó los agravios de la política correísta. Todos, ciudadanos, militares, bomberos,

rescatistas, policías, autoridades, sociedad civil organizada, entregaron solidariamente lo que tienen, sea mucho o poco.

Dejó de lado los insultos gubernamentales... hasta que se conocieron de las airadas reacciones del presidente Rafael Correa quien amenazó con detener a los afectados, o cuando mandó a callar a otros, o cuando tildó de mentirosos a voluntarios. Cuando se supo que altos funcionarios del régimen se atribuyeron donaciones privadas, tuvieron duras aclaraciones en redes sociales de la sociedad civil que la gestionaron.

Conté cómo el gobierno despreció esa mano abierta. De hecho, no vio honradez o bondad en el gobierno y se separó, al menos en Quito, de la entrega de ayuda a entidades gubernamentales. Los puestos de recolección del correísmo se veían vacíos. No así los del Municipio que fueron el canal favorecido para entregar la ayuda para los manabas.

¿Tanto dolor que presencié se podía evitar? Parecía una pregunta sin sentido cuando el terremoto es un hecho natural, donde no hay propósitos, ni mensajes. Ambicioné responder.

Lo que pasó en Manta ya estaba advertido. Sí. En el documento llamado 'Análisis de vulnerabilidad del Cantón Manta', de la Secretaría Nacional de Riesgos, el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, y la Espol, de febrero del 2013, se perfilan los posibles efectos de una catástrofe por sismos.

El nivel de exposición a amenaza sísmica que afecta al cantón es calificado en ese documento como alto. "De la población urbana cantonal, se considera que en su totalidad está expuesta a amenaza sísmica en un nivel alto. Mientras que la población del área rural se considera sin amenaza de este tipo. De la población expuesta a amenaza sísmica, el 19,6% es pobre por NBI (Necesidades Básicas Insatisfechas) extremo y el 32,8% pobre por NBI no extremo". Es decir el 52,4 de la población expuesta es pobre, según ese estudio técnico.

Desde ese entonces, por casi tres años, muy poco se hizo para mejorar

las condiciones en que las personas puedan enfrentar un sismo.

De vuelta a casa se sentía chocante, en especial, el espacio del salón. Cinco minutos de quietud me producía ansiedad y nerviosismo. Parecía que en cualquier momento iba a temblar el suelo... Incluso ver las casas en perfecto estado, sin que una losa esté sobre otra, una imagen que cualquiera mira en Manabí, era extraño. Ver tan cerca la muerte y el sufrimiento tiene sus consecuencias...

Luego de esa primera cobertura, seguí a diario noticias sobre la reconstrucción desde Quito. Leía textos de colegas que iban y venían de la Zona Cero. Miraba fotos y videos. Leía las columnas de las páginas de opinión de los principales diarios del Ecuador. Escuchaba a las autoridades. Y trataba de descifrar el debate en redes sociales sobre la molestia por las limitaciones para la entrega de ayuda de personas y empresas. Atestiguaba cómo gente que no se conocía acordaba para llevar alimento y ropa a los afectados. Todo para la segunda cobertura.

Al mes de la tragedia regresé a Manabí. Recorrí más de 200 kilómetros entre Pedernales, donde fue el epicentro del terremoto, y Manta. Para ese entonces la catástrofe causó heridas en 17 638 personas, 29 067 dormían en albergues y aún quedaban 40 personas por encontrar. Según la ONU, 250 000 niños fueron afectados y unas 720 000 personas necesitaban ayuda humanitaria. 6 622 viviendas fueron afectadas, 13 edificios de salud y 281 instituciones educativas tenían daños. Se perdieron 7 081 kilómetros de tendido eléctrico y quedaron destruidos 71 kilómetros de vías.

En cada pueblo y ciudad que visité ya no sólo percibí la desesperación y el dolor, ya había esperanza. De cualquier manera todos los afectados estaban obligados a seguir con sus vidas. Sea que permanezcan en un albergue, en blandengues carpas en los parterres, en sus casas cuarteadas... Por eso el mensaje que quise dar a los lectores es el de celebrar la vida. El volver a nacer. Aunque sin versos, ni poesía... sin sensiblerías. Sin discursos políticos. Por eso consideré que el mejor género para ello era

el fotorreportaje. La fotoperiodista Gianna Benalcázar logró publicar en Criterios conmovedoras imágenes de Pedernales, Coaque, Jama, Salinas, Bahía de Caráquez, Canoa, Portoviejo, Manta... Mostró la pujanza que conservan los manabas.

Elegir esa propuesta para el lector es un privilegio cuando la tenaza contra los medios se cierra cada vez más en el correísmo. Y no se hubiera podido lograr sin el apoyo de los directivos de la Cámara de Comercio de Quito, en especial de su presidente Patricio Alarcón y de Lolo Echeverría. Es importante destacar el esfuerzo que hace esta institución para mantener Criterios en medio de la arremetida gubernamental en contra de la libertad de expresión. Ese otro de mis silencios. Lo que no se cuenta a los lectores.

Ya han pasado cuatro meses y las noticias continúan. Los tropiezos del régimen al querer ocultar la realidad con propaganda inyectada de vacío optimismo, pasan casi desapercibidos. La información se la obtiene de los medios locales, como El Diario o El Manaba, y nacionales, y, claro, en las redes sociales. Manabí todavía está convaleciente y esta historia no acaba. Los chilenos, que han superado duras catástrofes, tienen un dicho: no hay nada más solidario que ser eficiente. Y aún está por ser evaluada por la historia la eficacia del gobierno de Rafael Correa ante la tragedia.



PERFIL

Jean Cano. Periodista. Tiene 36 años. Es Editor general en Revista Criterios, en Quito. Fue Jefe de Información del portal digital de investigación Plan V y Jefe de Información de la Revista Vanguardia. Ha trabajado en Diario El Comercio, de Ecuador, y Diario La Razón, de España. Fue ganador, junto a un equipo de periodistas, a la Mejor Investigación Periodística de un Caso de Corrupción, concurso del Instituto Prensa y Sociedad (IPYS) y Transparencia Internacional para Latinoamérica y El Caribe (TILAC), en 2004.

DE CUANDO HAY QUE ESCRIBIR MALAS NOTICIAS

Soraya Constante

Cuando acabé mi cobertura de casi dos semanas en la zona devastada por el terremoto en la costa ecuatoriana, me vine abajo, y lo supe cuando volví a comunicarme con mi familia y mis amigos. No soy habitual de compartir mis estados de ánimo en Facebook, pero esta vez me sorprendí escribiendo estas líneas: “Acabo de poner un mensaje a mis amigos diciéndoles que ya vuelvo a Quito y que me conecten con la vida y hasta me siento mal por hacerlo y por marcharme de la zona del desastre. Siento mío el luto ajeno después de tantos días de estar aquí y no sé cuánto tiempo voy a tener esta sensación. Solo he visto devastación frente a mis ojos y lo he contado como he podido. Hubo momentos que quise llorar, pero no lo hice. Tuve miedo con las réplicas, pero me contuve. Percibí el olor de la muerte y me ahogué con el polvo que levantaban las retroexcavadoras mientras esperaba que rescataran a alguien con vida y no pude dar esa noticia. Quise dejar de preguntar a la gente por su dolor, quise no tener que volver a caminar entre las ruinas, pero tuve que hacerlo. Me agobié mucho y hasta me peleé con mi compañero de trabajo al punto de separarnos en el último tramo de la cobertura. Y así vuelvo a Quito, con un vacío enorme y sintiéndome mal por la gente que se queda”.

La cobertura del terremoto fue una prueba muy fuerte, y quien diga lo contrario se volvió cínico del todo. Había que permanecer íntegros física y emocionalmente para seguir informando y no fue fácil ni para el periodista más veterano. Las llamadas zonas ceros del terremoto parecían ciudades bombardeadas. En el primer despacho que hice justamente escribí que parecía que hubiese caído una bomba sobre Pedernales. Y

pensar en la guerra me llevó a pensar en los textos de Svetlana Alexievich —la primera escritora de no ficción galardonada con el Nobel de Literatura en 2015— que ha narrado, sobre todo, guerras, y lo ha hecho desde la gente.

¿Y la historia? Está allí, fuera. Entre la multitud. Creo que en cada uno de nosotros hay un pedacito de historia. Uno posee media página; otro, dos o tres —dice Alexievich en su libro *La guerra no tiene rostro de mujer*.

Y antes que buscar datos oficiales empecé a conversar con los que habían perdido todo, grabando horas de conversación y apuntando en mi libreta solo aquellas frases que más tarde usaría en mis reportes, esos “fragmentos de vida” de los que habla la periodista rusa.

¿Cómo proteger al ser humano que hay dentro de ti?, pregunta Dostoievski. Pienso en esto ahora que recuerdo que casi inconscientemente decidí dejar de contar muertos después del primer día. Fue muy duro pasar horas con los familiares de los desaparecidos que tenían la esperanza de hallarlos vivos, para al final tener que marcharse con las malas noticias encima.

La primera persona que acompañé fue Ana María Ibarra que buscaba a su hija, su yerno y sus dos nietos. La mujer llamó la atención de los Bomberos de Quito a gritos. “Ayúdeme que allí lloró mi nieta, ella está viva”, decía mientras señalaba las ruinas de un edificio de cuatro plantas que se derrumbó completamente. “Mi hija vivía el departamento 107”, repetía una y otra vez. Durante más de cuatro horas secó sus lágrimas con un trozo de sábana que decía que era de su nieta y que lo encontró entre los escombros. Bebimos agua juntas, nos pusimos bajo la sombra de un árbol, tratamos de hablar de otras cosas, guardamos silencio, nos abrazamos y al final llegó la mala noticia, y escribí casi tal cual lo narro ahora.

En esa primera jornada conté cien muertos que fueron transportados

de forma tosca, en camionetas de los rescatistas o de alquiler, y dejados en el estadio de Pedernales para las formalidades de la Fiscalía. Cualquiera distraído podía toparse con la hilera de cadáveres que esperaban sepultura, no había vallas ni ninguna advertencia de que allí estaba la morgue improvisada. Los cuerpos solo tenían la sombra que les daba una carpa y estaban cubiertos con plástico, sábanas, toallas, papeles periódicos, lo que se halló en el camino.

Caminar sobre esos restos de vida, como el trozo de sábana que sostenía la madre-abuela que perdió a su familia entera en una noche, te iba matando poco a poco. No podías dejar de imaginar qué comida no se sirvió sobre aquella mesa de comedor que ahora mismo estabas pisando, o qué habría pasado con la mujer de ese retrato que ahora aparecía tirado en una calle.

Finalmente, me sentí mejor cuando me enfoqué en las historias de supervivientes y esto fue bien recibido por mis editores a 9.000 kilómetros de distancia, en Madrid, y fue un gran alivio. Mi compañero fotógrafo, al mismo tiempo y sin ponernos de acuerdo, también optó por hacer lo mismo y empezamos a hablar con esa gente que empezó a barrer los escombros, a ayudar a rescatar a más víctimas e incluso con los que habían hallado a sus seres queridos muertos y agradecían que los pudieran enterrar.

Uno de los momentos que más me dio esperanza fue cuando la radio Altamar volvió al aire con un generador que consiguieron y sacando los equipos debajo de los escombros. Fue una maratón radiofónica que permitió a la gente contarse y escucharse, y saberse vivos nuevamente. “No nos vamos, nos quedamos”, fue el eslogan que empezó a empoderar a la gente en Pedernales. Con estas historias me protegí como ser humano y seguí siendo periodista.

Epílogo

Quedaron al desnudo las pocas precauciones que tenemos ya no como ciudadanos, sino como profesionales de la comunicación que trabajamos en un país con múltiples factores de riesgo. Los equipos que llegamos a las llamadas zonas cero unas horas después del sismo no llevamos el avituallamiento necesario ni los artículos para el autocuidado. En mi mochila iban —y lo enumero en el mismo orden que lo empaqué en su momento— la portátil, los cargadores, la grabadora de voz, un paquete de pilas, mi libreta de apuntes, bolígrafos varios, un par de medias, un interior, una camiseta, el desodorante, el cepillo de dientes, unas cuantas pastillas de ibuprofeno y una caja de vitamina B que mi mamá me había dado unos días antes por esa insistencia sanadora que tienen las madres.

Nos embarcamos en la cobertura sin pensar mucho, buscando un camino abierto, que nos lleve a la costa, solo con el afán de hacer nuestro trabajo. En mi caso aproveché que dejaran pasar a un convoy de los bomberos de Quito que llevaba material necesario para el rescate por la Vía Alóag-Santo Domingo y me fui con ellos “bajo mi cuenta y riesgo”, como bien me lo hicieron saber.

Esto no lo puse en ninguna de las crónicas periodísticas que escribí, pero cuando aclaró el día, el convoy se detuvo a la altura de Alluriquín y nos bajamos para ocupar los baños. Había niebla y silencio, y todos nos percatamos de las bandadas de aves que volaban en dirección contraria a la nuestra, hacia la sierra, hacia las montañas. Los comentarios apocalípticos se hicieron en voz baja, pero asustaron a más de uno.

Ya en el terreno todo fue instinto, y nos dejamos guiar por los locales.

— No caminen junto a las casas que están blanditas —gritaban las mujeres y nos obligaban a ir por la mitad de la calle—.

— Con esos zapatos le puede traspasar un clavo, tendrá cuidado.

Y también quiero creer que devolvimos el favor los días sucesivos al informar detalles como la magnitud de las réplicas, la nula posibilidad de un tsunami o una epidemia.

En el puesto de mando, en el estadio de Pedernales, todo se fue montando sobre la marcha, tanto que durante días la prensa compartió mesa con militares, policías, y las autoridades locales. Allí aguantamos los aterrizajes y despegues del helicóptero halcón que trajo y llevó al vicepresidente Jorge Glas durante los dos primeros días, el calor que superó los 30 grados, el drama de los que llegaban con frases como “mi hermano vino a pasar el fin de semana, pero no sé en qué hotel se hospedó”.

El acceso a la información no fue restringido en los primeros días, las vallas de seguridad, que luego aislaron a las autoridades y también a las zonas devastadas, llegaron tarde. El caos inicial se iba superando poco a poco y el trabajo de los periodistas se iba entorpeciendo porque había que esperar que el vocero autorizado diera la información: el ministro de Interior en el caso de Pedernales.

Los equipos periodísticos, a la semana y con la constancia de que las vías están en buenas condiciones, empezaron a moverse, empezaron a ser relevados. No en todos los casos, por supuesto. Mi decisión fue ir a las otras zonas cero para tener el mapa completo de la destrucción y el periódico lo avaló. Otros problemas, que no era la cantidad de muertos y heridos, iban surgiendo. Aparecían nuevos sustantivos: desaparecidos, desplazados, refugiados, damnificados.

También hubo tiempo para los cuestionamientos y para la política que una vez copó los medios, mientras la gente seguía sintiendo las réplicas del terremoto.

El inventario de dolor en Manabí y Esmeraldas —las dos provincias más afectadas— señala que hubo 671 fallecidos —23 de ellos extranjeros— y 8.000 heridos. En primera instancia también se habló de 3.000

desaparecidos, que esta cifra ha ido disminuyendo conforme pasa el tiempo. Se registraron daños o pérdidas en 7.000 viviendas, 7.500 comercios, 600 escuelas, 100 casas de salud, 34 industrias pesqueras, 31 granjas avícolas, 39 granjas porcinas, 22 piladoras de arroz, 10 centros de acopio de cacao y 33.000 hectáreas de cultivo del camarón.

La tragedia sigue sumando cifras. El último censo —a 100 días de la tragedia, cuando escribo esta crónica— habla de 231.000 damnificados que continúan viviendo entre escombros y su sustento depende de la ayuda humanitaria.

El gobierno de turno ha dicho que la reconstrucción de las zonas afectadas tomará al menos tres años y costará más de 3.300 millones de dólares. Los epítetos para la catástrofe tampoco faltan. La Organización de las Naciones Unidas, a través de sus voceros, concluyó que después del terremoto de Haití, “la mayor tragedia” en el continente es la de Ecuador.



PERFIL

Soraya del Carmen Constante Achig. Ecuatoriana. Actualmente trabaja para Diario El País. Colabora para las ediciones de España y América desde Quito-Ecuador. Anteriormente estuvo en el Diario El Comercio. Redacción en la sección Sociedad, Política y Economía. Quito-Ecuador. Periódico Latino. Redacción en el periódico Latino, sección de Actualidad Nacional y Local. Madrid-España. Diario 20 Minutos. Redacción de un blog de la comunidad latinoamericana en España. Madrid-España. Agencia de Noticias EFE. Redacción en la sección Sociedad. Madrid-España. Prácticas. Diario Últimas Noticias. Coordinación y Redacción del área Judicial. Quito-Ecuador.

UNA JORNADA DE HORROR

José García

16 de abril del 2016. Las 19h00 se acercaban en una jornada sabbatina bastante típica. La noche había llegado hacía poco. La Redacción de Medios Ediasa, en Portoviejo, avanzaba entre una mezcla de prisa y serenidad, hacia el cierre de la edición.

Como editor de turno, tenía en mis manos la supervisión de todo el contenido informativo de El Diario.

Esa vez se decían pocas palabras en la Redacción. Karolina, Tatiana y Edwin procesaban sus últimas páginas. Más allá, los equipos de Diseño y Corrección continuaban el proceso.

Por mi cabeza, entonces, cruzaba un carrusel de ideas. Faltaban tres horas para el cierre pero le daba forma, al menos mental, a la portada de El Diario. Estaba pendiente un partido de fútbol entre los dos equipos de la ciudad, que se jugaría desde las 19h00. Aún se redactaban algunas noticias de crónica roja. Había un par de notas por cambiar y todavía gran parte de las páginas por revisar.

En ese momento, el proceso de Redacción se convierte en una especie de olla de presión. Los minutos no perdonan y la hora de cierre llega porque llega. El estrés aumenta con cada inexorable minuto.

Todavía había mucho por hacer.

Un ligero remezón alertó a todos.

Miré hacia el techo. Las luces se movían. El piso también se estremecía bajo mis pies.

-¡No pasa nada! ¡Tranquilos!-, grité.

Un segundo de silencio. O dos. O tres. Pero era silencio puro. De ex-

pectativa. De miedo. No se escuchaba ni el teclear en los computadores.

No era la primera vez que sentía un sismo en el lugar de trabajo. Había ocurrido un par de ocasiones. La sensación, hasta ese rato, no era nueva para mí. Pero esta vez no era igual. El temblor siguió. Era un vaivén que tomaba fuerza y ya amenazaba con volverse violento.

-Evacuemos-, sugirió Orly, uno de los diseñadores.

-Sí, evacuemos-, repetí.

Unos tomaron sus teléfonos celulares; otros sus bolsos; algunos no alcanzaron a agarrar nada.

Di zancadas largas hacia la puerta de salida de la Redacción. Ya, para entonces, el tremor había alcanzado una intensidad mayor. Apenas logré dar unos pasos. No alcancé la puerta de salida. El piso se ondulaba. Las luces se apagaron. Quise avanzar pero era como si el suelo me hubiera atrapado. Caí. Traté de levantarme. Volví a caer. Era imposible mantener el equilibrio.

Todos estábamos en la misma situación, en el piso, pero tratando de escapar. En ese momento, no pensaba en nada más que en sobrevivir.

En medio de la oscuridad iluminada apenas por la intermitencia de las luces del sistema de alarma, veíamos caer parte del cielo raso. Los paneles de luces se desprendían del techo. El sonido de cosas que se estrellaban contra el piso llenaba el ambiente. El suelo parecía traquetear. Se respiraba polvo pero también terror puro.

-Protejámonos bajo los escritorios-, sugirió alguien.

Y casi todos buscamos refugio bajo las mesas de trabajo cercanas. Allí, debajo, todavía se sentía el golpe del cielo raso que caía. El piso seguía moviéndose. Parecía levantarse pero también se balanceaba. La tierra se agitaba hacia todos los lados. Nunca, ni siquiera 18 años antes, durante el terremoto de Canoa, había tenido esa sensación de vulnerabilidad.

-Dios, esto es un terremoto-, pensé.

La alarma sonaba con un grito intermitente, ronco y monótono, acompañada por el flash de las luces de emergencia.

El instinto de supervivencia lo acaparaba todo: sensaciones, pensamientos, necesidades....

Fueron segundos. Unos cuantos. Tal vez quince o veinte. Pero todo transcurría como en cámara lenta.

-Dejó de temblar. ¡Salgamos!

En ese instante no escuchaba más que mi respiración, el sonido aterrador de las cosas que caían y los escritorios que parecían romperse. ¡Ah, y la alarma! ¡La bendita alarma!

Dejé mi momentáneo refugio y volví a buscar la salida. Debía cruzar un corto pasillo con una pared de vidrios a la izquierda. Ni siquiera pensé –después me lo dijeron- que los cristales podían romperse y herirnos. No había más cabeza que para las ganas de escapar. Salimos todos juntos. No veía quiénes eran. Solo queríamos correr, huir.

El terror me comenzó a oprimir el pecho. Respiraba con dificultad. Los vellos de mi piel se levantaban.

El movimiento volvió con mayor intensidad. Solo había hecho una pausa cortísima, uno o dos segundos, como para tomar fuerza. Nos agarró en plena huida. Fuera, el área de Circulación había colocado unas mesas con cubierta de metal para los despachos del periódico. A esa hora las pocas personas que salen suelen tomar, en condiciones normales, otra ruta. Pero ese no era un momento normal; las mesas eran una barrera.

Con más decisión que fuerza, Orly y Karolina empujaron una de ellas. Abrieron un trecho para que todos pudiéramos pasar. Nadie lo hizo. Alguien recomendó que nos protegiéramos bajo las mesas hasta que todo pasara. El metal resistiría la caída de cualquier objeto.

Por ese lugar salieron los compañeros de Circulación y de Prensa. El

miedo se percibía en cada movimiento, en cada palabra, en cada presencia.

Unos segundos más, igual de terroríficos que el primer lapso, y pasó todo. No alcanzaba a ver qué había sucedido. Mi único referente había sido, insisto, el terremoto de Canoa ocurrido 18 años antes, que no dejó daños en Portoviejo.

-¡Vamos al punto de encuentro, en el frente de la planta! ¡Allá no nos pasará nada!-, exhorté.

-¡Vengan! ¡Aquí no cae nada!

Allí, en la explanada que en diciembre sirve para instalar un gran árbol de Navidad, Karen, la recepcionista, lloraba. Ella había sido la primera en llegar. Después se acercaron Jaqueline, de Publicidad, y otros compañeros.

Tatiana estaba desesperada. Pensaba en su hija que se hallaba sola en casa.

Nos abrazamos. Algunos lloraban. Buscábamos consuelo y fortaleza en los abrazos de los demás.

No entendía la dimensión de lo ocurrido. Tenía claro que había sido un terremoto pero no imaginaba la enorme tragedia que había golpeado a mi provincia y a la vecina Esmeraldas. El terremoto había sido de 7,8 grados de magnitud, con epicentro cerca a Pedernales, al norte de Manabí.

Ni siquiera se me cruzó por el pensamiento de que, en esos precisos momentos, algunos amigos míos y otras personas a las que había conocido, morían en Pedernales, Manta y Portoviejo. Días después, cuando me fui enterando, las muertes de esas personas tenían un sabor a desgracia propia, a pesar colectivo.

Quise llamar a mi esposa que a esa hora debía estar en el cuarto piso del hospital Rodríguez Zambrano de Manta, cuidando a su tía que es-

taba delicada de salud. La llamada se quedaba en blanco. Las redes de telefonía habían colapsado. Abrí mi cuenta de Facebook en el teléfono celular para escribir: “Estamos bien, gracias a Dios”. Ni siquiera esa frase se publicó. Era innegable que estábamos incomunicados.

Karen, que estaba en el séptimo mes de embarazo, lloraba y lloraba. Su hija de cuatro años estaba en un cuarto piso al cuidado de su madre, al otro lado de la ciudad. Me pedía ayuda para ir. No sabía cómo asistirle.

Los que tenían carro o motocicleta empezaron a ir en busca de los suyos.

Era mejor que fueran a sus casas antes que tener un grupo de periodistas desesperados en esa tragedia.

Jaime, el editor jefe, llegó al poco tiempo. Se puso a las órdenes para llevar a quienes lo necesitaran. Con él fueron Tatiana y otros compañeros. Yo, pensando en la responsabilidad del turno, decidí quedarme. Imaginaba la cobertura que nos esperaba a esa hora.

Me llené de temores. Volví a llamar a mi familia. Cada segundo más era una agonía, un dolor intenso, lágrimas que amenazaban con estallar. Daniel, mi hermano, había ido esa noche al estadio. El terremoto lo sorprendió dentro del escenario deportivo. Él sí tuvo suerte y alcanzó a llamar a una vecina que le confirmó que mis padres estaban bien.

A María, mi esposa, un joven anónimo que estaba acompañado por un niño la ayudó a bajar a su tía del cuarto piso del hospital. Ella cree que fue un ángel que la socorrió en medio de gente que corría ensangrentada por los pasillos de la casa de salud. Esa noche, muchos “ángeles” recorrieron las ciudades y salvaron a cientos —o miles, tal vez— de vidas. Cada persona en Manabí escuchó o vivió hechos extraños como el de un taxista que abandonó el carro en pleno centro de Portoviejo para tratar de llegar a pie a su casa. Un desconocido en una motocicleta se ofreció a llevarlo. Cuando llegaron a su casa, su familia lo vio bajar de

la moto pero nadie reconoció al hombre que lo llevó.

Como una bendición, fue posible hacer un par de llamadas. Así supe que mis familiares estaban bien. Eso fue un alivio para tanta desesperación.

Las noticias, sin embargo, no eran buenas para todos. Dos personas de la Redacción, que habían trabajado ese día, sufrieron las pérdidas de sus casas. Otro tuvo que desalojar la suya porque los daños eran considerables. En total, se afectaron las viviendas de 26 personas que trabajan en Medios Ediasa y uno de los compañeros perdió a su hija.

Kenisse, la periodista encargada de la página web durante el turno, se alistaba para volver a El Diario. Debía publicar las incidencias del partido de fútbol. En el comedor de su casa se aprestaba a merendar cuando ocurrió el terremoto. Aterrorizada, pero con valentía, convenció a su madre, hermana y abuela a que salieran de la casa. Lo hicieron justo antes de que una pared cayera. Después cedió el resto de la vivienda.

Karolina estaba en la Redacción. Fue una de las personas que empujó las mesas de metal para que los demás pudieran salir. Una vez que pasó el sismo recibió una llamada de su familia en la que le decían que, aunque estaban bien, las paredes de su vivienda se habían caído.

Edwin fue a su casa para enterarse de que había quedado tan afectada que debían evacuar. Estuvieron pernoctando varias semanas en la acera, cobijados por carpas hechas por ellos mismos y haciendo guardias para evitar que les robaran sus pertenencias.

Orly se ofreció a llevarme a casa de mis padres. Acepté y también le pedí que lleváramos a Karen, cuyo llanto tocaba la histeria. Ella vivía al otro extremo de la ciudad. Así se hizo.

Ya en las calles se mostraba la crudeza del impacto. Había muros y postes caídos, casas derrumbadas, gente que corría por media calle sin medir el peligro, largos tramos de cables desparramados sobre las aceras y la calzada, vehículos atrapados entre escombros... Oscuridad. Gritos

de dolor. Pedidos de ayuda. Llantos de alegría por el reencuentro con el ser querido dado por desaparecido, o desesperación.

En el trayecto vimos edificios como el que por décadas alojó al desaparecido Centro de Rehabilitación de Manabí, de cuatro plantas, convertido en ruinas; la imprenta Cevallos ya derribada por la violencia del sismo, y la casa de la familia Villacreses, donde habían ubicado un camión para rescatar a la familia que estaba atrapada en el balcón del segundo piso.

Karen y yo nos bajamos cuatro cuerdas antes de llegar a lo que hasta ese día había sido su casa. Orly se fue a ver a otros familiares que vivían cerca. En ese caos, supe que no volvería a verlo y debía regresar a pie.

En el parque Cayambe, frente al cementerio general, las dos manzanas que conforman el espacio eran la imagen viva de la tragedia, la frustración, el dolor. La gente pedía ayuda y nadie podía brindársela. Por todas partes se escuchaban nombres, ayes, gritos de socorro. En los alrededores había casas derribadas por la fuerza del terremoto.

Empecé a gritar el nombre de la madre de Karen hasta que la encontramos. Junto a donde estaba la familia de Karen, una persona pidió ayuda. Me preguntó si era médico, tal vez por la camiseta y los zapatos blancos que llevaba puestos. Le dije que no. Me pidieron que hiciera todo lo posible por socorrer a una mujer joven, tenía una herida sangrante en la planta de uno de sus pies y la hemorragia no cedía. Con su abrigo le hice un torniquete en la pierna. Era todo lo que podía hacer. Y me alejé de allí.

Luego emprendí el camino de regreso a El Diario. Cerré los ojos y elevé una oración por el sufrimiento de tanta gente. Pedían médicos, ambulancias o ayuda para ir a buscar a alguien que estaba desaparecido. La impotencia era un lastre en el alma. Pero tenía una edición por enfrentar. Era mi responsabilidad en el turno.

El trayecto desde el Cayambe a El Diario es de cuatro kilómetros y para llegar es necesario atravesar parte del centro de Portoviejo. Mientras caminaba me parecía estar en la escena viva de una película de desastre. La ciudad estaba envuelta en dolor y desorden. Caminaba entre escombros, cuidando que no me cayeran trozos de ladrillos, tratando de no rozar los cables de energía eléctrica que estaban dispersos por todos lados, mirando para que no me atropellara algún vehículo, esquivando a personas que corrían de un lado para otro... En plena penumbra, alumbrado por las luces de los carros, avanzaba con una oración en los labios y los ojos alerta a cualquier riesgo.

En lo que después se llamó 'zona cero', la tragedia se presentó más real a mis ojos. Encontré a gente que agonizaba en la calzada; vehículos aplastados por edificios derrumbados; cadáveres en las veredas; personas que buscaban entre las ruinas a sus familiares desaparecidos. Había llanto, pesadumbre, impotencia, temor, terror. Y ya a esas alturas, muestras de solidaridad. Muchísimas. La gente salía a buscar a sus vecinos sobrevivientes en los escombros para llevarlos a sus casas y ofrecerles protección, al menos hasta que llegara el nuevo día. Los que tenían cómo les ofrecían comida.

Pedro Zambrano, el director de El Diario, llegó a comprobar los daños. En las oficinas estaba todo caído. Había computadores, documentos y basura por el piso. El cielo raso se había desprendido. Algunas paredes estaban fisuradas. Parte del muro exterior se había desplomado. El sistema de emergencia seguía con su cansino y sordo chillido. Las luces intermitentes agregaban dramatismo.

La primera decisión fue que esa noche no se imprimieran los periódicos. Hubo escasa cobertura informativa porque los periodistas estaban con sus familiares, tratando de darles fuerza, ofreciéndoles seguridad, ayudando a sus vecinos.

Es cierto que los periodistas deben estar preparados para ejercer su trabajo en cualquier momento, en toda circunstancia, pero lo ocurrido

rebasó cualquier premisa. ¿Cómo abstraerse del dolor cuando una tragedia colectiva golpea a padres, hijos, parejas, o amigos que requieren ayuda inmediata o están en riesgo inminente de morir?

Los daños que sufrieron los medios de comunicación fueron cuantiosos. En Pedernales las dos radios que hay en el cantón se destruyeron al caer los edificios donde funcionaban. En Portoviejo y Manta debieron improvisar estudios para trabajar y mantener informadas a las personas.

Había muchos rumores. Esa misma noche se expandió la falsa noticia de que las represas Poza Honda (100 millones de metros cúbicos de agua) y La Esperanza (450 millones de metros cúbicos) habían colapsado y se anunciaban severas inundaciones. También se decía que ocurriría un tsunami y que se debían evacuar las poblaciones costeras.

El papel de los medios de comunicación que pudieron funcionar desde la noche del terremoto, sobre todo las radios, fue vital para mantener a los ciudadanos informados, al tiempo de servir a las personas para que dieran a conocer sus necesidades, problemas y tragedias.

Los días sucesivos fueron de mucha tensión. Los periodistas volvían de las coberturas agobiados por las experiencias vividas.

Sandro Muñoz lo cuenta. “Me tocó viajar a ciudades como Calceta y Junín, donde las consecuencias no fueron tan duras como en Portoviejo, Manta o Pedernales. Pero allá también cada persona vivía su drama. También se cayeron casas pero toda la atención estaba centrada en las ciudades grandes. La gente veía en nosotros a un medio para pedir la ayuda que no les llegaba. Al recoger esos testimonios sentía como si todo eso me hubiera ocurrido. Daba mucha pena, en verdad”.

El domingo 17, siguiente día del terremoto, la parroquia Tarqui, de Manta, estaba convulsionada. Había construcciones caídas por todas partes. Un equipo de Medios Ediasa, envió allá un dron para hacer tomas aéreas de la zona devastada.

El hotel Astoria 2, cerca al parque de Tarqui, había colapsado. Bom-

beros de varias partes del país intentaban encontrar víctimas entre los escombros. El operador del dron debió buscar un espacio apartado para elevar el aparato, pues los rescatistas demandaban silencio absoluto.

La zona aledaña al centro comercial Felipe Navarrete estaba cerrada. Aun así, desde los portales, los familiares de personas atrapadas observaban con impaciencia el trabajo de los rescatistas. Pedían a los militares que los dejaran pasar para mostrarles los lugares donde, suponían ellos, debían estar las personas. “Son nuestros familiares. Si nos dejaran estaríamos allí, ayudándonos”, suplicaba, entre lágrimas, una mujer.

En los portales había rastros de sangre, objetos de todo tipo esparcidos por el suelo, botellas de agua, tarrinas de comida. Algunos, agobiados ya por la vigilia, tomaban una siesta en un rincón.

El periodista Leonardo Ceballos narra lo que sintió: “Mi primera reacción fue de asombro, fue un impacto visual terrible. Luego, me impactaron las emociones del entorno. Veía a la gente que caminaba y lloraba. Yo lloraba. Edmundo Zambrano, el reportero gráfico, también. Caminábamos en medio de Tarqui y era imposible no llorar”.

El cerco policial no dejaba avanzar más allá. Los periodistas eran desalojados de los sitios que, según los uniformados, podían ser peligrosos para ellos.

Poco después, con el cierre de las llamadas “zonas cero” –los sitios más devastados-, las limitaciones crecieron. No se podía ingresar a realizar coberturas de los hechos sin un salvoconducto que debían entregar las autoridades locales. Y para ello, el medio de comunicación debía cumplir ciertas formalidades como enviar una solicitud con los nombres de quienes iban a ser acreditados y solo esas personas podían ingresar, aun así, con restricciones.

Había mucha colaboración de las autoridades pero en más de una ocasión hubo silencio.

La Fiscalía empezó a publicar en su página web los nombres de las víctimas, pero luego retiró el listado. Hubo cuestionamientos, pues muchas personas que murieron a consecuencia del terremoto no constaban en él. Eran cuerpos que, por el estado en que se encontraban, debieron ser sepultados en forma inmediata, sin que sus familiares esperaran a que les practicaran la autopsia ni cumplieran formalidades como la obtención del certificado de defunción.

Entre el domingo 17 y el lunes 18 de abril, los cementerios tuvieron mucha concurrencia. Eran como dolorosas caravanas. El domingo, en los tres camposantos de Portoviejo hubo por lo menos 50 sepelios. En localidades como Canoa, la falta de ataúdes hizo que muchos cuerpos fueran llevados a sepultar envueltos en sábanas, directamente en la tierra o en bóvedas.

En Manta, el cementerio Jardines del Edén se convirtió en el punto de llegada de los cuerpos. Una madre, presintiendo lo peor, llegó en busca de su hija. No estaba entre los cadáveres. A los pocos minutos llegó una camioneta con otros cuerpos. De uno solamente se veían los pies y un brazo del cual colgaba una pulsera roja. Fue la prenda que le permitió descubrir se trataba de su hija.

A tres meses del terremoto el Gobierno reportó 668 víctimas, la mayoría de ellas en la provincia de Manabí. A esta lista se suman ocho desaparecidos, según el reporte oficial más reciente.

Ahí no constan, no obstante, las víctimas indirectas del terremoto. Personas que fallecieron, después, por suicidio o porque la depresión les causó enfermedades. O, como Fernando Rivadeneira, quien falleció nueve días después del sismo atropellado por un carro, cuando iba a recoger una ayuda que le habían ofrecido para reconstruir la vivienda que había perdido en la tragedia.

Luego del terremoto, a medida que pasaban los días, la desesperación aumentaba en los parientes de los que estaban atrapados. Hubo cuestionamientos de la población porque, en algunos casos, se empezó a

utilizar maquinaria pesada para remover los escombros, cuando aún se creía, había personas vivas.

Pablo Córdova fue rescatado de las ruinas del hotel El Gato, en el centro de Portoviejo, donde trabajaba, a las 36 horas. Sus amistades le pusieron el apodo “Milagrito”. Katty Rezabala fue sacada por los bomberos, tras 57 horas de la tragedia, de entre los escombros del centro comercial Felipe Navarrete, en Tarqui, Manta. En ese mismo lugar, a las 33 horas, hallaron vivos a Segundo Pin y Vanessa Baque, una pareja oriunda de Jipijapa y residente en Montecristi.

Estos “milagros” ocurrían por todas partes. Pero también había historias cargadas de mucho dolor. Una de ellas fue la de Jenrry Puentes y Jahaira Bazarro. Ambos eran novios y estuvieron bajo los escombros, dándose aliento, hasta que fueron rescatados. En el hospital, él le pedía que tuviera fuerzas. A Jahaira le amputaron una pierna y un mes después llegó la madre de Jenrry a visitarla y a decirle que él había muerto.

En las orillas de las carreteras, familias enteras agitaban botellas al paso de los vehículos. Pedían agua, alimentos, dinero, ropa. Era una imagen impactante que se mantuvo por más de un mes.

La solidaridad, sin embargo, no se hizo esperar. Grupos familiares y de amigos de todas partes del país, y aun del extranjero, acudían a entregar donaciones para los damnificados por el terremoto. Algunos decidieron entregar la ayuda, de manera directa y oportuna, a parientes, amigos o a comunidades, pero hubo denuncias de que la fuerza pública incautaba esas donaciones porque, decían, el Gobierno debía entregarlas bajo un protocolo. El Comando Conjunto de las Fuerzas Armadas desmintió esas versiones.

Lo intempestivo de la tragedia llevó, también, a que gran parte de la población manabita improvisara refugios en muchos lugares, incluso en las aceras. Mientras el Gobierno pedía a los ciudadanos que acudieran a los llamados albergues oficiales, muchas personas preferían estar cerca de sus casas, vigilándolas, pendientes de sus pertenencias.

Alejandro, como pidió que lo identificaran, permaneció más de un mes viviendo dentro de la ‘zona cero’. Lo hacía en su carro. Allí dormía, sentado, vigilante. Le acompañaba su madre. “No puedo irme. La casa no se cayó. Sólo hay que repararla. He sacado algo, pero aquí tenemos casi todo”, contó a los periodistas.

Tres meses después, el drama no ha terminado. Todavía hay familias que viven en carpas improvisadas en algún parque o en las calles, esperando la ayuda gubernamental en bonos. Las réplicas siguen causando temor en la población y, aunque las autoridades han dicho que se trata de un proceso normal después de un terremoto, cada movimiento rememora el horror del 16 de abril. Muchas personas han vuelto a sus casas para seguir con sus vidas, tras recibir ayuda de los entes públicos.

Las “zonas cero” se van reduciendo a medida que demuelen edificios pero el comercio y el turismo todavía pugnan por levantarse.

El 16 de cada mes los espacios en los que murieron personas se llenan de fotografías, flores, velas y oraciones en homenaje a quienes perdieron la vida en una tragedia que, sin discriminar nivel económico ni clases sociales, puso en igual condición de vulnerabilidad a toda la población de Manabí. La fecha se vuelve, entonces, un día de recordación de las víctimas pero, también, una jornada para dar gracias por la vida.



PERFIL

José Leonardo García Pinales, nacido en Portoviejo, Manabí, en 1969. Tiene 24 años de trayectoria en medios de comunicación. Trabaja en Medios Ediasa, donde ha desarrollado experiencia en radio, periódicos, televisión y web. Colabora con Fundamedios en la provincia de Manabí.

‘NO ME LO CONTARON... LO VIVÍ’

Manuel Gonzales

Como en pocas ocasiones, mis tres hijos: Jordan, de 14 años; Valeska, de 8, y Luciana, de 2 años 4 meses, no reprocharon ni exigieron golosinas para permitirme salir a solas con su mamá. La benevolencia tenía su lógica. El computador, con acceso a internet, estaba a su disposición.

Eran aproximadamente las 17:00 del sábado 16 de abril cuando los dejamos solos y emprendimos la búsqueda de bisutería, zapatos y... Aquella noche, mi amiga Gilda Palacios estaba de cumpleaños y mi esposa deseaba ‘opacarla’, pues era la primera vez que se tratarían. Su narcisismo fue tal que recorrimos casi todos los sitios del centro de la ciudad de Esmeraldas, donde ofertaban maquillajes, blusas, aretes...

“¡Falta el regalo!”, exclamó la mujer que me ha acompañado por 17 años y que desde aquel sábado está más pendiente de mi pronto retorno a casa luego de la jornada laboral.

Entre compras y compras, cayó la tarde. En una de las tiendas recordamos a nuestros hijos. ¡La mejor de las corazonadas! Fue la antesala de lo que se vendría después. En ese momento, sin dudar, coincidimos en que ya era hora de regresar a casa.

Al llegar, ella con dos fundas en la mano, yo con otras, fuimos recibidos con abrazos por nuestras proles que, motivados por la curiosidad de saber qué había en el interior de las fundas, nos direccionaron hasta el cuarto matrimonial. Aquel instante de cariño familiar nos unió alrededor de la cama que empezó a temblar. Eran las 18:58. Y seguía. Seguía y no paraba de moverse la cama y el techo de zinc, material propio de las casas de la Costa.

“¡Papá, papá, por favor, que ya se termine esto!”, gritaba Valeska, mientras se aferraba a mí. Luego, al salir a la sala me abrazó una sobrina, lo mismo hizo mi mamá que se sujetaba al ‘valor’ del hombre de la casa. Enseguida, todo quedó en tinieblas. Eran las 18:58.

El apagón provocó gritos más desgarradores de la familia: “¡Dios mío, no!, ¡aay, aay!, ¡ya por favor, yaaa!” Cuatro meses después, esas voces aún retumban en mi mente. En cambio ellos recuerdan cuando les repetía: “¡Tranquilos, tranquilos, ya va a pasar!” Todo mientras la tierra se movía desordenadamente y provocaba regurgitar. Los especialistas lo llaman movimiento oscilatorio. No recuerdo haberle pedido a mi familia que se calmara mientras temblaba, pero ellos coinciden en sus relatos.

Lo que sí tengo claro es que, pocos minutos después del remezón, a lo lejos empezó a sonar mi celular. Era el Editor General de Diario La Hora. Llamaba desde Quito. Tras confirmarle que yo y mi familia estábamos bien, dispuso el envío urgente del material -redacción periodística de los efectos del terremoto- para cargar a la página web del rotativo.

Desde esa noche del sábado, en la mayoría de mis textos periodísticos aparecen palabras en común como: sábado 16 de abril, a las 18:59; terremoto de magnitud 7.8; damnificados; albergues; zona cero, 42 segundos, casas caídas. Todas las palabras están entrelazadas con la noche, cuando nada volvió a ser igual.

Mi familia, luego del movimiento, estaba sumergida en el espanto, sin embargo, logré convencerles y salí a cumplir con el oficio que es mi ‘motor de vida’. Salí con mi celular que se convirtió en mi compañero durante la travesía por las provincias de Esmeraldas y Manabí, las más afectadas por el movimiento telúrico de 7.8. En este dispositivo electrónico comencé a almacenar imágenes.

Mientras avanzaba, las luces de mi carro me mostraban a la gente

apostada en las veredas. Todos con rostros y poses de asustados. Hasta ahí, nada novedoso. Seguí adelante. A eso de las 19:30 o 19:40 me llegó un mensaje de WhatsApp informándome que una casa de la parte alta de la ciudad había colapsado por el remezón que duró 42 segundos.

Con esa novedad intenté enviar un par de reportes para la página electrónica del periódico. Fue una lucha. La comunicación por celular funcionaba a medias, se interrumpía frecuentemente. El servicio estaba casi colapsado. Al fin conseguí pasar los primeros reportes y retorné a mi hogar antes de que el calendario marcara domingo 17 de abril.

La luz natural de ese domingo me permitió ver con claridad lo que la penumbra de la noche del sábado escondió: desastre, dolor. Inicié mi recorrido en Esmeraldas y pasé a Manabí, almacenando en mi celular las terribles imágenes de casas y edificios colapsados, escombros por doquier, madres con sus hijos mendigando junto a la carretera, muertos. Pero la inteligencia artificial del celular no pudo captar algo que sí lo hizo mi sentido del olfato dos días después de la tragedia, en Pedernales-Manabí: el penetrante olor a ‘muerte’ de los cuerpos desmembrados. La arcilla agitada por el viento contaminando el ambiente. Los olores, el polvo, eran asimilados por la gran cantidad de gente que llegó a esa ciudad. Me incluyo.

En Esmeraldas, donde no predominan los edificios por su marcada pobreza, pero sí las casas mixtas de madera y cemento, la destrucción parecía menor. Pero en Muisne, sur de Esmeraldas, había una realidad distinta. Una de las pocas casas ‘elegantes’, asentada junto al brazo de mar que separa la zona continental de la isla, se partió en la mitad. Ese pedazo de cemento se convirtió después en el ícono de la destrucción estructural en esa zona.

Mi ícono humano fue José Quiñónez Bonaga, con discapacidad físi-

ca. Su hogar no colapsó, tampoco él resultó herido pese a movilizarse en silla de ruedas. La resistencia al terremoto del hombre que un tiempo fue un número de los 13 mil 911 muisneños que constaban en el Registro Único de Damnificados (RUD), me marcó emocionalmente.

Una parte de la población aún vive en casas con cicatrices y adhesivos colocados en las paredes por entes gubernamentales que les advierten que la estructura está en riesgo de colapso. Los que temen habitar allí o perdieron totalmente su vivienda, se aferran a los albergues oficiales y viven con la esperanza de ir a una casa propia, lejos de los cuatro metros de cota sobre el nivel del mar, donde está asentada la Isla. Su belleza natural contrasta con los rostros de madres, hijos, abuelos marcados por la pobreza.

En los dos primeros meses post terremoto, los improvisados refugios de plásticos armados en patios, al filo de carretera o terrenos donde no les cayera agua del 'cielo', rondaba por doquier. Los primeros días las necesidades básicas de los damnificados era tal, que superó en más de una ocasión mi obligación de aislar, temporalmente, mi función de reportero y del papá que sabe la tristeza de ver a un hijo pedir comida cuando en la nevera solo hay agua, la cuenta del banco está en cero y el almanaque te recuerda que faltan cinco días para un pago.

Pero nada fue más triste que atravesar los 50 kilómetros de vía que separan al cantón Pedernales de Jama. Cada kilómetro tenía una historia. Gente con carteles pidiendo agua, comida, ropa, obligaban a bajar la marcha del carro que no superaba los 40 kilómetros por hora, ante el riesgo de caer en uno de tramos de la carretera afectado por las ondas sísmicas.

Cada manabita parecía preguntarse con su mirada: ¿Qué pasó, cuándo se acabará esta pesadilla? El sufrimiento apenas se comparaba con lo que se vivía en el estadio 'Maximino Puertas' del cantón Pedernales, epicentro del terremoto.

Allá, la indolencia frente al dolor ajeno, no tenía cabida. La muerte estaba tan cerca que era imposible ignorarla. El ingreso y salida de ataúdes a un costado de la cancha, y familias esperando la entrega de su pariente desmembrado por los escombros, no ‘permitía’ levantar la cámara o encender la grabadora de mano, para preguntarle al doliente si perdió a otro ser querido.

Ahora, los entes oficiales aseguran que 673 personas perdieron la vida aquella noche. Con el pasar de los días, rescatistas de todas partes del mundo y periodistas se unieron en lo que después se le llamó la ‘zona cero’. Unos para salvar vidas, recuperar cuerpos sin vida y otros para informarle al mundo que el Ecuador había sido azotado por un terremoto que destruyó edificios y frustró proyectos de vida.

Entre militares, policías, perros de rescate que se sumaban a la ayuda, me encontré con el sacerdote Francisco Ilaquiza. Vestía de negro, una estola morada y un sombrero caqui, atípico para un cura llegado de la Arquidiócesis de Quito, pero el calor manabita justificaba su uso. Él está en mi mente, porque todavía recuerdo su bendición y conservo el Rosario que me regaló luego de darle los santos óleos a un hombre sin vida encontrado entre las ruinas del mercado de abastos ‘Torres’, ubicado en el centro de Pedernales.

La estadística precisa el número de muertos y desaparecidos, pero no la cantidad de personas que, sin importar el horario, mostraban carteles pidiendo lo más elemental para la vida: agua y comida. El aire les llega sin pedirlo. En las noches renegaban de la brisa, porque las improvisadas carpas de plástico permitían el paso al frío de los cantones bañados por el Pacífico, océano que desde aquella noche de sábado 16 de abril de 2016 ya no era visto como el atractivo turístico, sino como el potencial enemigo; temían un tsunami que nunca llegó... por suerte.

La suerte era algo que invoqué con mucha frecuencia previo a cada reporte desde la zona de desastre. Enviar un reporte era un desafío tecnológico y mental. Pese a los esfuerzos gubernamentales por recuperar

lo más pronto posible las conexiones a internet, la posibilidad de tener un envío exitoso era un motivo personal para celebrar. El tiempo de espera puso a prueba mi tolerancia, debía cumplir con la necesidad de informar con inmediatez.

En esos cuatro días, dormir era un privilegio. Pese a la distancia que separaba a mi casa, en Esmeraldas, de Pedernales y Jama, siempre logré llegar al hogar donde gran parte del resto de la noche se consumía en recapitularle a mi familia cada minuto fuera.

Ellos no se enteraban de todo. Hasta ahora están seguros de que las tres comidas al día eran parte de mi itinerario, pero eso distaba de la realidad, ya que en zonas como el cantón Jama, el dinero en los primeros días del terremoto, perdió valor.

Las tiendas cerraron por temor a saqueos y los únicos puntos de abastecimientos de comida y agua estaban direccionados a los damnificados. El periodista era considerado un sujeto más de ayuda a los afectados, no de atención de los grupos de voluntariados. En más de una ocasión mendigué por una botella de agua.

Más, no todo ocurrió en Manabí. En Esmeraldas, la tierra que me vio nacer hace 36 años, me enfrentó con uno de mis mayores temores: alejarme para siempre de mi familia. Cuando parecía que la calma había retornado a la población, llegó el 18 de mayo. Eran las 02:58 y la tierra volvió a temblar con violencia. Fue la réplica más fuerte desde el terremoto. Mompiche, el balneario del sur de Esmeraldas más visitado por los amantes del surf, había sido el epicentro del temblor-réplica 6.8.

Al igual que el 16 de abril, el apagón revivió el miedo de quienes descansábamos aquella madrugada. Yo lo hacía con mis dos hijos: Jordan y Valeska. Mi esposa y la Luciana estaban internadas en la clínica del IESS. La neumonía bacteriana de la 'Morita' obligó a mantenerla asilada por tres días.

Tras sentir el remezón y dejar a buen recaudo a los hijos mayores, salí en medio de la penumbra a buscar al resto de la familia. Busqué el rostro o llanto de mi Luciana, la que al igual que todos los pacientes de la clínica, fue evacuada de su habitación. Ella regresó a la 103 y yo a casa, con la intención de descansar unas dos horas para emprender el viaje hacia el epicentro del nuevo sismo.

Al rayar el día empecé el viaje hasta Mompiche, el epicentro. Llegué antes de las 08:40. Por lo fuerte del movimiento pensé encontrar destrucción masiva. Por suerte, aquello no pasó. Luego de reportar al medio de comunicación el susto de la población, empecé el retorno a la sala de Redacción en Esmeraldas.

Una de mis paradas fue el albergue ‘La Loma’, ubicado a cuatro minutos en carro desde el Océano Pacífico, junto al centro poblado. Al igual que en otros fillos de carreteras, los refugios hechos de plásticos contrastaban con el verdor de los árboles de la ‘Provincia Verde’.

Mientras los damnificados relataban el temor de la madrugada, volvió a temblar fuerte. Muy fuerte. Tan fuerte que sentí que la tierra se hundía, mientras los gritos de desesperación se apoderaban del lugar.

Pero nada más desgarrador que el llanto y rostro de miedo de una niña de unos 9 a 10 años quien, pese a estar junto a sus padres, estiró sus manos implorándome la protegiera. Lo hice. Ella lloraba descontroladamente sobre mi pecho. Sus padres también.

Ese momento de desesperación fue captado por mi compañero fotógrafo Leonardo Villafuerte, el que inmortalizó aquel sitio y rostros donde la atención gubernamental era la quimera de los que abandonaron sus casas y se refugiaban en un sitio donde el tsunami no les afectara.

Pese a esas advertencias de la naturaleza, la gente de la isla Portete, del cantón Muisne, vecinos de Mompiche, se resistían a regresar a sus hogares. En sus mentes está tan arraigada la idea de un tsunami, que a

las 19:00 de cada día, la isla solo queda con 13 personas. Aquel martes, 5 de julio, durmieron 14. Yo era el visitante.

La idea de quedarme en un sitio donde solo dos lanchas están en la orilla, en realidad, me aterraba, pero alguien tenía que decirle al mundo que 80 familias desean una nueva casa cerca de su principal fuente de ingreso: la visita de turistas.

Aquella noche, una jauría cercana a la casa de Lorenza Cedeño, de 60 años, y su esposo Filemón Altafuya, de 103 años, el de mayor edad en el caserío, era lo único que interrumpía el silencio de la noche matizada por el golpe de las olas. Esa noche tembló en tres ocasiones, así lo confirmó el Instituto Geofísico. El temor a las réplicas no podía ser mayor.

Al amanecer, la soledad en la isla no varió mayormente. Su gente seguía en el albergue donde se escuchaban voces de entes oficiales y voluntariados que ofrecían la construcción de un plan habitacional en la loma, desde donde se divisa a Júpiter, la isla cercana.

Allá en Portete está tan viva la esperanza de recibir una casa, como también, en los afectados de la ciudad de Esmeraldas, donde más de 2.000 réplicas obligaron a derrocar parte de las pocas infraestructuras altas que adornaban la urbe.

El Gobierno dice que va rápido en su proceso de reconstrucción de Manabí y Esmeraldas. Puede ser, pero la espera de la nueva casa mantiene latente la angustia en los albergues y en los hogares de familias acogientes. La ayuda psicológica se ha convertido en una necesidad para el ciudadano que luego de cada réplica eleva una oración. Mi madre y mis hijos pueden dar fe de aquello, pues yo también, al recordar cada día vivido en la zona del desastre, una parte de mí se paraliza por temor porque el terremoto y sus réplicas no me lo contaron... lo viví.



PERFIL

Manuel Gonzales Quiñónez nació en Esmeraldas el 14 de marzo de 1980. Comunicador Social en formación, en la Universidad Técnica Particular de Loja.

Galardonado en 2009 y 2011 como fotógrafo del año por la Corporación Esmeraldeña 'Catanga de Oro'. Además, dictó charlas de motivación y periodismo como 'un arte' a estudiantes de colegios.

En 12 años laborando en Diario La Hora Esmeraldas ha realizado coberturas presidenciales, manifestaciones sociales y la tragedia del terremoto del 16 de abril en las provincias de Manabí y Esmeraldas.

PORTOVIEJO TRAS LA CATÁSTROFE

Pablo Jaramillo

Lunes 18 de abril. 14:30. Hablé con Chris Kraul¹ por teléfono. Teníamos que armar el reportaje que saldría publicado al siguiente día. Estar en la zona del desastre, superaba de largo los pronósticos que habíamos hecho antes del viaje. ¿Cómo describir lo que sucedía? Desconcierto. Tragedia. Chris fue reportero en Irak y Afganistán. Luego de escucharme, comparó a Portoviejo con un campo de guerra. Le dije que probablemente estaba en lo correcto.

Llegué a la capital de Manabí solo unas horas antes. Exactamente a las 5:58 am. Por tierra. Desemboqué en el centro de Portoviejo, caminando. Necesitaba información. Revisé las redes sociales y compré el periódico. Era la edición especial de El Diario, el principal rotativo de la provincia. Su titular fue como un gancho directo a la cara: DESTRUCCIÓN Y MUERTE. Así, directo, en mayúsculas, y con la foto de un auto rojo aplastado frente a un edificio en ruinas. En ese momento las cifras oficiales hablaban de 235 muertos y 1.580 heridos. Pero al final, esos números casi se triplicaron².

I

La primera persona con la que hablé fue doña Fátima Cevallos, una costurera de 61 años. La mitad del techo de su casa se cayó, destrozando casi todos sus enseres. Me contó que se salvó de milagro. Alcancé a ver unas lágrimas en sus mejillas. A lado suyo, acostado en un colchón sobre la vereda, estaba su padre, un hombre de 98 años que también salió inexplicablemente ileso del percance. En esa casa también vivían

1 Chris Kraul cubre Latinoamérica para el diario Los Angeles Times, trabaja desde Bogotá, Colombia.

2 Según cifras oficiales, hubo 670 muertos por el terremoto.

dos hermanas de doña Fátima, una sobrina y un nieto de cuatro años. Aquella noche, a pesar de que su hogar se destruía y los gritos de sus vecinos saturaban el ambiente, ellos actuaron con serenidad. Estaban con vida. Sí, daban gracias a Dios. Pero el destino les había arrebatado, en un minuto, quién sabe cuántos años de trabajo.

A solo unos diez metros de la casa de doña Fátima, estaba un edificio de dos pisos, desmoronado. Sobresalían unas columnas partidas por la mitad y algunos hierros retorcidos. Era la esquina de García Moreno y Alajuela. Se alcanzaba a ver un rótulo: Centro de Belleza Innovación. El terremoto ocurrió el sábado 16 abril, a las 18:58. Uno no puede evitar pensar que, seguramente a esa hora, había clientes. Tal vez hubo muertos. Nadie me pudo dar razón en ese momento.

A unas cuatro cuadras de allí se ubicaba el asadero de pollos El Bella-co. Ahora solo era un montón de escombros. La imaginación de la gente creó una historia sobre este lugar. Dicen que pocos minutos antes de que temblara la tierra, un mendigo se acercó a pedir comida, pero al no recibirla lanzó una advertencia: “Hoy tienes algo, mañana no lo sabes”. Al rato, vino la desgracia. Los datos oficiales dicen que solo allí hubo cinco muertos. Jairo Zambrano, un motociclista de 29 años, me contó que esa noche ayudó a sacar los cadáveres del local. También pudieron salvar vidas. A Jairo el terremoto lo agarró en la calle, esperando a que cambiara la luz roja de un semáforo. Mientras el suelo parecía tragarse la ciudad, vio como un auto era aplastado por una pared.

II

Como reportero, uno no sabe dónde empezar, hacia dónde ir. En cada esquina hay una historia diferente. Gente sacando lo poco que quedó de sus hogares. Bomberos levantando techos de zinc o fragmentos de paredes. Enormes cantidades de tristeza. Desolación.

Conversé con uno de los rescatistas. Venía de Venezuela. Formaba parte de un grupo que se disponía a buscar sobrevivientes —o cadáveres— de la tienda de calzado Mariner, de la cual solo quedaba una montaña

de cemento y bloques. Su nombre era Alexis Gutiérrez, de 48 años. Estaba en esa labor desde la madrugada. Tenía dos grandes preocupaciones: las réplicas del terremoto y el uso inadecuado de la maquinaria para extraer escombros. Tenía razón. A solo 36 horas del terremoto, todavía había personas con vida bajo las ruinas. De hecho, se encontraron sobrevivientes hasta 120 horas después³.

El cielo era azul, nítido, con unas pocas nubes que parecían estáticas. El calor azotaba. Pero para los portovejenses el día estaba casi entero. Era como las 8:30 de la mañana.

Las esperanzas querían desmayar. Los minutos pasaban. Llegó un camión con víveres. Para quienes lo perdieron todo, la solidaridad de otros era su único medio de supervivencia. Latas de atún, paquetes de galletas, botellas de agua. Incluso unos juguetes. Todo servía. La generosidad provino de todas partes. Conversé con Adolfo Sosa, un cuidador de carros de 69 años, que vivía en el parqueadero de un edificio que colapsó. Literalmente, solo le quedaba la ropa que vestía en ese momento. “Fue la noche más terrible de mi vida. Ya no tengo nada”, me dijo en un tono casi imperceptible, como si un nudo en la garganta le hubiera apagado la voz.

III

Jugadores de palabras. Los portovejenses son expertos en contar chistes, relatar anécdotas o improvisar fábulas. Emprendedores por naturaleza. Nómadas. Han atravesado el país, esparciendo su identidad. ¿Qué ecuatoriano no tiene un amigo de Portoviejo? Alguna vez, en un viaje por la costa ecuatoriana, acompañado de un buen amigo portovejense, acepté probar el afamado Currincho, bebida alcohólica manabita por excelencia. Demasiado potente. Como un trago de gasolina por la garganta. En Portoviejo lo promocionan en pomas con una culebra o un alacrán adentro, como remedio exótico para toda clase de dolencia.

3 <https://actualidad.rt.com/actualidad/205440-video-increible-rescate-tres-victimas-ecuador>

Pero esa mañana, a eso de las 9:30, un helicóptero volaba sobre el cielo portovejense. Gracias a Twitter me enteré que el Presidente de la República iba a visitar la zona donde me encontraba. ¿Había alguna autoridad alrededor para confirmarlo? Ninguna. Pregunté a un hombre con uniforme de guardia de seguridad, pero me dijo que eso era imposible. Caminé y seguí buscando datos. Conversé con Patricio Domo, un ciudadano de 40 años que trabajaba como administrador de la farmacia San Gregorio, a pocos pasos del edificio del Seguro Social que había colapsado. Patricio me contó que segundos antes del terremoto estaba atendiendo a una mujer que pedía un tarro de leche en polvo. Antes de entregárselo, comenzó a moverse la tierra. Más fuerte. Patricio corrió hacia la calle. Quiso agarrar a la mujer, pero no pudo. Quedó atrapada. Una pared le cayó encima, matándola seguramente de contado.

Por coberturas periodísticas me ha tocado estar cerca de Rafael Correa algunas veces. Siempre impecable y con cierta expresión de superioridad. Pero esa mañana, en medio de la catástrofe que abrazaba a la ciudad, Correa no era el mismo. Llegó como acostumbra, en una Nissan Patrol color negro. Se bajó y caminó unos metros. Sudaba. Era evidente que no había dormido. Su expresión de desconcierto delataba el impacto que le causó ver la tragedia. Iba rodeado de un enjambre de guardaespaldas. “Queremos agua”, le gritó una mujer en medio del tumulto. “Aquí nadie se me desordena” advirtió el Mandatario. Se fue como a los diez minutos, de la misma forma en que llegó.

IV

Una de las cosas más impactante fue ver el edificio del Seguro Social destruido. Una mole de escombros sobre las calles Pedro Gual y Chile. Pleno centro de Portoviejo. Bomberos de Cuenca eran los encargados de levantar lo que quedaba. Hasta hace solo dos días había sido una sólida estructura de cinco pisos. A unos pasos de allí, estaban las ruinas del almacén Súper Éxito. El tercer piso de la edificación había sido aplastado por el techo de cemento. Mirando la escena estaba Yandry Galarza, un portovejense de 25 años, que trataba de imaginar qué había

ocurrido con su hermana Kenia, de 26 años, una de las cajeras del lugar. Lo acompañaban dos hermanos más. Alcancé a escuchar su conversación, hablaban sobre el costo de un funeral... Solo unas horas más tarde se confirmó la muerte de Kenia.

En contraste, uno de los lugares que menos daño sufrió fue el mercado. Se veía bastante bien. Solo unas pocas cuarteaduras, un poco del techo ligeramente desprendido. Nada en comparación con el desastre en otras zonas. Había unos pocos comedores con puestos libres. Pedí un seco de pollo con un vaso de quaker. Junto a mí estaba un hombre de unos 70 años. Me dio su razonamiento sobre las causas del terremoto: “Dios castiga a los hombres por apartarse de su palabra. Es el escarmiento por los pecados que hay en el mundo”, me explicó. Le hice unas preguntas. Conversamos un momento. Insistió en su teoría. La capital de Manabí, al igual que el resto del Ecuador, es mayoritariamente católica. Según el INEC, ocho de cada diez ecuatorianos profesa esta religión⁴. No obstante, cuando terminó de comer, esta persona se levantó. Le pregunté su nombre. A pesar de la seguridad con que defendía su tesis, prefirió no revelarme su identidad.

Ya al final de la tarde, de regreso al Terminal Terrestre, era paso obligado el puente Velasco Ibarra. Ocho vehículos habían caído en el río, empujados por el terremoto. Eran de la concesionaria Metrocar. Desde la estructura pavimentada se alcanzaba a divisar camionetas, taxis, camiones... ¿A cuánto ascendieron las pérdidas por el terremoto? Según la Secretaría de Planificación y Desarrollo (Senplades), para reconstruir todas las zonas afectadas se necesitarían 3.344 millones de dólares, de los cuales, solo para el sector productivo, se deberían destinar 1.032 millones⁵.

Miré hacia atrás, las imágenes eran ásperas y grises. Circulaba por las

4 http://inec.gob.ec/inec/index.php?option=com_content&view=article&id=513%3Ainec-presenta-por-primer-vez-estadisticas-sobre-religion&catid=56%3Adestacados&Itemid=3&lang=es

5 <http://www.elcomercio.com/actualidad/senplades-ecuador-balance-terremoto-reconstruccion.html>

calles de Portoviejo sin entender cómo la gente aun caminaba rodeada de escombros, consciente de que decenas de muertos se esconden entre las ruinas. ¿Cómo reaccionar cuando se está rodeado de tanta tragedia? Como lo hacían los portovejenses. Con valor. Entereza. Sin embargo, aún se podía ver cierto recelo en el ambiente, como si la gente presintiera que la naturaleza pudiera hostigarlos de nuevo. Y hubo centenares de réplicas de aquel sismo del 16 de abril. Pero, a pesar del miedo, las miles de víctimas no han hecho más que dar pasos hacia adelante y tratar de continuar con sus vidas.



PERFIL

Pablo Jaramillo Viteri (Quito, 1981). Periodista especializado en crónicas, temas políticos e investigación. Ha trabajado para medios como el diario Los Angeles Times (EE.UU.), revista Vanguardia y diario HOY. Como integrante del equipo de Vanguardia obtuvo varios galardones, entre ellos el Premio Nacional Eugenio Espejo, el premio Jorge Mantilla al Mejor Reportaje y el premio de Fundamedios al Periodismo de Investigación. Fue reconocido por la Unión Nacional de Periodistas (UNP) por su cobertura de los hechos sucedidos en Quito el 30 de septiembre del 2010.

LO QUE QUEDA

Óscar Molina V.

Tras más de cinco intentos, Marcia Cayambe contestó. Era una llamada de César Mieles, su esposo. Él estaba en una cabina telefónica, en Quito, y ella en una calle sin luz del barrio La Pradera, en el norte de Manta, donde quedaba su casa de un piso. Marcia cargaba en brazos a su hija Sarabí, de 8 meses, y sostenía de la mano a Jessenia, de 4 años. Las niñas, asustadas, lloraban. Las ollas, el clóset, los santos, una pared, estaban en el piso: el terremoto lo había tirado todo.

—¿Y mis niñas cómo están? ¿Les pasó algo? Vaya y busque ayuda rápido.

—No les pasó nada, pero están asust...

La llamada, de repente, se cortó.

Desde ese contacto fugaz el sábado por la noche hasta el mediodía de este lunes 18 de abril, César no ha sabido nada de su familia y piensa que, quizá, al celular de su esposa se le acabó la batería o que, incluso, se lo robaron. Es mejor no imaginar nada peor que eso. Nada más irresoluble. Está desesperado por llegar a su ciudad y encontrarlas. El domingo intentó viajar en bus pero las carreteras estaban inhabilitadas. Ahora, sentado afuera de la sala de protocolo del aeropuerto Mariscal Sucre, espera que le asignen un cupo en uno de los vuelos humanitarios gestionados por la Fuerza Aérea Ecuatoriana y por Tame.

Treinta minutos después, un oficial se acerca a la sala de espera y lee los nombres de los pasajeros del próximo vuelo a Manta. El centenar de hombres y mujeres que copa los asientos del Airbus A319 de Tame lleva ropa deportiva, gorras, mochilas, bloqueador solar y botellas de agua. Son empleados del Ministerio de Inclusión Económica y Social

(MIES) y del área administrativa de la Asamblea Nacional que, hasta el miércoles 20, trabajarán como voluntarios en las zonas afectadas. César viajará con ellos. Será la primera vez, a sus 41 años, que volará en avión.

Aunque el aire acondicionado está prendido, la cabina es calurosa. Unas cuantas voluntarias se recogen el pelo en un moño y se abanicán con la revista de la aerolínea. En la edición de este mes hay un anuncio publicitario, pautado cuando aún no se preveía la catástrofe, que invita a visitar Manabí, “un paraíso ecuatoriano a orillas del Pacífico”. Antes de despegar, el coordinador del grupo toma lista y las risas explotan: como en una excursión colegial, tres hombres bromean en voz alta al escuchar los apellidos de sus compañeros de oficina.

—Vamos, con ganas, a hacer algo positivo y a ayudar a nuestros hermanos de la Costa. ¡Qué viva el Ecuador!— grita el coordinador cuando termina de nombrar a sus colegas.

—¡Qué viva!—responden todos con aplausos.

En el asiento 9A, César ni aplaude ni se ríe. Arrimado a la ventana, intenta descansar.

¿Hasta qué punto es posible entender el dolor ajeno? ¿Hasta qué punto se puede aliviarlo?

O se espera sin certeza a que pase un taxi o se pide sin más retraso un aventón al conductor de la camioneta de la Secretaría de Gestión de Riesgos (SGR). Las alternativas para salir de la Base Aérea Eloy Alfaro, donde el avión aterrizó, son esas. Los técnicos de la SGR se dirigen a Barbasquillo, la zona céntrica de edificios nuevos en Manta, para evaluar el estado de las construcciones. Y el panorama, al llegar, es este: las torres de vidrios azulados, de balcones amplísimos, de nombres poderosos —Poseidón, Nerea— parecen calaveras desfiguradas. Enormes panales secos, quebrantados. Vacíos.

—Ahí sacaron a la gente por el ducto porque no se abría el ascensor—

cuenta Danny Vera, uno de los vecinos, y señala el Edificio Mykonos. A su entrada, en una caseta minúscula, un guardia se ha quedado para cuidar pertenencias que no le pertenecen.

En otro edificio, las escaleras de emergencia se rompieron y las personas fueron evacuadas con sogas. En el de más allá, familias enteras durmieron en la calle por temor a las réplicas. En un tercero, sus dueños recuperan lo que pueden bajo la luz calurosa del día: ropa, muebles, electrodomésticos, recuerdos. En estas primeras 72 horas después del terremoto, nada importa más que rescatar lo que se tiene, lo que se ha conseguido, lo que se ama.

A 15 minutos en auto de Barbasquillo, en la parroquia Tarqui (una de las más afectadas), hay esposos, madres, hermanas, hijos, novios y ahijados que esperan, frente a los escombros, escuchar la voz de los suyos, verlos renacer de entre las ruinas, los vidrios rotos. Aquí se derrumbaron los hoteles Umiña, Panorama Inn, Miami y cuatro más. También se desplomaron locales como el de la esquina de la avenida 107 donde decenas de curiosos, cercados por un cordón hecho con cables rotos del alumbrado, miran el rescate de una peluquera y su cliente. Dicen que él le escribió un mensaje de texto a su esposa para avisarle que está vivo. Sobrevivir, en la tragedia, parece una decisión del azar.

Unos cuantos curiosos se cansan de esperar —los bomberos y su maquinaria llevan horas trabajando y aún no han podido desenterrar ni cuerpos agonizantes ni cadáveres— y se acercan a los carritos de comida estacionados cerca del puente 4 de Noviembre. Las carnicerías, las tercenas y los supermercados están cerrados, y las rodajas de piña, los pinchos de carne y las empanadas de verde son la única comida rápida, barata y disponible por el momento. Todo cuesta un dólar. Todo el panorama de alrededor —rótulos caídos, zapatos retorcidos, mujeres ahogándose en llanto—, ahuyenta el apetito.

Al otro lado del puente —cruzar por debajo produce taquicardia— se escucha un estruendo. La carcajada de Margarita López se amplifica

en las calles vacías de la cuadra en la que vive. Sentada en una silla de plástico fuera de su casa de dos plantas, en calle Uno y avenida Dos, Margarita bromea con su cuñada. Todos, excepto ella y su familia de 17 personas, se han ido. La pared frontal de su vivienda está resquebrajada al igual que los muros interiores, pero ninguna estructura está endeble. Ese, al menos, es el recuento que ella hace de los daños. Tampoco hay agua, ni luz. Hasta ahora, sin embargo, nadie les ha pedido que desalojen. Y, así lo hagan, ella y los López Chillán no se irán. Porque no quieren. Porque no tienen miedo. Porque no saben a dónde más podrían ir.

— Vamos a ser fuertes, tomar la calma, pues. Si nos toca, pues nos toca— dice Margarita López sin asomo de desesperación.

Después de un desastre, las urgencias son tener comida, un techo, atención médica y la posibilidad —el derecho— de acudir a un lugar más seguro. Las opciones, al parecer, no son iguales para todos. ¿Cómo es que a unos la ayuda les llega más rápido que a otros?

La fila es extensa. Madres con bebés en pañales, ancianas con la cabeza cubierta con toallas, hombres con el torso desnudo y niños llorosos de la mano de un adulto esperan su turno. Están bajo el sol sofocante de mediodía, apretujados en un cerco metálico hecho por los militares que patrullan la ciudad, afuera del exaeropuerto Reales Tamarindos de Portoviejo. La pista funciona ahora como albergue y como centro de acopio y reparto de donaciones. Quienes ya recibieron su funda, se acercan a mostrárselas a los que todavía no la tienen. Contiene jabón, galletas, atún, papel higiénico. Las madres reclaman leche, las abuelas, al menos otra funda. Los niños repiten lo que han aprendido a decir: “Deme algo para comer”.

En el albergue, dentro del aeropuerto, a esta misma hora se sirve el almuerzo —arroz con pollo y un vaso de colada— a las cerca de 1000 personas alojadas bajo 150 carpas dispuestas por el Gobierno. Dolores Espinoza, de 58 años, guarda en la misma tarrina plástica un poco de

arroz para la merienda. Ayer durmió con su hermana sobre el mismo colchón, cerca de familias desconocidas. Su casa, en el barrio Los Mangos, no se desmoronó, pero miembros de la Defensa Civil la desalojaron y la trajeron al albergue. Esta mañana, antes de venir, fue a su casa para ducharse y cambiarse de ropa.

— Dormimos tranquilas, sin problema. Bien seguro es aquí—dice Doña Dolores abanicándose con la mano.

En la calle P. Moreira, a pocas cuadras del exaeropuerto, los 18 miembros de la familia Macías, en cambio, descansan sobre los tres colchones en los que pasaron la noche, en la vereda, bajo ninguna carpa. No pueden habitar la casa que está a sus espaldas por el riesgo de un desplome y tampoco planean irse por miedo a los saqueos. Acostada en medio de todos, la abuela tose y se queja: necesita medicamentos para sus dolencias cardíacas. Sus hijos y sus nietos, al parecer, esperarán a que alguien —quien sea— venga a donárselos.

Otros no esperan. Bélgica González, presidenta de la Parroquia San Pablo, se acerca a cada periodista que encuentra, en busca de ayuda. Pide que, por favor, difundan que allá, arriba, a la loma, aún no ha ido nadie. Y agua es lo que más falta: en horas, el galón ha pasado de venderse en un dólar cincuenta a nueve dólares. En horas, además, sus vecinos —albañiles, tricicleteros, comerciantes— se han quedado sin trabajo. ¿Cómo es posible que en una misma ciudad, a pocos metros de distancia, las realidades sean tan distintas?

Freddy Vega volverá a casa, a Quito, con Lucas, su nueva mascota: un perro que rescató en Portoviejo. La teniente López volverá a casa, a Quito, a descansar luego del trabajo esforzado de tres días seguidos junto a sus colegas bomberos. Julio Zambrano, de 89 años, irá a Quito, a casa de su única hija, porque en Tarqui su casa colapsó y no hay otro familiar que se ocupe de él. El resto de cupos del vuelo de regreso lo ocuparán, de nuevo, los voluntarios del MIES y la Asamblea quienes,

hasta hoy (miércoles 20), se encargaron de descargar las donaciones de los camiones, colocarlas en fundas y distribuirlas.

—Algunas de las fundas con donaciones ya vinieron rotas. Fue un relajo poder distribuir bien las raciones—cuenta, de forma anónima, una de las voluntarias.

En el asiento, junto a ella, va Julio Zambrano. Para que se embarcara las azafatas le convencieron de que volvería pronto a Portoviejo, que su viaje a Quito era solo para un chequeo médico. Él no sabe que está yendo a casa de su hija. No sabe que, por un tiempo indefinido, dejará la ciudad en la que nació, creció y envejeció. Igual que César Mieles, esta será la primera vez que viajará en avión. ¿Qué habrá pasado con la esposa y las hijas de César? ¿Cómo y dónde las habrá encontrado? ¿Por qué ahora él tiene el celular apagado? En la cabina de pasajeros, esta vez, no hay algarabía. Casi todos se han dormido.

El avión está a punto de despegar, de dejar atrás el epicentro trágico. ¿Por qué unos duermen en la calle y otros bajo carpas? ¿Por qué toda una familia come de un par de latas de atún y otros reciben las tres comidas del día? ¿Por qué hay personas que, en lugar de cuidar su propia vida, se han quedado resguardando propiedades privadas? ¿Cómo es que, en situaciones así de apremiantes, la vida de unos parece importar más que las de otros? ¿Por dónde se empieza a reconstruir una vida, un barrio, una ciudad, un país?

Las preguntas, después de la conmoción, una tras otra se van acumulando.



PERFIL

Oscar Molina. Quito, 1987. Periodista. Máster en Creación Literaria por la Universidad Pompeu Fabra (Barcelona, España). Ha escrito para los diarios El Comercio, Hoy y El Espectador (Colombia), para las revistas Vanguardia, Mundo Diners, SOHO, Cartón Piedra, Letras del Ecuador, y para los portales PlanV , GkillCity y The Clinic Online (Chile).

Oscar estuvo realizando la cobertura del terremoto en Manta y Portoviejo.

38 FOTOS

Susana Morán

“**D**ebes ver esto”, me dijo Ariel Ochoa. Al segundo día de nuestro recorrido llegamos a uno de los tantos lugares inertes que dejó el terremoto en Bahía de Caráquez. Era un terreno de unos 400 m² al que le habían arrancado el edificio de departamentos y locales Molina Jalil, ubicado en el malecón de esa ciudad. Los 7.8 grados del temblor del 16 de abril de 2016 sepultaron allí una vida y derrumbaron toneladas de cemento. A tres semanas del desastre, solo quedaba una planicie calva. Pero entre un zapato, unos cuantos bloques y una prenda que podría ser un vestido, apareció un reloj. Era uno de pared, amarillo y barato que aún gritaba tragedia: 18:58. Un guerrero muerto a la hora exacta del terremoto que nadie vio hasta ese momento. Ni trabajadores ni ex arrendatarios. Ni siquiera las tres personas del equipo periodístico que habíamos pasado y repasado el mismo lugar varias veces. ¡Cómo se puede pasar por alto una escena así! Pero Ariel Ochoa, el fotógrafo del grupo, lo encontró. Nos llevó a todos hasta el reloj. Lo rodeamos, lo fotografiamos y lo filmamos. Nos quedamos en silencio.

Ariel Alexander Ochoa Gutiérrez se convirtió el 16 de abril de 2016 en el primer fotógrafo que envió al mundo imágenes del terremoto desde una de las zonas donde todo volvió atrás: a cero, a nada. Sus fotos de Tarqui, en Manta, llegaron antes de la medianoche de ese día a la agencia nacional API y de ahí a la internacional AFP. La magnitud que se mostraba a cuenta gotas empezaba a tener rostro. Aun horas después esta era incalculable, inimaginable. Con las comunicaciones colapsadas (o anuladas) y sin energía eléctrica en los lugares del desastre, solo quedaba esperar. Pero Ariel había ganado ese día por partida doble. No necesitó energía porque las baterías de su cámara estaban recién cargadas y tenía el flash que siempre pide prestado para sus trabajos ‘freelance’.

Se había adelantado, sin proponérselo, al terremoto.

Una dosis de suerte. En el periodismo escrito –como en la fotografía– a veces la suerte es necesaria. Estar en el momento justo o en el lugar preciso. El resto dependerá del talento y la preparación. Pero para Ariel Ochoa, el día del terremoto, su fortuna fue haber sido contratado para una boda. ¡Una boda! La historia nos llamó la atención a todos. Vamos en el auto escuchando su relato. Ariel está con nosotros para cubrir los daños que dejó el sismo en los medios de comunicación de Manabí. Nos encontramos con él en las oficinas improvisadas de la cooperativa Coactur, en Pedernales. Desde allí empezamos un recorrido que incluía a Canoa, Bahía de Caráquez y Chone. Esta es su primera cobertura fuera de Manta, tras el terremoto.

Ariel Ochoa, de 22 años, es el último de tres hermanos manabitas dedicados a la imagen y al periodismo. Desde su adolescencia tuvo acceso a cámaras profesionales. Heredó de su hermano mayor, Paúl, el puesto de ‘freelance’ para la agencia nacional de fotógrafos, API. Allí, además de la coyuntura urgente, cubre los partidos del campeonato nacional que se juegan en Manta. Un fotógrafo de fútbol requiere de la habilidad de manejar muy bien el enfoque, la composición y la medición de luz porque las acciones en la cancha son rápidas. Ariel lo aprendió de su hermano, con tutoriales en Youtube y con la práctica. Justamente ese sábado 16 de abril fotografió, en la mañana, el partido Manta- Clan Juvenil de la serie B, el último juego que tuvo como escenario el estadio Jocay gravemente afectado después por el sismo.

Pero en sus tiempos libres, Ariel Ochoa –futuro ingeniero ambiental– también es fotógrafo de bodas. Con su hermano retratan y filman durante las fiestas. A su salida del estadio, ese 16 de abril, retiró el flash que le presta un familiar para sus eventos en la noche. Sin flash una imagen nocturna no obtiene una buena iluminación, menos en la obscuridad total.

– ¡Por suerte lo tuve! –dice Ariel.

Ese día fueron contratados para la boda Álvarez Fiallos, en la iglesia La Merced, en el centro de Manta. La ceremonia estaba planificada para las 20:00 de ese sábado fatal. Ariel y su hermano estaban a 10 minutos de dirigirse para allá. El flash, las baterías cargadas de la Nikon D300 y el teleobjetivo también estaban listos para la boda. Pero a las 18:58 todo cambió.

Estaba en el segundo piso de la casa donde vivimos, en Manta, frente a la computadora, cuando empezó a temblar. Primero fue un movimiento leve. Tengo la costumbre de no alterarme. Pero cuando fue más fuerte se cayeron los cuadros que estaban en mi cuarto, una guitarra que estaba colgada en la pared y el ventilador. Fue cuando busqué salir de ese segundo piso. Había leído bastante que, cuando un edificio colapsa, siempre los pisos del medio se ven más comprometidos. Lo que hice fue correr hasta las escaleras y no sé cómo, con cuatro o cinco saltos, bajé. En el primer piso mi papá tiene una despensa. Allí unos clientes se habían agarrado de las columnas de la casa. Mi papá no pudo salir de la tienda porque la nevera se movió y bloqueó casi toda la salida. Todos los productos de las perchas se cayeron y estaban en el piso. Mi papá se quedó refugiado en la tienda, yo desde afuera lo vi y le dije que saliera, pero no podía. Los segundos fueron largos. Cuando paró de temblar, mi papá salió. Yo subí hasta el tercer piso donde vive mi hermano con su esposa que tenía 8 meses de embarazo. Lo primero que se me vino a la mente fue ayudarlos. Su departamento estaba destruido, solo quedó la terraza. Pero no les pasó nada. Estábamos sin luz. Por la oscuridad no veíamos la magnitud de los hechos, solo a un edificio cercano a mi casa, muy afectado.

Llamé a mi mamá que estaba en Portoviejo. Las líneas telefónicas estaban colapsadas. Al cuarto intento contestó. Estaba bien. Entonces guardamos la ropa, los equipos, los cargadores y nos fuimos a la casa de mi tía que queda a cinco minutos de la mía. Al frente, un edificio estaba por caerse así que no era seguro quedarse allí. En ese momento empecé

a recibir las primeras llamadas de la agencia API. Ellos preguntaron, primero, si me encontraba bien, y si podía hacer un recorrido. En la agencia solo sabían que la torre de control del aeropuerto de Manta se había caído. Sin luz no había comunicación y no teníamos información. Solo veíamos casas cuarteadas. Salí con mi hermano y mi papá en el auto. A 10 cuadras empezamos a ver las primeras casas que habían colapsado. Pero eran casos aislados. Mientras tanto mi mamá llegó de Portoviejo y la fuimos a recoger al terminal. Ella también nos acompañó en el recorrido. Primero fuimos hasta la torre de control que se había caído. Después llegamos a la playa Murciélagos, no había daños. Pero de regreso pasamos por Tarqui y fue allí cuando vimos los edificios colapsados y derrumbados. Mi hermano y yo nos bajamos del auto. Ahí entendimos la gravedad del terremoto. Había personas en las calles, heridas, desesperadas, las ambulancias llegando, gente ayudando, otras observando. Fuimos hasta el centro comercial Felipe Navarrete donde murieron más de 90 personas. No fue fácil escuchar los gritos de auxilio y ver a los familiares, a los bomberos, a los policías tratando de mover escombros. No pudimos avanzar más porque todo estaba oscuro. Ya se hablaba de saqueos. No había seguridad. Todo estaba oscuro.

Regresamos a la casa de mi tía. El internet móvil fallaba. Alternando con la señal de mi operador y la de mi hermano, logré enviar 38 fotos a la agencia. Mi hermano envió videos de 15 segundos bajándoles la calidad. Los celulares los mantuvimos con batería conectándolos al carro de mi papá. No volvimos a salir después de ese envío. Hicimos ese recorrido en contra de la voluntad de nuestra familia. Mi mamá se opuso. Pero se quedó tranquila cuando nos acompañó. La esposa de mi hermano se alteró. Nadie nos garantizaba resguardo. Esa noche, todos dormimos en los portales de nuestras casas. Sobre colchones o sobre camas. Yo me quedé en una silla.

Un fotógrafo de agencia es como un soldado. Necesita los equipos listos para desenvainar. De herramientas/conocimientos para reemplazar

el plan A por el B o por el C. En definitiva, deberá estar preparado para reaccionar porque en cualquier momento qué tal si ocurre un deslave, qué tal si erupciona un volcán, qué tal si pasa un terremoto. La agencia API funciona bajo ese estado de prevención permanente: qué tal si...

El día del terremoto, ese estilo de trabajo se puso a prueba con el peor escenario. Aun con la escasa información oficial fue fácil intuir que el desastre era de grandes dimensiones. En Quito, Javier Cazar, uno de los fundadores de API y actual jefe del equipo, empezó a coordinar el envío del material desde el octavo piso de un edificio de la avenida De los Shyris, con su familia acompañándolo afuera, sentada en el auto. No ingresó al edificio por miedo al octavo piso, con la tierra temblando.

Pero sus soldados, como describe a sus fotógrafos, ya estaban en el campo del desastre. En Guayaquil, su reportero gráfico dejó el partido entre River Ecuador y Fuerza Amarilla para cubrir la caída del puente de la Avenida de las Américas que colapsó sobre un vehículo. En Portoviejo, su corresponsal aún conmocionado por la destrucción de su casa, aceptó salir a la cobertura. A Pedernales estaba viajando un colega suyo. En Manta, Ariel y su hermano ya recorrían la ciudad.

La Agencia de Prensa Independiente (API), fundada en el 2006 por tres fotógrafos ecuatorianos, lograba así las primeras fotos sobre el terremoto. Las agencias internacionales AFP y Reuters requirieron de su material. También las agencias de otros países. Los noticieros locales relataron las últimas informaciones usando sus fotos. La prensa nacional, abonada a API, ilustró con ellas sus primeros reportes. En redes, la imagen que tomó Ariel del centro comercial Felipe Navarrete de Manta, la trampa de cemento que no soltó más de 90 vidas, circuló como un huracán, incluso con la leyenda mal puesta: se creyó que era de Guayaquil.

API tiene un equipo base de 12 personas y uno satélite de 20, entre fotógrafos 'freelance' y colaboradores externos. Javier Cazar pidió a su equipo que no se arriesgara demasiado. Por ejemplo, nada de fotos en contrapicado de un edificio que estuviera a punto de caer. Precaución.

Esa noche el material llegó en bruto. Fotos y videos necesitaban ser editados. Como los de Ariel y su hermano. Javier y un compañero suyo, desde Loja, hicieron este trabajo. Mientras, la jefa del área administrativa salió a medianoche en busca de una farmacia para poner saldo en los módems, para que sus fotografías en Manta no se quedaran sin servicio. La experiencia les ha enseñado a anticiparse. Servicios telefónicos y de datos con al menos dos operadoras distintas. Cascos y carpas para un desastre natural. Hasta un generador eléctrico ya estaba embodegado. Todo fue usado por el equipo de API que salió desde Quito esa misma noche. “Por más agencia nacional que nosotros seamos, tenemos una visión: debemos ser como una bomba. En estos eventos tienes que explotar, no te puedes guardar nada”, me diría Javier meses después del terremoto. Y API, el equipo, estalló con la primera información gráfica. Se adelantaron al menos en 12 horas, en estimaciones de Javier, a medios y agencias cuyo personal llegó a la madrugada del día siguiente por las malas condiciones de las rutas. Un fotógrafo es un soldado que casi siempre está en el frente. Pero así como un soldado no gana solo las batallas, un fotógrafo siempre necesitará de alguien para que le haga al menos la avanzada.

Caminar sobre lo que quedó en Manabí puede traer sorpresas inesperadas. Han transcurrido tres semanas del terremoto y el norte de la provincia luce como una dentadura incompleta y cariada. Llena de vacíos. Casas agrietadas. En Manabí, hay quienes han llamado al terremoto el “efecto zaranda”. La tierra se movió para allá, para acá, con la misma fuerza y prisa que una zaranda. Pero por más limpieza que se haga del caos que deja un sacudón así, los seres inertes que allí quedan olvidados contarán su parte de la historia como el reloj de Bahía de Caráquez.

Esta vez, con Ariel Ochoa estamos en Pedernales, en las calles López Castillo y García Moreno. De esa esquina, solo la mitad del edificio Vera de departamentos y negocios, está en pie. Los escombros de su otra mitad han sido levantados. Pero no todos. Entre arena y piedras

encontramos fotos. Era solo cuestión de raspar un poco para que las imágenes aparecieran. Una familia preparando comida en su cocina. Una bebé con sus osos en la cuna. Una adolescente posando para la cámara. Sobre el olvido había quedado todo un álbum familiar. Ariel tomó su cámara y las fotografió, una por una. También las filmamos. Y de nuevo el silencio.



PERFIL

Susana Morán es una periodista quiteña especializada en multimedia. Trabaja en Fundamedios, ONG dedicada a la defensa de la libertad de expresión en Ecuador. Pero además es freelance para la revista digital de investigación Plan V. Antes estuvo en El Comercio, el principal diario quiteño, desde el 2004. En el 2008 asumió la coordinación de la edición digital del medio (www.elcomercio.com) durante cuatro años. Fue ganadora en el 2011 de los premios nacionales Jorge Mantilla Ortega y Fundamedios, en periodismo digital, por su trabajo “El 30s en tiempo real”. Se trató de una cobertura hecha únicamente en Twitter sobre la insubordinación policial del 30 de septiembre de 2010. En el 2011 también recibió un reconocimiento de la Unión Nacional de Periodistas de Ecuador. En el 2013 ganó la beca Iberis para jóvenes periodistas, en España. Allí trabajó por seis meses. En la actualidad investiga temas sobre derechos humanos y nuevas narrativas digitales.

Susana hizo su cobertura en Pedernales, Canoa, Bahía de Caráquez, Chone.

LA COBERTURA MÁS FUERTE Y SENTIDA EN TRES DÉCADAS

José Olmos

La desolación golpeaba el alma, licuaba los sentidos y causaba un sudor frío. En la parte alta de la edificación cuarteada de dos plantas, el reloj marcaba, aquel mediodía del 21 de abril de 2016, las seis y cincuenta y nueve. El aparato se había quedado estupefacto, muerto hace cinco días, el 16 de abril, por el terremoto de 7,8 grados Richter que sacudió al Ecuador y golpeó principalmente a Manabí y Esmeraldas. Uno de esos sectores era el corazón comercial de Portoviejo. Allí, en un ala del centro comercial municipal, estaba el reloj que señalaba el antes y después de miles de vidas, de miles de comercios, de miles de pobres y ricos, de blancos y negros, de cholos, mestizos, indígenas y hasta extranjeros.

El sol golpeaba fuerte desde el cenit y era, a ratos, el único acompañante en lo que desde hace dos días empezó a denominarse Zona Cero, un espacio de 54 hectáreas con más destrozos del terremoto en la capital manabita. Junto al fotógrafo de El Universo Jorge Peñafiel me quedé semiparalizado frente a esa escena. En mis tres décadas de periodismo había experimentado momentos de angustia, de amenaza, de guerra y muerte, al cubrir, por ejemplo, el ajusticiamiento de cinco sospechosos del asalto y asesinato de un conductor de camioneta en La Maná (Cotopaxi), a mediados de los noventas del siglo pasado. La turba los golpeó y los quemó vivos. Algunos de los ajusticiadores me amenazaron si publicaba fotografías en El Universo. He estado en medio de combates entre el Ejército de Colombia y guerrilleros de las FARC y presenciado los escenarios bombardeados; he ingresado sin permiso en zonas paramilitares en el vecino país del norte; he percibido el olor a muerte en

decenas de desastres naturales. Pero aquel 21 de abril me quebré, sentí un dolor inexplicable y lloré en silencio por segundos.

Era la destrucción la que impactaba. A Portoviejo, la ciudad de ritmo intenso y con un centro agitado y desorganizado, parecía que le llovieron bombas y quedó, en parte, hecha añicos, desvencijada, amoratada, con olor a muerte. Veía destrozados a decenas de edificios y casas en algunos de los cuales había estado durante coberturas periodísticas. Al girar a la izquierda del reloj parado del centro comercial, se apreciaba un cúmulo de escombros cubierto por una alfombra de papeles de oficina. Era lo que quedaba del edificio del IESS. Toda la estructura, con décadas de historia, se fue al piso en los 42 segundos que duró el terremoto. Aplastado por esa edificación quedó un automotor en el que se movilizaban ocho miembros de la familia del concejal de Portoviejo Javier Humberto Pincay, de 43 años, quien se quedó solo con un hijo de 12 años. Su esposa, María Verónica Montesdeoca; la hija de ambos, de 10 años; la suegra del concejal, su cuñada con su hijo y una concuñada con sus dos hijos habían salido de una fiesta infantil en la urbanización Vivir Bien, ubicada en la calle 5 de Junio, y circulaban por las calles portovejenses rumbo a su morada en la zona rural Playa Prieta. Segundos antes del sismo les paró la luz roja del semáforo. No los detuvo por instantes. Les dijo, aquí terminó su vida, su historia y pasaron a constituirse en historia como ocho de los 664 muertos que dejara el cataclismo. Sus cuerpos fueron rescatados veinte horas después, estaban enlatados en el automotor aplastado por los escombros. Diagonal estaba un edificio hecho acordeón. De la planta baja manaban olores nauseabundos. Era el olor a muerte. Y por cada calle se sucedían edificaciones destrozadas, caminaban de vez en cuando policías, militares, bomberos y, aquel día 21, un grupo de los rescatistas conocidos como Topos, quienes mostraban desazón porque en la mayoría de zonas afectadas, como Pedernales, en el norte manabita, se había utilizado maquinaria antes de las 72 horas establecidas como tope para hallar sobrevivientes.

Ese golpe desolador del 21 de abril era producto de mi primer con-

tacto directo con la zona de desastre. Pero era la enésima acción periodística que cumplía luego del terremoto de las 18:58 del sábado 16 de abril. Me correspondió la guardia de fin de semana como editor. Estaba a cargo del cierre de Diario El Universo. Ese sábado, la primera edición se había despachado una hora antes del desastre que a mí me sorprendió en una villa de una planta, en el norte de Guayaquil, y empezó con el movimiento de un cable, seguido por un amaqueo interminable, por un sentido abrazo a cuatro seres queridos e invocaciones a Dios y a la Virgen de las Lajas. De inmediato un apagón, gente a la calle e inicio del drama e incertidumbre.

Oscuridad e incomunicación fueron los primeros efectos. El servicio celular colapsó para llamadas. En los teléfonos funcionó Twitter por un momento; el servicio de mensajería Whatsapp quedó como alternativa intermitente. Los primeros cinco minutos post terremoto fueron de susto, de preocupación por llamar a familiares y, en mi caso, por conocer la magnitud de los daños, si pudieran existir. En esa intermitencia se supo que el epicentro fue entre Manabí y Esmeraldas. Incomunicado, en el auto buscaba emisoras y solo funcionaban unas cuantas, con música. Hasta que una radio guayaquileña, cuyo nombre no recuerdo, empezó a hablar del sismo. El locutor narraba que estaba en la calle, con el teléfono convencional en la mano gracias a su acuciosidad de tener un cable como de diez metros. Relataba que escuchaba sirenas y llamaba a la calma. Como a los dos minutos empezó a funcionar mi grupo de Whatsapp. Yo pedía reportes. La radio informaba después que se había caído uno de los pasos a desnivel de la avenida de Las Américas, en el norte guayaquileño. “Dios no quiera, cuántos muertos podría haber, dada la cantidad de carros que circulan por allí”, decía el informador. Luego se difundió que estaba un carro atrapado bajo los escombros y posteriormente se conoció que hubo un muerto.

El alma de periodista hace que uno se olvide de la familia, del hambre, de la sed, del peligro que pudiera existir. La adrenalina te pone como un sabueso que olfatea sin cesar. Ya al minuto diez manejaba a cien

kilómetros por hora rumbo al Diario. Por instantes detenía la marcha del automotor y escribía por Whatsapp a los periodistas y fotógrafos que interrumpían lo que debió haber sido su descanso o su jornada de diversión de sábado por la noche y, más bien, salían de cobertura. En la media hora de recorrido al Diario tenía personal en la zona del puente caído, en dos hospitales, en el centro de Guayaquil. Unos se movían con recursos del Diario, otros por sus propios medios. Funcionó bien, en medio del caos, un plan de contingencia establecido con miembros de mi equipo. Y se sumaron miembros de otras secciones.

Una desgracia personal o un desastre colectivo, siempre deja una ventana abierta para que alguien celebre o se aproveche. En este caso, el susto por el terremoto y el apagón fueron aliciente para los delincuentes. En mi ruta al Diario avanzaba por la vía Perimetral, por la Trinitaria, y veía a parejas en moto que abordaban a los automovilistas para, bajo amenazas con armas, hacerse entregar celulares, radios, dinero y todo lo que llevaban. Una moto con dos ocupantes se me atravesó en mi camino, al bajar la velocidad en una intersección. Aceleré y se hicieron a un lado. Cerca del segundo puente, un bus permanecía parado a un costado del carril de servicio. Los rateros estaban en la puerta y los pasajeros bajaban en fila, uno a uno, luego de entregar todo lo que tenían. A lo lejos se escuchaban sirenas de la Policía, pero ya vacío el bus, cuatro tipos huyeron en dos motos, se adentraron por el lado del Trinipuerto.

Esos asaltos se replicaban en otra parte de la ciudad. Por relatos posteriores, también aquello se daba, y con mayor fuerza, en las zonas más golpeadas por el terremoto. A la jauría hambrienta e indolente no le importaba pasar por encima de un moribundo y frente a un familiar que luchaba por salvar a un pariente atrapado en los escombros. Se vinieron los saqueos. Wilfrido Pinargote, dueño del almacén de calzado Mariner, en la zona céntrica de Portoviejo, vivió momentos dramáticos y hasta vio peligrar su vida, según dijo, al ser víctima de los saqueadores: “Toda la ciudad era un caos. Lo que más abundaba eran los ladrones. No se alcanzaba la Policía. Parece que fue falla de no haber sacado de in-

mediato al Ejército. Yo intenté recuperar algo y no pude. Cada uno salía con un cartón de zapatos, con un saco, con lo que encontraba. No podía ni reclamar porque atrás me caía otro y perdí todo lo que tenía”, dijo el hombre, de frente arrugada, de baja estatura y con 50 de sus 60 años dedicados al comercio. No obstante, esas pérdidas, valoradas en más de un millón de dólares en mercadería, fueron nada, según Pinargote, al comparar con la muerte de su hijo, John, médico de 27 años que cinco días antes había llegado de Argentina, especializándose; con la pérdida de su nuera, Karla Espinoza, y de su ahijado, Marco Zaporta, quienes al momento del sismo estaban en el edificio Mariner, de tres plantas. Wilfrido luchaba por rescatar junto a los bomberos a su vástago, quien agonizaba atrapado por una columna mientras los saqueadores se llevaban la mercadería. El ministro del Interior, José Serrano, a quien lo entrevisté en Manta casi un mes después del desastre, minimizó los saqueos. Hubo una reacción inmediata y apenas tuvimos tres denuncias en toda la zona afectada, respondió. Las cifras eran cifras, la realidad, otra. Wilfrido Pinargote, por ejemplo, no denunció el saqueo y más bien un mes después instalaba un local provisional, lejos del centro de Portoviejo, para tratar de ser el ave fénix que motive a otros a resurgir también desde los escombros.

De los asaltos posterremoto tampoco se libraron los periodistas y fotógrafos. Ronald Cedeño, fotoperiodista de El Universo fue uno de los primeros en llegar la noche del 16 de abril al paso peatonal caído en la avenida de Las Américas, frente al hospital de la Policía de Guayaquil. Logró captar gráficas del instante en que voluntarios civiles, bomberos y policías extraían el cuerpo del conductor del carro atrapado por la estructura. Me comuniqué con él minutos después de que logró esas gráficas. Él estaba satisfecho por el trabajo y le pedí que llegaría pronto a la Redacción. Pero por poco no llegaron, ni él ni el material. En la misma área de desgracia fue atacado por un grupo de arranchadores. Mientras él realizaba las gráficas, cuatro sujetos lo tiraron al suelo para intentar quitarle la cámara fotográfica. “La cámara la tenía amarrada en

el brazo para protegerme la cara de las patadas que me estaban dando en el cuerpo, me insultaban para que les dé la cámara... Como los tipos no podían arrancharme la cámara, la gente se dio cuenta que me estaban golpeando y se acercaron para ayudarme, les gritaron para que me dejen y me suelten, y al ver que la gente hizo bulla, los tipos salieron corriendo”, relató ya en el Diario y su testimonio se lo publicó en la web de El Universo. Él tuvo golpes en su codo izquierdo, hombros y hematomas en su pierna derecha producto de las patadas y agresiones que recibió. La cámara sufrió daños pero el material fue replicado por reconocidos medios escritos, web y canales de televisión del mundo.

El de Cedeño, subido a la nube por la página web de El Universo, fue uno de los primeros testimonios gráficos, en fotos y videos, que se difundieron al orbe sobre el terremoto de Ecuador. Dos horas después del desastre, la Redacción estaba movida, pero reinaba la incertidumbre. Los primeros contactos con los corresponsales en Manabí, Neptalí Palma y Juan Bosco Zambrano, daban cuenta de que la destrucción era incalculable, pero ellos no podían movilizarse. El apagón y la intermitencia del servicio telefónico eran obstáculos, a los que se sumaba la inseguridad. Por eso, en las primeras horas predominó la información de Guayaquil. La del paso peatonal que al caer mató a un hombre y la caída de mampostería en el centro comercial Village Plaza de Samborondón, donde murió una joven.

En medio de la ansiedad, un tuit de la Presidencia de la República daba cuenta, a las 21:15, de la declaratoria de estado de excepción en todo el país y se difundía la noticia de que no existía hasta esa hora riesgo de tsunami, mientras el Instituto Geofísico establecía que el terremoto tuvo la magnitud de 7,8, pues en un inicio se informaba que era de 6,5 y 7,5. La primera versión oficial llegaba a las 22:00, cuatro horas después del sismo. El vicepresidente Jorge Glass, encargado de la Presidencia por viaje de Rafael Correa, daba una cifra preliminar de 28 muertos: 16 en Portoviejo, 10 en Manta y 2 en Guayaquil. Hubo una frase crítica, Pedernales estaría arrasada y Cojimíes habría desaparecido,

al estar muy cerca del epicentro.

Con ese balance, sentía un deseo insostenible de viajar a la zona devastada, mas debía cumplir con mi función de editor. Ya para las 23:00, estaba viajando el primer equipo, fotógrafo y chofer, para unirse al corresponsal Palma. A las tres de la mañana salió un segundo grupo. Recién a medianoche ya se tenía una idea algo clara de la magnitud del desastre y de las dificultades que enfrentaría la cobertura en la zona cercana al epicentro. Así se cerró, casi a la una de la mañana del domingo, la edición de papel, la segunda. Se hizo con el material disponible a esa hora. Al siguiente día, tuvimos la sensación de que El Universo había dado poco espacio a un evento de tal magnitud. Pudo haber tenido más despliegue, pero las dificultades de comunicación pesaron. Sin embargo, se reflejó lo que sucedía hasta el cierre de edición, mientras la web seguía actualizando. La televisión, como se evidenciaría después, quedó debiendo. Uno o dos canales interrumpieron su programa sabatino y dieron información breve. En aquel ajetreo del cierre y como anécdota, en El Universo salió una noticia sin título. Era una que estaba en una de las páginas donde ingresó el tema terremoto. Se cuadró el texto y el titular decía Appppapapp...

La madrugada del domingo fue interminable, cansada y sin merienda. A las dos de la mañana evaluaba telefónicamente la situación con el corresponsal de Chone, a quien se le cayó parte del tumbado de la casa y estaba, a esa hora, en el edificio de los bomberos, buscando información, mientras su familia pernoctaba en colchones en la calle. En un momento de ese contacto telefónico el corresponsal lanzó un ¡Ay Dios mío!, y dijo: Otro movimiento y fuerte. Traté de calmarlo, pero a los cinco segundos también yo sentí el remezón. Era la más fuerte réplica de las decenas que se sucedían y a Guayaquil llegó con segundos de retraso.

A las tres de la mañana me llegaban al Whatsapp las primeras imágenes de la destrucción en Manta. El hotel Miami desplomado y gente que escarbaba en los escombros de lo que era el centro Comercial Na-

varrete, donde días después se contabilizarían 89 muertos y casi una decena de rescatados vivos. A la postre, ese sería el sitio de mayor mortandad, con casi 100 de las 664 víctimas. A ese equipo se le dio la disposición de llegar a Pedernales, pero a las 05:00 estaba detenido el tráfico en la vía que une a El Carmen con ese cantón del norte manabita. Los deslizamientos taponaron la ruta y los bomberos de Quito, entre otros rescatistas, estaban a la espera de que llegue maquinaria y dé paso, algo que sucedió casi a las nueve de la mañana. Ahí recién avanzaban al rescate. Hasta tanto, voluntarios lograban sacar viva, a eso de las 14:00 de aquel domingo, a Evelin Dayana Bone Valencia, de 11 años. Ella era querida por los dueños del hotel Chimborazo, donde trabajaba su madre, y a la hora del sismo estaba en la parte baja de la edificación de cinco plantas. La rescataron agonizante y en medio de aplausos. El Universo tenía a su fotógrafo Jorge Peñafiel allí y esa foto fue la segunda principal de la portada del lunes 18 de abril, junto a una grande de un sector de Portoviejo destruido, con el título Manabí desgarrada. La gráfica con la niña rescatada demostraba que en medio del desastre había esperanzas de vida. El equipo que estaba en Pedernales también mandó, entre otras gráficas, aquellas que dejaban ver una fila larga de cadáveres acomodados en el estadio cantonal, de heridos con suero colocados en colchones en el piso o en sillas plásticas. Chofer, fotógrafo y periodista pernoctaron dos noches en la camioneta, en el parqueadero de una gasolinera, con poca agua y solo paquetes de galletas.

El terremoto del 16 de abril fue el peor desastre que enfrentaba el país en más de seis décadas. Era una maestría para periodistas que no habían cubierto acontecimientos fuertes. En mi caso, no podía faltar en ese escenario de muerte, de calamidad, de familias que pugnaban por ayuda al quedarse en la calle, sin casa, sin ropa, sin esperanza, incluso. Antes de acudir a mi cita con la conmoción por la desolación de la Zona Cero de Portoviejo, cubrí un acontecimiento que empezaba a desnudar las falencias en atención a los damnificados en distintas localidades manabitas y esmeraldeñas.

Para graficar aquello cito parte del reporte que reflejaba lo que sucedía cinco días después de la tragedia: El policía eleva al máximo su tono de voz en el megáfono. “Por favor, respete la cola, si no, no podremos repartir la ayuda. Por favor”, dice. Se dirige a los cientos de madres con hijos en brazos, a personas de la tercera edad y, sobre todo, a hombres y mujeres jóvenes que forman una fila de casi tres cuadras, donde unos cuantos tratan de ingresar en ella.

La mayoría, como Verónica Morales, una mujer de piel tostada, 40 años y que calza chancletas, repite que hasta este jueves 21 de abril, a las 11:00, no ha recibido ningún tipo de apoyo luego del terremoto de 7.8 grados que, el pasado sábado 16, causó destrucción en localidades de Manabí, como Portoviejo, y en parte de Esmeraldas.

El griterío, la columna desorganizada y la búsqueda de víveres se da en la UPC del terminal terrestre de Portoviejo. Está a menos de diez cuadras del área que parece un campo bombardeado, donde casas y edificios quedaron destruidos por el sismo. Es un campo en ruinas y abarca casi 50 manzanas de la capital manabita de 230 mil habitantes.

Esos reclamos, de personas que se califican como necesitadas y con hambre, se expresan a menos de diez cuadras donde los canes de la Organización Mundial de Rescate K9 olfatean los escombros de cemento y hierro en busca de vivos. O de muertos. Donde los miembros de Global Fire, con equipos de detección, buscan algún hálito de vida de sobrevivientes.

Las columnas de esas personas son el símil, pero contrastado, de las interminables caravanas de automotores que circulan sin pausa, día y noche, por la vía Guayaquil-Jipijapa-Portoviejo o Manta, y por otras rutas que conectan a Manabí y Esmeraldas con provincias de la Costa y la Sierra.

En la ruta que parte de Guayaquil van camiones, trailers, camionetas, autos, todos cargados de todo tipo de ayuda. Llevan de organizaciones privadas, de municipios, de grupos de amigos, o son familias que van a

apoyar a sus parientes o amigos.

Una caravana de casi diez automotores es el de la Universidad del Azuay. Otro de la empresa General Tire. Y llevan carteles con mensajes como "Solidaridad con nuestros hermanos". Un conjunto de diez camionetas y automóviles es de un grupo de abogados y más profesionales de Guayaquil. "Es el tercer viaje que hacemos, nos vamos a El Matal (cantón Jama) y a otras comunidades rurales, a donde no llega mucha ayuda oficial", refiere Patricio Gervis, uno de los integrantes del grupo, que recoge aportes por las redes sociales y de su peculio (...)

Pero las quejas no cesan, ni las colas, ni los grupos que a la vera de los caminos manabitas piden caridad, como si fuera la época navideña de hace una década.

A la UPC de la terminal de Portoviejo, un camión militar llega con agua, leche y víveres cerca del mediodía de este jueves. A los que hacen fila solo se les coloca un sello, sin pedir documentos. Y la fila, aunque con menos gente, sigue allí a las 16:00. Hay colas también en Manta, en Bahía, En Pedernales, en Jama y más localidades.

Y a las 16:00, a la zona del terminal terrestre de Portoviejo llega un tráiler lleno de productos, protegido por un camión de militares. Se detiene. Y de pronto aparecen diez, veinte, cincuenta, cien, cientos de personas, jóvenes y adultos, que por poco se abalanzan sobre el pesado automotor. Este se marcha, seguido por los militares y por un cortejo de pobladores, algunos en moto. Diez cuadras más allá este se aleja y la multitud se diluye.

"Ellos son culpables de esto, no se organizan. Las autoridades saben que hay comités barriales pero no los toman en cuenta", señala uno de los perseguidores del tráiler, que no da su nombre.

Un funcionario del Ministerio de Inclusión Económica y Social, que no da su nombre, justifica que el día anterior repartieron ya raciones en el UPC de la terminal... "No tenemos trabajo, la ciudad está paralizada

y no tenemos qué comer”, justifican Bella Menéndez y David Morales, dos de los integrantes de la fila.

Lo que pasó en Portoviejo lo reflejaría el alcalde de esa ciudad, Agustín Casanova, seis semanas después de la catástrofe, en una entrevista que la hice en el despacho temporal, en uno de los pabellones de la Universidad Técnica de Manabí. Dijo: “Empezamos las tareas que debíamos hacer hasta que el Gobierno llegara. Por ejemplo, los albergues. Los instalamos a las ocho de la noche del día 16 y los entregamos tres semanas después. Y los administrábamos como podíamos, con los recursos que teníamos. En el tema de diagnóstico de la infraestructura, ellos llegaron a las tres semanas también, pero nosotros ya teníamos hecho todo... Atendimos en lo básico, o sea, lo primario. Yo diría lo precario, porque tampoco nosotros estábamos preparados para esta emergencia... La desorganización que hubo en el Gobierno fue terrible, la descoordinación inicial fue terrible y eso hay que decirlo, porque la autocrítica es necesaria y la crítica sana también es necesaria... Uno decía aquí mando yo, desautorizaba a la otra mesa, aparecía una autoridad, aparecía un militar... Eso duró algunos días. Y que me lo digan a mí que estuve en el teatro de los acontecimientos. Yo estaba en la calle, no tenía oficina, en la calle trabaje. Entonces, yo sí puedo decir que permanentemente teníamos inconvenientes, roces. En algunos momentos hubo situaciones bastantes críticas... No había líneas claras ni protocolos de actuación en ningún ministerio. Aquí cada quien intervenía. Llamaba el uno, después llamaba el otro, no había con quién actuar. Eso fue caótico, al principio. No hubo protocolos iniciales de actuación...” El presidente Rafael Correa diría después que la reacción fue ejemplar, que a las 24 y 78 horas ya tenían solucionado todo. Y los meses posteriores venían los spots publicitarios del Gobierno donde se intenta dar a entender que Ecuador es campeón mundial en atención de emergencias.

Tengo una respuesta a aquello. Al mes de la tragedia presenté en El Universo un trabajo periodístico titulado ‘Reseñas de vida luego del

desastre'. Ubiqué a diez sobrevivientes en seis localidades manabitas, las más golpeadas por el terremoto: Pedernales, Jama, Canoa, Bahía de Caráquez, Manta y Portoviejo. Un mes después, parte de ellos seguía llorando la pérdida de sus parientes; seguían, algunos, sin poder dormir y, si lo hacían, soñaban con aquella agonía vivida bajo los escombros durante horas y hasta tres días, bebiendo, en casos, su propia orina. Aún tenían laceraciones en sus cuerpos y se enfrentan a la realidad, en muchos casos, sin casa, sin familia y sin trabajo. La mayoría dijo entonces que no había sido contactado por algún organismo del Gobierno.

En ese grupo estaba Pablo Córdova, quien hacía de administrador del hotel El Gato, en Portoviejo, y que permaneció 46 horas bajo los escombros de esa edificación. En la cobertura del 22 de abril lo hallé mirando esos restos sin explicarse cómo pudo sobrevivir. Era mi amigo a quien no lo había visto por casi 17 años y el reencuentro fue sentido. “Oye hermano, no me quieren aún allá arriba”, dijo y declaraba que quería ser símbolo de lucha, de no dejarse derrotar, como lo ha hecho la mayoría de afectados por el destructor terremoto.



PERFIL

José Augusto Olmos. Licenciado en Comunicación Social de la Universidad de Guayaquil. Reportero y editor durante 33 años, 19 de ellos en diario El Universo. Especializado en periodismo social, de temas étnicos, ambientales y de conflictos armados. Actualmente macro editor del grupo Guayaquil, en El Universo. Autor del libro *Entre Cuatro Fuegos*, crónicas del conflicto colombiano y su influencia en el Ecuador, 2005. Ha recibido siete galardones nacionales y latinoamericanos, entre ellos, el premio Jorge Mantilla Ortega en el 2004 y 2009, y el premio Iberoamericano de periodismo sobre biodiversidad, de Conservación Internacional en el 2007.

HISTORIAS DE AMOR Y DOLOR

Allen Panchana Macay

Dad palabras al dolor. La desgracia que no habla murmura, en el fondo del corazón, que no puede más, hasta que le quiebra”.

W. Shakespeare, Acto IV, Escena III de Macbeth

I PARTE

El abrazo eterno

El viento silba: levanta papeles olvidados y agita unas pocas planchas de zinc esparcidas en las vacías calles. La brisa del océano Pacífico golpea con más fuerza al final del día, aunque el olor salinero se confunde con el de las edificaciones reducidas a escombros.

Silencio. Ya no hay nadie. Silencio. El sol se va escondiendo. El terreno donde se levantaba el Centro Comercial y Hotel Felipe Navarrete de la parroquia Tarqui de Manta está casi desnudo. Ni siquiera se ven los cimientos, solo un polvo amarillento con el que también juega el viento. Un reducto que ocupaba una manzana entera, en la Avenida 109. Hoy, solamente quedan algunas pertenencias desperdigadas de los que se fueron, y nunca volverán. Y papeles, muchos papeles.

Difícil imaginar lo que se levantaba aquí: un edificio de cuatro pisos, siempre rebotante, popular, con pequeños comercios hacinados, que vendían suministros de oficinas, uniformes, cuadernos, libros...

Un hervidero, aún más un sábado. La concurrencia se volvía casi

obligatoria para la compra de los útiles escolares, a tan solo 48 horas del inicio de clases. En dos de sus cuatro pisos esos locales, sin salida de emergencia, se convertían en la librería y papelería más completa de Manabí. Y también en una trampa mortal.

Al Hotel Felipe Navarrete y a 80 hectáreas a la redonda está prohibido ingresar. Tarqui, el corazón de Manta. Tarqui, el símbolo comercial frente al mar, ahora rodeado de policías y militares apostados en improvisadas barricadas. Tarqui, zona cero.

Era un día normal. Eso parecía. Un sábado de compras para la familia Bailón-Moreira. Todos a bordo del Mazda azul 323 de 1977, adornado con calcomanías de Emelec, el equipo de sus amores, en el parabrisas trasero. Un auto, pese a sus cuatro décadas, impecable. Lo encontraron cerca del Centro Comercial, bien estacionado, pero sin rastros de sus ocupantes.

José Luis Bailón (42) y su esposa Verónica Moreira (43) se conocieron en 1996. Desde entonces, inseparables. Asistían a la misma iglesia en Portoviejo. Se casaron y mudaron a Manta. Él, un arquitecto de piel tostada y espigada figura; reservado, hogareño. Ella, una profesora fiscal, risueña, menuda y extrovertida. Aquel sábado 16 de abril subieron al auto con sus cuatro hijos. Juntos, siempre juntos.

Lunes, 18 de abril. Mediodía. Uno de los primeros cuerpos que aparece, bajo la montaña de paredes y hierros retorcidos, es el de José Luis, el padre de familia.

Martes, 19 de abril. Final de la tarde. Los rescatistas encuentran los cuerpos de Verónica junto a su última hija, de su mismo nombre, y apenas seis años. El cuerpecito de la niña estaba aún caliente. Tenía pocas horas de fallecer. Estaban abrazadas.

Viernes, 22 de abril. Mediodía. Por fin logran reconocer el cadáver de José Daniel Bailón Moreira, el hijo mayor, que cursaba el segundo semestre de ingeniería en la Universidad Eloy Alfaro de Manabí. Tenía

19 años. El rostro estaba completamente desfigurado. A la morgue llegó su novia y reparó en un detalle: la tobillera amarilla que le había regalado. Era él, lo que quedaba de él...

Viernes, 22 de abril. Final de la tarde. Luis Antonio (16) y José Luis (13) aparecen sin vida. Los cadáveres estaban ya en estado de descomposición.

Ambos y la pequeña Verónica Alejandra (6) eran los más entusiasmados con ir al Centro Comercial para las compras escolares. Los tres habían sido matriculados en el mismo colegio, el José Salazar Mero, en el barrio Elegolé de Manta. Los tres solían reunirse en los recreos. Los tres se cuidaban.

Una familia completa que encontró la desgracia aquel aciago sábado. Seis vidas segadas.

La abuelita que vuelve a llorar

Digna Bolivia Ubillús García tiene 68 años. Vive atada a una silla de ruedas hace 16, cuando una bacteria en la médula la dejó sin caminar y frustró su carrera de maestra secundaria. Ella pasa los días en el enrejado portal de una sencilla vivienda en Portoviejo. Aquí ve pasar los carros, buses y peatones. Aquí se le van las horas y su existencia. Aquí, en soledad, llora.

No había dejado de rezar desde que ocurrió el terremoto. José Luis Bailón Ubillús, el segundo de sus cuatro hijos, Pepeco, no daba señales. Tampoco su nuera, Verónica, ni los cuatro nietos Bailón-Moreira, que vivían en Manta, ciudad costera a 37 kilómetros de la capital de Manabí.

Asimilar la muerte nunca ha sido fácil, peor si llega intempestivamente. Vivir con un luto eterno sobrepasa cualquier entendimiento.

¿Cómo se hace trizas el corazón? ¿Para qué sirve la memoria? Digna Bolivia, de mente lúcida, trigüeña y acentuados surcos en el rostro, se quiebra. La de ella es una historia de amor y dolor:

“A Pepeco lo vi el jueves anterior. Me vino a visitar, como todas las semanas. Perderlo era impensable. Ya me había quedado sin mi hija mayor, Miriam, madre de dos niños, que murió en 2005 en un accidente de tránsito en la vía Manta-Portoviejo. Tenía solo 32 años. No hay dolor más profundo que enterrar al ser que has parido”.

“Mi hija menor, María Fernanda, me llamó por teléfono desde Manta el lunes 18 de abril. Me dijo: ‘Mamita, se nos fue Pepe’. Yo le respondí que no. ¡Que no podía ser! ¡Que averigüe bien! No, no...” (Sollozos... Luego, un largo silencio). “Él no podía estar muerto”. (Susurros... Luego, la mirada perdida). “Mijo siempre me decía ‘mamita bella’, ‘mi reina’. ¿Por qué tenía que morir? ¿Por qué? ¡No, no podía!”.

“Ese lunes fuimos al Cementerio General de Portoviejo. No nos dejaron abrir el ataúd por las condiciones del cuerpo. No pude ver a Pepeco. Estaba enterrando a mi segundo hijo. No tengo palabras para describir el profundo dolor”. (Otro largo silencio... Un llanto incontenible).

“Cuando no terminaba de asimilar lo que estaba pasando, me tocó volver al día siguiente, el martes, al cementerio. Mi chiquita Verónica, mi última nieta, y su madre, fueron encontradas. Estaban juntas, abrazadas. Eran una familia feliz... Siempre estaban así, todos juntos, como en el portarretrato. ¿Vio la foto? Mire, están los seis: así, abrazados. Así, siempre...”.

“Creo en Dios. Voy a la iglesia de los Mormones. De la misma religión era mi hijo José Luis y toda su familia. La fe me ha permitido vivir en paz, desde que en 1998 me abandonó Jerónimo Eudósio Bailón, mi esposo. Me sentí sola. Pensé que todo se acababa. Después, sin embargo, los golpes que me ha tocado sufrir son incomparables. ¡Son mis hijos! ¡Ninguna madre está preparada para enterrar a sus hijos!”. (Silencio, otro largo silencio).

“Acepto los designios de Dios. Me duele, aunque no puedo renegar. Es su voluntad. Sé que me uniré con ellos, allá en el cielo, para estar juntos, eternamente”.

Digna, la abuela, acaricia por las mañanas aquella foto familiar de 2015. Todos ataviados con sus mejores trajes. Los tres chicos Bailón-Moreira con camisa y corbata. La niña, Verónica Alejandra, con un vestido verde de arandelas y una mueca traviesa. En medio, la madre, Verónica, con capa y birrete, el día que por fin pudo graduarse en la Universidad. Su hijo mayor, José Daniel, la escolta, coqueto. Del otro lado, José Luis, el padre, dibujando su mejor sonrisa.

El ambiente en el Cementerio General de Portoviejo es pesado. Hay guardias que acompañan a los visitantes para que se sientan seguros. El piso tiene rajaduras. Hay tumbas que el terremoto destruyó. Ingresando, tercer callejón, mano derecha, hay seis bóvedas contiguas. En el epitafio de las seis consta el mismo lugar y fecha de muerte: Tarqui, Manta, 16-04-16. Es la última morada de la familia Bailón-Moreira. Juntos, siempre juntos, en un abrazo eterno.

‘Los sobrevivientes pedían morir’

En tan solo 42 segundos, el Hotel Felipe Navarrete se convirtió en un amasijo de hierro y concreto. La estructura colapsó sobre los ávidos compradores y huéspedes. Fallecieron 96 personas. Es el lugar que más víctimas mortales ha contabilizado en Manabí tras el terremoto. Hubo 31 sobrevivientes, entre ellos, Limber Pincay. “Hace tanto calor y quienes todavía respiran piden morir; otros beben su propia orina”, dijo el martes 19 de abril, a las 06h00, cuando lo rescataron. Reptó por casi 60 horas en un espacio de 50 centímetros de alto. Arriba, cemento. Abajo, también. “Hay personas muertas, algunas vivas. Otros que vi morir. Hay niños que lloran. Escuché voces y gritos. ¡Aún hay vida! Ese lugar es un infierno”.

Silencio. Digna Bolivia Ubillús García, la madre, suegra y abuela sacudida por el dolor, no quiere ni imaginar cómo fueron las últimas horas de su hijo Pepeco, de su nuera Verónica y sus cuatro nietos. Pierde la mirada entre sus frágiles piernas que no puede mover. Vuelve a llorar. En el garaje de aquella vivienda, a un costado del portal, está guardado el Mazda de 1977 de la familia Bailón-Moreira. Y Digna sigue allí, atada a su silla de ruedas, pasando los días más tristes.

El padre que esperó a su hija

Llevaba apenas cinco días trabajando en una papelería del Hotel Felipe Navarrete. Mayra, la hija mayor, de sonrisa fácil y amigüera. Había sido contratada con el sueldo básico, pero sin afiliación a la Seguridad Social. Debía trabajar de lunes a domingo como perchera, ese oficio que obliga a ordenar y memorizar qué debe ir en cada percha del local.

Mayra Juliana Laine Carbo tenía 23 años, larga cabellera negra y recién había egresado de Contabilidad y Auditoría en la ULEAM. Es la misma universidad en la que estudiaba José Daniel, el hijo mayor de la familia Bailón-Moreira, aquel joven de 19 años que fue identificado por la tobillera amarilla.

Ella no aparecía. Pasaban las horas, Mayra no estaba en la lista de fallecidos ni en la de sobrevivientes. Miguel Antonio Laine Franco fue al lugar el mismo sábado del terremoto. Una rutina que repitió el resto de días de abril y el mes siguiente. (De lo que son capaces los padres por sus hijos.) Él, Miguel Antonio, electromecánico jubilado, 75 años, de andar pausado, rogó ayuda incansablemente. Pero el jueves 21 de abril se suspendieron las operaciones de rescate.

Él seguía yendo. Su peregrinaje desde su humilde vivienda, en el barrio Alta Gracia de Manta, hasta la parroquia Tarqui, se había convertido en un hábito, pero le prohibieron ingresar a la zona cero por el riesgo

de más colapsos. Él siempre se las arreglaba para pasar. “Mi hija sigue ahí. ¡A ella nunca la sacaron! Estaba trabajando. ¡Debe estar atrapada!”. Repetía. Repetía. Volvía a repetir. Gritaba. Y esperaba.

Esperar también duele.

El alcalde Jorge Zambrano y el Comité de Operaciones de Emergencia de Manta ordenaron el ingreso de maquinaria para remover los escombros, comenzar las demoliciones y pensar en la reconstrucción. Allí estaba Miguel Antonio, tratando de encontrar con sus manos a Mayra.

Dos semanas después, ante los reclamos del agobiado padre, reanudaron las tareas de búsqueda. Miguel Antonio Laine tenía razón. Al día 28 apareció un cadáver más. El cuerpo no estaba completo. “¡La remoción de escombros fue poco técnica!”, reclama Gregory, de 20 años, el hermano menor de Mayra. Su participación fue clave para reconocer a esa joven alegre que soñaba con su fiesta de graduación en junio de 2016. “Era irreconocible. De ella no quedaba nada. Es demasiado doloroso solo pensar en esa imagen. Pero teníamos que hacer algo para identificarla”.

Gregory hurgó en los bolsillos del pantalón de Mayra. En ellos encontró un monedero verde. Era de ella. ¿Cómo lo sabía? “Yo se lo compré. Se lo había regalado en febrero pasado. Ella me lo había pedido. Y que fuera verde.... Verde, su color favorito. Y era el monedero más bonito: tenía la cara de un pato”.

No hubo autopsia. La desgracia sobrepasó cualquier capacidad de las morgues en Manabí. Los fallecidos fueron enterrados de inmediato, para evitar una crisis sanitaria. El ataúd donde colocaron los restos de Mayra tuvo que ser envuelto en plástico.

Miguel Antonio Laine Franco, el padre que esperó 28 días a la hija mayor de sus segundas nupcias, lloró incesantemente. Aún hoy se quiebra, y se resiste a pasar por el lugar del dolor. Su tenacidad y larga espera es otra historia de amor. De amor y dolor.

La depresión tiene postrada en una cama a Francisca Carbo Vidal. Ella es la madre de Mayra, la esposa de Miguel Antonio. Ella, empleada doméstica de 57 años, ha dejado de trabajar. No sale de su cuarto. El encierro es, por ahora, su duelo.

Gregory, el hijo menor del matrimonio, busca desesperadamente empleo para mantener a su familia. Dejó la Universidad Eloy Alfaro donde estudiaba Comercio Exterior. “La jubilación de mi padre es una miseria. Él daba mantenimiento eléctrico a la empresa de agua potable. Mi mamita ya no está en condiciones, así que no puedo darme el lujo de seguir mi carrera”.

El joven se queda en silencio. Su mirada se pierde. Reflexiona: “Mayra no tenía por qué morir. Había aceptado el trabajo por necesidad, pese a que no le daban las mínimas condiciones. Debía trabajar hasta el mediodía de los domingos. ¿Usted conoció el Hotel Felipe Navarrete? Eso era una ratonera. Difícil salir de allí con vida”.

Manta es la ciudad con mayor número de fallecidos por el terremoto en Ecuador del 16 de abril: 208 cuerpos reconocidos. Y de ellos, 96 en aquel Hotel y Centro Comercial. Las cifras pueden entenderse con dos imágenes; dos fotografías que resumen la tragedia. La primera, la familia Bailón-Moreira, abrazada. Los seis que partieron. Es el retrato que la abuela Digna Bolivia acaricia. Y la segunda foto, la de Mayra Juliana Laine Carbo vestida de ejecutiva, con tacos negros, la pierna cruzada, el cabello recogido y una sonrisa perfecta. Feliz, pícara. Vidas desvanecidas.

Casi no hay rastro de lo que fue el Hotel Felipe Navarrete. El viento silva poderoso. Vuelve a levantar más papeles y también la tierra amarillenta. Ya es de noche. Hay más silencio. Aquí, el silencio duele. Y ha sido difícil dar palabras a un dolor infinito. Parafraseando al escritor austriaco Peter Handke, estas historias “tienen que ver con lo que no tiene nombre, con segundos de espanto para los que no hay lenguaje”. Es verdad, las palabras no alcanzan para contar el peor desastre natural

de Ecuador en el último siglo.

Es en el mismo momento de la desgracia cuando uno se acostumbra a la verdad.

Albert Camus

El dolor es la dignidad de la desgracia.

Concepción Arenal

II PARTE

Solo las personas capaces de amar intensamente pueden sufrir un gran dolor, pero esta misma necesidad de amar sirve para contrarrestar sus duelos y curarles.

León Tólstoi

Ataúdes blancos

(Cuando la realidad desborda y golpea al periodista, al ser humano.)

El amanecer del domingo 17 de abril de 2016 sacude hondamente. La luz permite dimensionar la tragedia. Las principales edificaciones del centro de Portoviejo se han desplomado. Las calles, intransitables, cubiertas por toneladas de estructuras colapsadas. Si la tragedia tiene olor, está aquí: esa mezcla de polvo, escombros y cadáveres en proceso de descomposición. El corazón histórico, comercial y financiero de la capital de Manabí se ha transformado en zona de muerte.

Bajamos de la camioneta. Y ser periodista, a veces duele: la gente, desesperada, se abalanza a pedir ayuda.

No comprendía lo que gritaba Isabel Quijije. En llanto, la mujer de 40 años y piel tostada gritaba que su familia estaba atrapada. No entendía. Veía un edificio a medio colapsar. Pero dos de los cinco pisos estaban enterrados.

Isabel, falda larga, camiseta gris y gruesos lentes, escarbaba entre hierros retorcidos y toneladas de ruinas. “¡Allí están, allí están! ¡Por este hueco veo la pierna del niño!”. Más gritos. Más lágrimas. No terminaba de asimilarlo. “¡De aquí los veo! ¡Ese es el brazo de mi ñaño!”. Allí, bajo las ruinas, funcionaba una farmacia a la que llegaron a comprar el hermano menor de Isabel, Junior, de 29 años; su esposa Ileana, de 27. Y el hijo menor de ambos, Santiago, de 2. Solo aquí murieron seis personas.

Ha sido un desafío informar. No solo por las limitaciones técnicas, sino por el asombro: un golpe que no lo digieres por la vorágine del oficio. Encontrarnos en un escenario impensable. El mismo lugar que amas, devastado.

Llegamos a la avenida Pedro Gual, el corazón de Portoviejo. Por allí caminaba todos los días de 2004 a 2005, cuando era editor de diario La Hora. La conocía muy bien. O, al menos, lo que dictaba la memoria: tráfico intenso, comercio efervescente, gente por doquier.

No se puede comprender. Mi antigua oficina convertida en un amasijo de hierro y concreto. El mismo lugar donde te reunías todos los días con el grupo periodístico, arrasado. El centro de la capital de Manabí, irreconocible.

Aquel domingo de un sol extremo parecía interminable. Había tragedia en cada esquina. Lo que más me impactaba era ver ataúdes en las calles, en especial unos de color blanco. Unos muy pequeños. Me acercaba a preguntar y la respuesta aniquila a cualquiera. Ataúd para Matías, de apenas ocho meses. Él, su hermana mayor y sus padres murieron aplastados por la estructura del Hotel El Gato. El terremoto los sorprendió en un semáforo en rojo. Allí se detuvo la Chevy Blazer blanca en la que iban. Allí también se detuvo su vida.

En la morgue, más ataúdes, muchos blancos para: el niño Miguel, los bebés Yandri y Josué, Juan Carlos y su hermanita Paula...

Blanco. El color de su última morada. Los pequeños hijos de Porto-

viejo que el terremoto se llevó. Una atmósfera de dolor irrespirable. Ni siquiera tienes fuerza para acercarte a preguntar. La vida en 42 segundos. La vida y la muerte. Solo eso duró el sismo. Toda una existencia.

La Secretaría de Gestión de Riesgos ha reportado a escala nacional 671 muertos por el terremoto. De ellos, 94 eran niños y nueve ni siquiera cumplían un año. La creencia en la cristiana sepultura, rito arraigado en Ecuador por su mayoría católica, es enterrar siempre a los niños con ropas blancas en un ataúd del mismo color.

No sé cuántos féretros vi aquel domingo 17 de abril. Matías tenía ocho meses. ¿Por qué el semáforo estaba en rojo? ¿Por qué colapsó ese hotel? Recuerdo a su tía Johanna Estupiñán gritando afuera de la morgue de Portoviejo, hasta que salieron los suyos.

Johanna, de abundante cabello ensortijado, abraza el ataúd de su sobrino menor, Matías. No lo suelta. Se resiste. Luego llora ante los féretros de su hermana menor, Lucy Estupiñán, de 37 años; de su cuñado Jorge Quinde, de 41; y de su sobrina mayor, Sayira, de 17.

No puede ver los cuerpos. Está prohibido. El entierro debe ser de inmediato.

Ahora, pues, he tratado de darle a tu vida, a tu muerte y a mi pena un sentido. Otros levantan monumentos, graban lápidas. Yo he vuelto a parirte, con el mismo dolor, para que vivas un poco más, para que no desaparezcas de la memoria. Y lo he hecho con palabras, porque ellas, que son móviles, que hablan siempre de una manera distinta, no petrifican, no hacen las veces de tumba.

Piedad Bonnett (Lo que no tiene nombre)



PERFIL

Allen Panchana Macay (Chone, Manabí, 1980). Hace Periodismo desde 1997, el mismo año que ingresó a estudiar en la U. Católica de Guayaquil. Máster en Comunicación Política y Corporativa de la U de Navarra y The George Washington University. Ha trabajado en los principales diarios de Ecuador y para medios internacionales, como la agencia de noticias Associated Press (AP) y la cadena CNN.

Es profesor titular en la U Católica, docente invitado en ESPOL y dicta clases de posgrado en la UDLA de Quito.

Desde 2005 labora en Ecuavisa. Es Director de Proyectos Periodísticos. Uno de ellos, que vio la luz en 2014, es Visión 360.

Su pasión es recorrer el mundo y contar historias. Desde las primeras horas hizo la cobertura del terremoto para la agencia de noticias Associated Press y Ecuavisa. Volvió cuatro meses después a su provincia. Ingresó nuevamente a las zonas devastadas en Manta y Portoviejo. Visitó a familiares de las víctimas mortales, recorrió los cementerios, hurgó en los álbumes y en la memoria.

EL TERREMOTO QUE DESTRUYÓ PEDERNALES

Freddy Paredes

¡Jorgeee! ¡Chinooo! ¿Me escuchas? Responde, golpea... ¡Jorgeee! Eran los gritos desesperados de Manuel y Santiago, padre y hermano de Jorge, el Chino que, según afirmaban hasta las 6 de la mañana del 17 de abril, 11 horas después del terremoto, les había respondido con golpes desde la profundidad de los escombros. Era una casa de tres pisos que se desplomó con el sismo del 16 de abril en Pedernales, un cantón de la provincia de Manabí.

Tenían una mezcla de impotencia y ansiedad, nadie se sumaba a su búsqueda y al rescate del Chino. La ciudad entera estaba sumida en el caos. En cada cuadra, en cada calle, había una casa o edificio caído, todos estaban ocupados atendiendo su propia desgracia: retirando cosas de las viviendas caídas, buscando a sus familiares, sobreponiéndose a los cortes y golpes, con una gruesa capa de polvo impregnada en su piel y en su ropa; otros recién volviendo en sí, reponiéndose psicológicamente de lo que había pasado, de los efectos del terremoto más fuerte y destructor que habían sentido. 7,8 grados Richter fueron capaces de borrar los sueños de una población entera y convertir en un depósito de escombros al 70% de la ciudad.

Así encontramos a Pedernales 15 horas después del terremoto, cuando llegamos junto a un contingente de militares en helicóptero. Salió desde la Balbina, al sur oriente de Quito, con claras instrucciones para iniciar el manejo de la crisis desde la visión militar. Allí se unieron a otro grupo de uniformados que había llegado por tierra en la madrugada. Tenían cuatro misiones: ayudar a rescatar heridos y personas atrapadas entre los escombros, otros debían dar seguridad a locales comerciales,

otro grupo debía encargarse de encontrar fuentes de agua y otro de coordinar temas logísticos para el trabajo de sus compañeros.

Parecía que los militares llegaron a un territorio en guerra. Cargados enormes mochilas, eran los únicos preparados para enfrentar la emergencia, a más de sus armas, tenían provisiones, medicinas, mascarillas, baterías, linternas, cascos y agua, elemento vital que a nadie le preocupaba en ese momento, pero pronto se convirtió en el más requerido por la población en emergencia.

Había tanta información para transmitir y contar que nos sentíamos como cuando ingresamos a una tienda de zapatos donde nos ofrecen cientos de opciones y terminamos confundidos, no sabemos cuál escoger. En el sitio del desastre estábamos confundidos, no sabíamos si sumarnos al rescate o informar.

Primero soy humano, luego periodista, me dije, luego pensé: Soy un privilegiado, estoy en la zona del desastre a pocas horas de ocurrido, con cámara y micrófono, para cumplir mi misión de informar. Un nuevo grito pidiendo ayuda interrumpió mi meditación existencial. “¡Ayudaaaaa! ¡Ayuuuuuda por favor, aquí está mi cuñada, aquí está, está viva!” Solo un vecino atendió ese pedido de ayuda.

Erick, mi compañero camarógrafo, es uno de los más jóvenes y menos experimentados del canal. Estaba en estado de shock, grababa las imágenes desde su asombro personal, sin una perspectiva periodística. Estábamos a una cuadra de distancia uno del otro, yo meditando sobre mi trabajo y lo que deberíamos hacer en ese instante, mientras vivía la desesperación de la gente, él captando fragmentos de una realidad lacerante que no alcanzaba a digerir mientras grababa.

Estábamos impactados por lo que veíamos, la realidad sobrepasó nuestra capacidad de reacción a pesar de que, seis años antes yo había cubierto el terremoto de Chile del 27 de febrero de 2010, de 8,9 grados Richter, mucho más destructivo que éste, donde pude ver barcos pesqueros en medio de la ciudad, autos sobre los techos de las viviendas y

cientos de damnificados que perdieron sus casas, perdieron todo. ¿Por qué ahora estoy tan impactado?, me volví a preguntar. La respuesta no fue difícil: porque esta era mi gente. Era un hecho mucho más cercano que me golpeó más fuerte, llegó a la médula de mi condición humana.

Sobreponernos al impacto de lo que mirábamos nos tomó más de una hora. Permanecimos registrando imágenes y haciendo una cobertura que no la hacíamos en realidad, hasta cuando llegó la primera llamada a mi celular. Preguntaban si logramos llegar a la zona del desastre. En ese momento comprendimos cual era nuestra misión y debíamos cumplirla rápidamente. Era domingo, la emisión regular era a las 22h00, pero nos informaron que el canal decidió presentar un noticiero a la una de la tarde del domingo y debíamos tener un informe.

Yo era la opción porque el reportero enviado con todos los equipos de transmisión a la 'zona cero', no logró llegar a Pedernales. ¡Qué problema! Teníamos imágenes, teníamos historias que contar, pero no teníamos cómo transmitir. Intenté enviar desde mi teléfono celular, pero la señal estaba caída, no había internet.

Hasta el mediodía del domingo, 17 de abril, solo pudimos hacer un informe telefónico. Estaba frustrado y consumido por el caos que reinaba en Pedernales hasta cuando pude contactar con Ramiro, el colega corresponsal de Santo Domingo de los Tsáchilas que se había desplazado hasta Pedernales donde su suegra tenía una casa. Trajo consigo su computador de escritorio en el que editaba, su cámara y todos los equipos con los que hacía la corresponsalía. Fue una enorme ayuda, logramos editar nuestro primer reportaje, pero no teníamos cómo enviarlo. Tuvimos que viajar a Santo Domingo de los Tsáchilas para hacerlo.

Contar y describir el caos y la desesperación a más de básico podía convertirse en morbosos. Había que ayudar desde la información, esa fue la forma de ayudar en la crisis que encontré en medio de mi confusión. Los habitantes de Pedernales estaban incomunicados, la red telefónica, tanto convencional como móvil, había colapsado, no había

energía eléctrica, los medios locales no funcionaban y tampoco tenían acceso a los medios de comunicación nacionales.

Cumplidas las primeras 24 horas después del terremoto ya empezaron a conocerse las primeras cifras de víctimas mortales y heridos. El gobierno empezó a instalarse en el estadio Maximino Puertas que se convirtió en el centro de operaciones, con técnicos de todas las instituciones gubernamentales, bajo la dirección de la Secretaría de Gestión de Riesgos que hasta el momento había manejado riesgos solo desde la pizarra.

Para entonces ya se habían producido saqueos en tiendas y almacenes, la turba no dejó nada. Motivados por el hambre o la costumbre, rompieron cerraduras y ventanas para ingresar a la fuerza y tomar lo que necesitaban y no necesitaban en ese momento de tragedia.

El trabajo logístico se concentró en el estadio, donde procuraron hubiera todos los servicios para que los técnicos trabajaran cómodamente en el manejo de la crisis. Afuera, los habitantes seguían batiéndose solos, reaccionando de acuerdo a su mejor criterio, rescatando a sus víctimas como podían.

El lunes ya pudimos ver decenas de retroexcavadoras de todo tamaño retirando escombros. La operación la dirigían los propietarios de las viviendas destruidas desesperados por rescatar algún familiar presumiblemente enterrado bajo los escombros y hierros retorcidos queriendo recuperar algunos enseres, provisiones o mercadería. No había ninguna autoridad que avalara o impidiera este procedimiento, ellos continuaban analizando las acciones a realizar para enfrentar la crisis.

El agua empezó a escasear, cientos de damnificados pedían agua a los militares y a los organismos de socorro que ya habían llegado a la zona.

La situación era más dramática fuera de la ciudad. A solo 8 kilómetros, en el caserío La Chorrera, decenas de habitantes habían salido a la carretera para clamar por agua.

El agua y la comida nos hizo falta a nosotros también. Habíamos trabajado sin descanso más de doce horas, sin agua ni comida. Por ahí encontramos agua embotellada, al clima. Bebimos sin chistar, con ansiedad.

Por problemas en la red telefónica perdimos contacto con Ramiro. Habíamos quedado en encontrarnos para ir a la casa de su suegra para editar la información. En el tiempo de espera se agotó la batería de la cámara y de los teléfonos celulares. Pensé que ese día, el primero, no lograría enviar información alguna, pero por fortuna un habitante del sector que recogía sus cosas para abandonar la ciudad en un pequeño camión, nos ofreció un plato de comida y mientras almorzábamos, pasadas las cuatro de la tarde, el hombre encendió una pequeña planta eléctrica que nos permitió cargar las baterías y los aparatos.

En la noche bajamos al malecón. Guiándonos por el olfato dimos con una vereda en la cual se habían improvisado dos cocinas comunales, estilo ‘agachadito’ que proveían de alimentación a los miembros del cuerpo de bomberos de Quito, fundamentalmente, a los policías y voluntarios. Nos sumamos y recibimos un ‘Chimborazo’ de arroz con atún. Nos supo a manjar.

Comía y simultáneamente ‘masticaba’ pensamientos. Me di cuenta que los periodistas tampoco estábamos preparados para cubrir desastres como este. Habíamos salido solo cargando una mochila con ropa y equipos. No teníamos agua ni alimentos, tampoco baterías ni una forma autónoma para recargarlas. El manjar de arroz con atún sería nuestro único alimento durante los próximos días. Lo probábamos en todas sus combinaciones: atún con galletas, atún con fideo, sánduche de atún, paté de atún y otra vez arroz con atún...

En los primeros tres días por la cantidad de personas afectadas, la ayuda del gobierno se concentró en las ciudades y se descuidó inconscientemente a la población rural, a la que le asistió fundamentalmente la solidaridad de los quiteños que empezó a llegar por toneladas, en

forma directa o coordinada con el Municipio Metropolitano.

El cementerio de Pedernales se había quedado sin espacio para enterrar a sus muertos, decenas de féretros estaban apilados a un costado del estadio Maximino Puertas donde trabajaban las autoridades. En el otro costado colocaban los cuerpos rescatados. Ahí mismo legalizaban los trámites y entregaban el cuerpo a los familiares, con el ataúd respectivo, para que fueran a enterrarlo en el cementerio general de Pedernales que ya no tenía espacio.

No había espacio en el cementerio de Pedernales porque hubo decenas de cuerpos que fueron enterrados sin cumplir ninguna formalidad, sin acta de defunción. Forman parte de un sub registro de víctimas mortales. A Víctor le encontramos con pala en mano, un día después de enterrar a su esposa y a su cuñada. Él es albañil y con sus propias manos terminaba de pulir una pequeña losa en la tumba de las dos hermanas. “Murieron juntas, abrazadas las dos hermanas, mi mujer y mi cuñada, no pude salvarles, les cayó un mueble y la pared encima”, nos contó Víctor ya casi sin lágrimas, la mañana del lunes 18 de abril.

Yo le pregunté si no había tenido problemas al reclamar los cuerpos de su mujer y su cuñada para enterrarlas y me dijo: “No. Yo mismo las saqué, me demoré como una hora y como ya estaban muertas vine a buscar un espacio acá en el cementerio”.

Al tercer día del terremoto se podía observar caravanas de tricimotos (el sistema de transporte popular más utilizado en Pedernales) cargadas a más no poder, con enseres de familias que habían decidido abandonar Pedernales y continuar su vida en otra ciudad, una de ellas llevaba consigo un ataúd.

Pero el trabajo seguía, en cada paso que dábamos encontrábamos una historia que contar. Encontramos el mecanismo de trabajo diario proce-

sando la información en Pedernales y viajando a Santo Domingo de los Tsáchilas por las noches para hacer el envío vía internet. Así lo hicimos hasta que logró llegar nuestro satélite a Pedernales, junto con un equipo de técnicos que venía trabajando desde los tres primeros días post terremoto, en Portoviejo y Manta.

La población empezó a hacer fila en las afueras de la Unidad Educativa del Milenio de Pedernales. Se habían enterado que allí decidieron las autoridades almacenar toda la ayuda humanitaria, cuya entrega demoraba. Mientras afuera hacían fila cientos de damnificados, especialmente mujeres, adentro del recinto educativo se libraba una fuerte discusión entre la autoridad designada por la Secretaría de Gestión de Riesgos y el jefe militar que comandaba las operaciones en Pedernales.

Los víveres que llegaban de todas partes del país, de empresas y de personas particulares, no se entregaban directamente a la población, sino que entraban a un largo proceso de recepción que comprendía una suerte de auditoría para verificar lo que traía cada funda o canasta de alimentos. Discutían qué identificativo poner en la ración alimenticia y luego pasaban a otro largo proceso, el logístico. Ubicaban los sectores donde entregarían la ayuda y el tamaño de la ración, según el tamaño de la familia. Concluía con la entrega de los víveres. Cuatro días demoraron los organismos oficiales en armar ese proceso de distribución.

Los únicos que tenían experiencia en el tema y la capacidad humana para hacerlo eran los militares, quienes finalmente se apropiaron de la distribución a la fuerza, recién al cuarto día de la tragedia. Lo hicieron en forma ágil y ordenada.

Pronto aparecieron los reclamos, la gente que estaba en el sector rural tardaba en recibir la ayuda. Los caseríos, recintos y parroquias no constaban en los mapas de riesgo y si no se acercaban a reclamar e informar cuantas familias vivían en determinado sector, los militares no sabían de su existencia.

Decenas de carpas improvisadas empezaron a construirse en las afue-

ras de la ciudad para albergar a los damnificados. Otros se instalaban en grupos, a lo largo de las vías que bordeaban sus pueblos, para visibilizarse y recibir ayuda.

Al tercer día la energía eléctrica se había restablecido parcialmente en varios sectores de la ciudad. La radio Altamar de Pedernales empezó a sonar nuevamente gracias al apoyo de la empresa privada con una planta generadora de energía, a la reparación provisional de las antenas de transmisión que se habían averiado con la caída de las paredes de la casa donde funcionaba la radio, y gracias al valor y mística de los periodistas de la estación que decidieron retomar su trabajo.

Con la frase: “No nos vamos, nos quedamos”, lograron imprimir valor y recuperar la autoestima de la población para no bajar los brazos y seguir adelante, enfrentando la desgracia. La gente empezó a contactarse con la radio para informar que estaban bien para que les escuchen sus familiares con quienes habían perdido contacto, otros enviaban mensajes de fe a sus conciudadanos.

Los primeros tres o cuatro días después del terremoto fueron de actuación autónoma de la población que reaccionó como pudo frente a la tragedia, después se analizarían las consecuencias de esa reacción. Las autoridades se hicieron presentes en las zonas del desastre a las 48 horas. “Habrá que reconstruir Pedernales, el centro de Portoviejo, el barrio de Tarqui en Manta, Canoa, Jama... Eso tomará meses, años y costará centenas, probablemente miles de millones de dólares”, aseguró el presidente Rafael Correa durante una visita a Pedernales, el epicentro del terremoto, la mañana del lunes 18 de abril. Dejó al Ministro del Interior, José Serrano, al frente del manejo de la emergencia en Pedernales.

Hasta ese momento se contaban 350 víctimas mortales de las 670 que se cifró finalmente y todavía no se conocía la magnitud de los daños en Muisne y Chamanga, las poblaciones más afectadas del sur de la provincia de Esmeraldas. Nosotros pudimos constatar los efectos del

terremoto en Pedernales y Jama, con daños severos en la carretera que conecta estas dos ciudades del norte de Manabí, así como la destrucción de viviendas en algunos caseríos como La Chorrera y Don Juan.

El martes 19 de abril empezaron a llegar equipos de ayuda humanitaria de Colombia y Chile para sumarse a los socorristas ecuatorianos en la búsqueda de sobrevivientes, acción que tuvo mucho más éxito en Portoviejo y Manta, pero en Pedernales no me constó el rescate con vida de ninguna persona.

Fueron largas y extenuantes horas de trabajo en el edificio del parque central donde funcionaba una conocida farmacia y en la que, según testigos había no menos de 20 personas en el interior en el momento del terremoto. Otro equipo de rescate se concentró en lo que fue un hotel, donde se realizaba una fiesta de 15 años, con muchos invitados, cuando ocurrió el terremoto. Otro contingente de rescate estuvo en otro hotel y en una bodega de víveres. Y en otros lugares. Siempre estuvimos atentos al resultado pero nunca pudimos evidenciar la extracción de personas con vida, al contrario, siempre constatamos que el trabajo terminaba con la extracción de un cuerpo que dejó de existir bajo toneladas de escombros.

El trabajo de búsqueda de sobrevivientes debía cumplir un protocolo muy estricto. Partía de la información de testigos presenciales que daban cuenta de víctimas en un sitio. Entraban con perros amaestrados que podía detectar personas con signos vitales debajo de los escombros y luego ingresaban con equipos altamente sofisticados. Una especie de estetoscopio gigante podía percibir débiles latidos del corazón, hasta 9 metros de profundidad, un escáner podía percibir el calor humano a igual profundidad y a un determinado radio de distancia del sitio investigado. Tenían una micro cámara en el extremo de una sonda de más de un metro de largo pero muy delgada, que podía introducirse entre los pequeños espacios en medio de los escombros.

El proceso se realizaba paso a paso, con requisitos fundamentales: silencio absoluto y ninguna maquinaria o peso sobre los escombros porque el movimiento del concreto despedazado podría segar la vida de la víctima sepultada. Eso precisamente había ocurrido en los días previos. Maquinaria pesada realizaba una búsqueda desesperada de personas atrapadas entre los escombros. Fue una decisión de los sobrevivientes desesperados por rescatar a sus seres queridos. Ellos se guiaban por testimonios de quienes creían haber ubicado a personas enterradas en los escombros. Entonces, hicieron lo que no debían hacer y lo hicieron sin que ninguna autoridad les impidiera.

Es que tampoco las autoridades gubernamentales estuvieron preparadas para enfrentar un desastre de esta magnitud. Demoraron su reacción y su acción, dejaron a la población sola durante las primeras horas posteriores a la tragedia que son precisamente las horas cruciales, las más importantes para rescatar con vida a personas atrapadas bajo los escombros.

El terremoto nos sorprendió a todos, a la población que murió porque no supo cómo actuar frente a un terremoto, a los sobrevivientes que reaccionaron erróneamente para rescatar a las personas atrapadas y a las autoridades que reaccionaron tardíamente. Eso contribuyó a que el número de víctimas mortales fuese tan elevado en comparación con terremotos similares en otros países. También nos sorprendió a los periodistas que llegamos sin lo necesario a una cobertura tan dura como ésta.



PERFIL

Freddy Mauricio Paredes Cáceres, licenciado en Comunicación Social con un masterado en Relaciones Internacionales en la Universidad Central del Ecuador.

25 años de ejercicio profesional, los últimos 23 en Telemazonas como reportero y presentador del noticiero dominical 24 Horas.

Estuvo 6 años en Ecuavisa, como redactor de Televistazo, productor nacional de Contacto Directo y reportero.

Se desempeñó durante un año como redactor del vespertino Últimas Noticias y estuvo cuatro años como reportero de Radio Quito y conductor del noticiero Ecuadoradio Nocturno.

Ha sido ocasionalmente docente universitario de la UDLA y de la UIDE en Quito.

A nivel gremial, fue miembro del directorio de la UNP entre 2007 y 2015.

LA COBERTURA PARA LA QUE JAMÁS SE ESTUDIA

Roberto Rueda

El regreso desde Pedernales a Quito, ese 27 de abril de 2016, fue eterno. Estábamos cansados, desconcertados, impactados. Fueron cinco horas sobre la carretera, con largos períodos de silencio y vanos intentos por convencernos de que la vida continúa.

Regresábamos once días después de que la empresa nos escogiera para cubrir la zona de Esmeraldas, afectada por el terremoto del 16 de abril. El equipo lo conformábamos el conductor del vehículo, una fotoperiodista y un periodista.

Salimos de la oficina del diario Expreso de Quito la noche de ese día, sin maletas, solo con lo que llevábamos puesto. El destino era la Isla de Muisne a la que llegamos el atardecer del 17 de abril, luego de sortear varios obstáculos que había dejado el sismo en la carretera.

Para llegar a Muisne es necesario cruzar el río del mismo nombre, en lancha. La advertencia fue que, pasadas las 18:00, nadie se hacía responsable de la integridad de nadie. Pero era urgente constatar lo que estaba sucediendo.

Sin servicio eléctrico y con los últimos rayos del sol, ese día solo pudimos ver, entre penumbras, unas pocas casas de construcción mixta caídas. La mayoría en el barrio Santa Rosa. Eran viviendas de pescadores.

Parecía hubiéramos llegado a un pueblo fantasma. Unos pocos policías lo recorrían. De entre las sombras apareció José Tarija, de 61 años. Amable, nos contó cómo vivió el terremoto y luego nos recomendó retornáramos al continente. “Mañana pueden hacer su trabajo, no se arriesguen”, dijo.

Era como la cuarta advertencia de ese tipo. Le hicimos caso.

En la vía que une a Muisne con Atacames ya se habían instalado los primeros albergues, todos por iniciativa comunitaria. Curas y monjas empezaron a organizar a los asustados esmeraldeños que, al mínimo movimiento, se ponían de rodillas y empezaban a orar.

Un miembro de la Cruz Roja Ecuatoriana nos dijo que fuésemos cautos al momento de abordar a los damnificados. Muchos de ellos, debido al estrés postraumático, podían mostrar una actitud agresiva. Pero los días que permanecemos en Esmeraldas y, luego, en la denominada zona cero, jamás sentimos hostilidad de los afectados. Por el contrario, pese a la adversidad, fuimos bien tratados.

Lunes 18 de abril. El trabajo empezó a las 05:00. Destino: Chamanga, un poblado de pescadores ubicado en el extremo sur de Esmeraldas. Su infraestructura sufrió daños en un 90%. Hasta el día del terremoto era completamente desconocido para la mayoría de ecuatorianos. Y, al parecer, también para las autoridades provinciales y nacionales.

Tanto Muisne como Chamanga muestran imágenes claras de abandono. La tragedia visibilizó la situación que, por años, venían arrastrando esos poblados de la Costa.

Con los ojos llorosos, Heriberto Bone junto a su hijo sacaban de su vivienda la poca ropa y algunos electrodomésticos que no se perdieron bajo los escombros. Usaban una grada que pendía sobre unas pocas varillas.

Este hombre, de 55 años, levantaba la mirada hacia el segundo piso de su casa mientras se secaba el sudor. No podía creer que el fruto de su esfuerzo se destruyera en cuestión de segundos.

A pocos metros las retroexcavadoras terminaban de destruir las edificaciones más altas. De entre los escombros salían televisores, computadoras, camas. También los costales con la comida para los peces y el camarón. Ambos productos, el motor de esta comunidad.

Ni en Muisne, ni en Chamanga hubo fallecidos. Es difícil creer que con tal nivel de destrucción haya sido así. Sus habitantes dan dos explicaciones: se debió a un milagro o a que en la hora del sismo la mayoría de comuneros todavía estaba en las calles.

Martes 18 de abril. Todos los albergues de Esmeraldas pasaron a manos del Estado. Algunos damnificados no querían que fuera así. Preferían que la misma comunidad resolviera la situación, tal como sucedió en los dos primeros días.

En la iglesia Nuestra Señora de Guadalupe, de Pueblo Nuevo, a cinco minutos de Muisne, el sacerdote indonesio Julio Anang Bhara trataba de tranquilizarlos. Les aseguraba que era mejor el Estado administrara los refugios porque así se garantizaría su alimentación y seguridad.

Como periodista es posible cubrir y ser testigo de varias cosas, ver el lado bueno y malo de la humanidad.

Largas filas de vehículos particulares aparecieron con todo tipo de ayuda, adelantándose a la oficial.

Con la llegada de las Fuerzas Armadas cambió la organización de los albergues. La confianza de los pobladores estaba puesta en los militares, no en los funcionarios que a gritos trataban de poner orden. Esa actitud, a ratos, era incomprensible.

Personas que no eran damnificadas andaban detrás de los camiones de ayuda para obtener, especialmente, ropa. Llegó un momento en el cual los damnificados ya no querían agua o víveres, solo pedían ropa y otros bienes.

Nos tocó ver el dolor de Betty Valencia, una madre que velaba a su hijo de 15 años, casi en la carretera que une a Muisne con Atacames. El adolescente había viajado el fin de semana del terremoto a Pedernales para pasar con su tío y jugar fútbol, deporte que amaba.

En la mirada de los esmeraldeños se conjugaba el miedo, la resigna-

ción y algo de esperanza. En los tres primeros días los policías actuaron como psicólogos, pero la serie de réplicas y el pánico que estas provocaban, destruían cualquier intento por mantener la calma.

Los adultos trataban de no llorar, de no gritar, de no desesperarse para que los niños no se asustaran más, contó Marilú Vásquez, en el albergue de Pueblo Nuevo. La misión era casi imposible ante tanta destrucción.

Teníamos poca ropa. Tras 72 horas en el territorio del terremoto, resolvimos comprar una mudada más. Pudimos hacerlo en Atacames, donde pernoctamos los primeros días, en el único hotel abierto.

Ahí estábamos periodistas de los medios locales e internacionales, pero por la réplica de la madrugada del miércoles 20 de abril, este sitio fue cerrado. Su estructura estaba afectada desde el terremoto. Nadie nos lo dijo.

Pese a lo grave de la situación, en la zona afectada de Esmeraldas las cosas se fueron solucionando poco a poco. Que no hubiese víctimas mortales facilitó el trabajo de los voluntarios civiles y funcionarios desplegados en la zona.

Perdemales: una realidad diferente

Desde Pedernales nos llegaban noticias poco alentadoras. Trabajar allí era difícil, generaba un alto grado de estrés. Decían surgieron tensiones, incluso dentro de los equipos periodísticos. No había acceso fácil a la comida. El agua para beber era escasa y para bañarse, inexistente. Tampoco había servicio eléctrico, menos conexión a Internet.

El viernes 22 de abril, el diario nos pidió nos movilizáramos a Pedernales para reemplazar al grupo que había llegado pocas horas después del terremoto a la denominada zona cero. Su estado de ánimo estaba afectado por ver tanta muerte y destrucción.

Emprendimos el viaje con curiosidad periodística para constatar los hechos con nuestros propios ojos. Cuatro meses antes había pasado por ese poblado, en dirección a Canoa. Me di tiempo para conocer el malecón y alguna que otra calle. Me sorprendió el crecimiento –no precisamente ordenado- de este balneario pesquero.

Al retornar después del terremoto, quedé estupefacto. Donde había hoteles o locales comerciales, solo existía rumas de concreto, de losas apiladas unas sobre otras.

Una semana después del terremoto, los pedernaleños caminaban como perdidos. Todavía había desconcierto y una gran cantidad de tierra que se levantaba cada vez que las máquinas removían los escombros.

Una de las primeras cosas que hicimos al llegar a Pedernales fue vacunarnos contra el tétanos en las brigadas del Ministerio de Salud Pública instaladas en el centro de mando improvisado en el estadio de la ciudad.

A los militares, policías y rescatistas les colocaban tres vacunas. Luego de una entrevista breve, a nosotros nos pusieron una dosis porque “solo son periodistas”, dijo una enfermera. Se refería a que nuestro trabajo no implicaba buscar entre los escombros sobrevivientes o cadáveres, labor que implicaba un alto riesgo.

Después, ¡a trabajar! Ubicamos el albergue más grande. Estaba en la vía a San Vicente. Había llovido en la zona toda la noche y madrugada. El campamento estaba asentado en una explanada. Con el aguacero la tierra se hizo lodo.

Ahí se colocaron carpas de ACNUR. A algunas ingresó el fango, lo que dificultó la permanencia de los desplazados. Pala en mano, Fátima, una mujer menuda de estatura, pero con una firmeza en el hablar que imponía respeto, mientras contaba las penurias que una semana después del terremoto les había tocado vivir, cargaba arena y ripio para cubrir el ingreso a su carpa y evitar que más agua entrara.

En ese momento se me presentó un dilema: ¿Paro la entrevista y ayu-

do a esta mujer o mantengo distancia para preservar la objetividad en mi trabajo periodístico? Con el conductor del equipo, Lucio Pavón, hicimos lo primero. Junto a Fátima había mucha gente haciendo lo mismo, sin el calzado adecuado. Eso dificultaba el traslado del material. Nosotros, en cambio, contábamos con botas apropiadas para ese tipo de lodazal. Para ser sinceros, ya teníamos cierta experiencia en ayuda. En Esmeraldas habíamos metido mano en la instalación de carpas y el rescate de algunos bienes de entre los escombros. Por la situación que vivían los damnificados de la zona del sismo, resultaba difícil no involucrarse.

De vuelta a la ciudad de Pedernales, las retroexcavadoras no dejaban de hacer su trabajo. No había cuadra en la que no se pudiera ver estructuras derrumbadas. El polvo estaba por todas partes. En las paredes que quedaron en pie empezaron a verse leyendas como: “No nos vamos, nos quedamos” o “Fuerza Manabí”.

Ese fin de semana, siete días después del sismo, Pedernales estuvo llena de gente particular que llegó desde diferentes provincias, con víveres y la intención de apoyar en la reactivación de la urbe.

Varios pescadores se animaron a volver al mar y los primeros restaurantes, los que quedaron en pie, empezaron a vender sus productos. Era una extraña mezcla de esperanza y desazón. En el interior se daba ese enfrentamiento de sensaciones, en el exterior cundía el polvo, quemaba el sol y se sentían olores de toda índole. La situación minaba el estado de ánimo de militares, policías, rescatistas. Son gente preparada para situaciones extremas, pero quizás esta superaba cualquier entrenamiento.

Y la resistencia de la sociedad civil se debilitaba. Algunos habitantes de Pedernales preferían abandonar la ciudad. Otros, como Guillermo Cedeño, desde su motocicleta repartidora de periódicos intentaba levantar el ánimo de la gente gritando por un altavoz: “Vamos mi gente, a levantar la cabeza”.

Los días en Pedernales pasaban lentos. El ambiente y las escenas eran

las mismas: tierra, sol, volquetes, el pito agudo de las palas mecánicas cuando iban de retro. La gente, en los albergues, esperando soluciones.

El tiempo que permanecimos en la zona cero hicimos base en Cojimiés, un poblado ubicado a cuarenta minutos de Pedernales, que sufrió daños menores.

Creo que nadie, ningún periodista, se preparó para una cobertura de este tipo. Muchos vivimos una situación inimaginable. Fue un aprender sobre la marcha. En medio de la adversidad debíamos buscar puntos desde donde enviar el material fotográfico y el trabajo escrito. Sin ese ejercicio básico corríamos el riesgo de no informar a tiempo sobre lo que estaba sucediendo.

También es importante establecer mecanismos para acercarse a la gente sin vulnerar su intimidad o exacerbar sus sentimientos, por obvias razones, alterados.

Tras una semana en Pedernales, empezamos a sentir cansancio físico y mental. El descanso nocturno no era suficiente. Antes del mediodía ya estábamos agotados. Los expertos llaman a esto, estrés postraumático. Me imaginaba lo que sintieron quienes llegaron apenas se dio el terremoto. Debieron haber vivido su efecto en toda su intensidad.

Pedimos relevo. El 27 de abril abandonamos el área devastada con una mezcla de sensaciones. Si bien queríamos regresar a nuestros hogares, sentíamos que dejábamos pendientes muchas cosas. Aun había asuntos por hacer e historias por contar.

Al mes, el 16 de mayo, mi equipo regresó a Pedernales. Seguían las demoliciones y la gente tenía miedo. Hablaba de la supuesta “gran réplica” en ese día. Hubo una misa y se lanzaron globos en memoria de los más de 100 fallecidos en esa ciudad. Pasaron las 18:58, la misma hora del terremoto, no sucedió nada y la gente se quedó más tranquila.

La tranquilidad duró poco. Dos días después hubo una nueva réplica, la más fuerte desde el 16 de abril. Ese día me llamó Guillermo, el

repartidor de periódicos que arengaba a la gente “a levantar la cabeza”. Estaba llorando, desesperado, y me dijo: “Licenciado, estamos traumatizados, hagan algo para que nos saquen de aquí, la gente no puede más”. Y aunque traté de darle ánimo, en realidad, no supe qué responder.



PERFIL

Roberto Rueda. Nació en Ibarra, en julio de 1978. Estudió Comunicación en la Universidad Politécnica Salesiana. En 2008 se vinculó a la prensa escrita, en el desaparecido Diario Hoy. Ha trabajado para medios como El Universo y actualmente en EXPRESO. Es amante de la montaña, de los senderos largos y de la libertad.

EL PRIMER VIAJE

Josep Vecino / fotoperiodista

El sábado 16 de abril, en un abrir y cerrar de ojos, unos escasos 42 segundos, fueron suficientes para que la vida de miles de personas cambiase. En Quito, por como vibraron las casas, uno ya se imaginaba que en algún sitio las cosas pudieron haber sido peores, pero nunca como lo mostró la realidad.

En minutos, las redes sociales se colapsaron de noticias, de primeras imágenes y de testimonios. Algo difícil de superar. En esos momentos jugaron un papel vital las personas que compartían información. Pronto se dibujaba un mapa del desastre. Las primeras imágenes cruzaron fronteras, familiares en medio mundo buscaban recibir noticias de sus familias, de la zona afectada. Las propias redes sociales generaron alertas para poder informar de que te encontrabas bien.

Ya sonaba la magnitud del desastre en Pedernales, Canoa, Jama o Portoviejo. Durante las primeras horas de esa noche, entre los miles de mensajes y llamadas, las agencias de prensa, los medios de comunicación se pusieron en marcha. Rápido armamos los equipos y un poquito de equipaje para algo que uno nunca sabe; lo básico para el día a día de estas coberturas.

En horas ya estábamos en marcha en el vehículo y atentos al estado de las carreteras que nos podían llevar a esos lugares. Primero pensamos en ir directo a Pedernales, por las noticias que llegaban, una ciudad devastada. Con algo de suerte, contactamos con una unidad de bomberos que viajaba a atender la emergencia, un convoy con rescatistas que aprovechaban las horas de la madrugada para viajar en dirección a la zona afectada. Ya en el autobús de los bomberos, un pequeño descanso para lo que iba a ser un primer y muy largo día. El convoy tuvo una

primera parada con la salida del sol. Se buscó información sobre las vías. Ya había una sensación rara, como que lo que nos esperaba de seguro nos iba a superar.

De nuevo en marcha: dormir un poco, revisar el equipo, preparar las cámaras y otra vez nos detuvimos. No era posible pasar un deslave, un vaivén de personas cruzaban de un lado a otro, la mayoría quería salir de la zona y otras cuantas seguir hacia la zona afectada.

Cambio de planes. Fuimos hacia Manta en donde los equipos que se transportaban podían ser útiles. Nuestra idea era llegar a Pedernales y con los otros compañeros pensamos probar suerte. Bajamos en la mitad de la ruta para buscar otro medio de transporte que nos llevara hasta Pedernales. En ese momento nos encontrábamos cerca de El Carmen.

Mientras tomábamos decisiones, llegamos a El Carmen y aquí giró de nuevo la suerte, decidieron ir a Pedernales. El Carmen ya dibujaba una idea breve de lo ocurrido: casas colapsadas, grietas y una ciudad donde el miedo estaba presente. La gente quería volver a sus hogares, pero muchos ya eran escombros. Quería llorar y dar gracias que toda la familia estaba bien. Tocaba recuperar lo que se había salvado.

De nuevo en el vehículo. Ahora había algo de silencio. La carretera nos dijo que Pedernales estuvo muy cerca del epicentro. La entrada a la ciudad nos golpeó. Saltamos del transporte de los bomberos y comenzamos a fotografiar, a documentar, lo que estaba sucediendo. El calor sofocaba tanto como las escenas que se sucedían.

El terremoto sacudió con fuerza, transformó edificios de 4 plantas en metros de escombros, carros llenos de los enseres salvados querían abandonar el lugar donde vivieron, la gasolinera se llenó de vehículos. Hubo tensión, los primeros militares y policías debieron intervenir.

Más adentro, la ciudad era un cúmulo de escombros, de personas en estado de shock, de quien tiene a sus familiares bajo toneladas de

ruinas, con la esperanza de que estuvieran vivos. Rescatistas, militares, policías, personas voluntarias de un lado a otro.

Máquinas que movían los escombros y polémica por si tan pronto debían de intervenir, situaciones donde familiares pedían ayuda porque habían escuchado a los suyos pedir socorro. Horas de angustia. Después, los cuerpos aparecían sin vida.

Avanzaba la tarde y al estadio donde se improvisó un centro de operaciones, las furgonetas con los primeros cuerpos entraban y salían. Llegaba la noche, y las calles se llenaban de personas que habían quedado en la ciudad para cuidar sus casas o porque no tenían cómo salir. Las calles ya no solo se llenaban de escombros, sino de colchones; el miedo no daba para dormir dentro de las casas que habían quedado en pie.

Los rescates siguieron hasta el amanecer. Debía retirarme, preparar el material y enviarlo. Difícil olvidar ese primer día. Delante de la laptop tocaba seleccionar las primeras imágenes. Y llegaron los problemas que se dan en este tipo de coberturas. Uno de los primeros es la transmisión de imágenes. El envío a través de las redes de telefonía estaba colapsado. La inmediatez era un elemento que jugaba en nuestra contra, tocaba esperar y se requería grandes dosis de paciencia para conseguir enviar el primer paquete de imágenes.

En un proceso de rescate, las primeras 72 horas son esenciales. Los equipos se turnaban y con pocas horas de sueño tocaba de nuevo estar en los puntos donde se sucedían los rescates. En cada rescate se vivían situaciones dramáticas. Mientras avanzaban las tareas de rescate, los familiares no perdían la esperanza de que hubiese supervivientes. A veces eran largas horas de espera. Subía la tensión a medida que las palas llegaban a donde podían estar atrapadas las personas. Algunos objetos delataban la cercanía. Ropa, calzado, maletas eran reconocidos por los familiares. Escenas difíciles de describir, momento en el que algunas personas se derrumbaban, difícil también para uno mismo. Finalmente,

con la salida de los últimos escombros aparecían los cuerpos que con suerte habían sobrevivido, pero Pedernales no dio muchas oportunidades y en la mayoría de los casos, las imágenes de la salida de los cuerpos sin vida se repetía.

Era en ese último momento cuando las personas desfallecían. No perdían la esperanza de encontrar con vida a un familiar. Estas escenas se sucedían en uno y otro rescate. Lágrimas y miradas perdidas. A los equipos de rescate les tocaba contener el sufrimiento y recuperar los cuerpos. A nosotros documentar lo que estaba sucediendo. Con una o cien coberturas, siempre se remueve uno por dentro.

Junto a estas escenas la gente sigue luchando, levantando lo poco que queda, ayudando como se puede, con cocinas improvisadas se da un poco de arroz y atún. Así, entre un vaivén de emociones, se suceden los primeros días de cobertura en una de las ciudades más golpeadas.



PERFIL

Josep Vecino. Especializado en fotoperiodismo y fotografía documental con más de 10 años de experiencia de trabajo en medios y agencias. Especializado en fotografía en zonas de riesgo y catástrofes naturales o humanitarias, DDHH y comunicación audiovisual para el tercer sector. Ha realizado coberturas en México, Ecuador, Guatemala, Marruecos, India, Nepal, Tailandia, Myanmar, Bosnia, Palestina, Malasia, Singapur, Kenya, Etiopía, etc. Actualmente sus imágenes son distribuidas a través de agencias Anadolu Agency, Getty Image, AFP, etc. También desarrolla su trabajo en fotografía humanitaria y DDHH, trabajando con ONGD y Comisiones de Observación de DDHH. En los últimos años ha trabajado y colaborado con diferentes ONGD's y organizaciones. Miembro fundador del medio onlineSemana56.com, donde colabora como editor de contenidos gráficos en Ecuador y fotoperiodista. Es co-fundador del proyecto Phototravel Experiences, basado en la creación de experiencias de viaje fotográfico.

EL INFIERNO EXISTE

Desirée Yépez

En Tarqui –Manta- la muerte es la anfitriona. Las vigas, las losas, los escombros y las retroexcavadoras dan la bienvenida a un escenario solamente visto en una película apocalíptica, de esas que muestran el fin de los días como algo inverosímil, pero en Manabí no hay nada más real. El olor es insoportable. El vaho putrefacto, espeso, condensado, también cuenta que por ahí se arrasó la vida. El sol lo calcina todo. Desde la mitad del cielo los rayos abrasan a más de 30 grados centígrados y una nube de polvo frena la respiración. El infierno existe.

Han pasado cerca de 43 horas desde que la naturaleza se ensañó con la costa ecuatoriana. La odisea para ir allá empieza en Quito. Hasta en la sala de protocolo de la Fuerza Aérea Ecuatoriana (FAE), en el aeropuerto Mariscal Sucre, se instalan decenas de personas en busca de un espacio en los vuelos humanitarios que se dirigen hacia la zona del desastre. Son familiares de víctimas, voluntarios, rescatistas, médicos, periodistas que quieren llegar a constatar la magnitud del terremoto del 16 de abril de 2016.

Los vuelos gestionados por la FAE son operados con aviones de TAME. Trasladan, gratuitamente, alrededor de 120 personas cada uno. Los aviones aterrizan en la Base Aérea Eloy Alfaro de Manta. El principal puerto pesquero de Ecuador es uno de los epicentros del desastre, ahí se asentó la tragedia.

Es lunes 18 de abril de 2016. En Manta prácticamente no hay carros en la calle, ni gente en la playa. Al caminar se observa cómo donde antes se levantaban lujosos edificios solo hay escombros. “Estamos mal”, repite Dany Vera. Él vive en el barrio El Barbasquillo, uno de los más modernos de la ciudad.

Pero ni los edificios modernos pudieron con la fuerza de la tierra. Están vacíos. Los únicos que quedan en la zona son guardias de seguridad para vigilar los vehículos o pertenencias de los propietarios que se fueron hacia Quito o Guayaquil. Las construcciones están devastadas. Es un pueblo fantasma.

El impacto visual es muy fuerte, muy violento. Por ejemplo, en Tarqui, las miradas y los curiosos se instalan frente al centro comercial Felipe Navarrete aplastado totalmente. Unas cuadras más allá, en el hotel Panorama, igual. Todo se vino abajo. Los espacios vitales que quedan son muy pequeños.

No han pasado ni 48 horas y ya se observa maquinaria pesada removiendo los escombros. Éber Arroyo, líder del Cuerpo de Bomberos de Quito a cargo de las tareas de rescate en esa zona, explica que, de otro modo, es imposible rescatar cuerpos y buscar vidas. "Hay expertos que satanizan el uso de maquinaria pesada. Si no hubiese tomado esa decisión, tres personas más morían. No es lo que se utiliza, es cómo se utiliza", indica.

Tarqui es como un campo de guerra. De la popular zona hotelera solo quedan escombros, vigas y basura en el suelo. 12 hoteles se desmoronaron.

Los escombros paren cadáveres que esperan en la vereda. Ante la mortandad, hay quienes se resisten a creer lo que ven sus ojos y esperan encontrar con vida a sus familiares. Se acercan hasta los periodistas y, entre lágrimas, cuentan sus historias como esperando que influyéramos en los rescatistas. Es mucho dolor.

48 horas después del terremoto, solamente en Manta se registraron 105 víctimas mortales.

La reacción ante el desastre debió ser más inmediata. Así opinó Éber Arroyo, del Cuerpo de Bomberos de Quito. ¿La reacción de quién? De todos los organismos de socorro. Todo confabuló para obstaculizar la

movilización inmediata de recursos. Las vías estaban cerradas. Las autoridades tienen pendiente evaluar sus estrategias tomando en cuenta tiempos, respuesta y mecanismos alternos.

Las condiciones del Hospital del IESS de Manta complican la situación, parte de su estructura se desplomó y no puede atender la demanda que requiere la tragedia. De hecho, uno de sus pacientes falleció el 16 de abril al caerle parte del techo. Según su director administrativo, Julio Álvarez, desde que ocurrió la tragedia recibieron cerca de 160 pacientes, 11 murieron. Para atender las emergencias se armó un campamento en los exteriores de la casa de salud y solo reciben a las víctimas del terremoto, según su complejidad se las deriva a Quito.

El hospital que colapsó tenía capacidad para 120 camas. Dos días después del desastre se lo ve habilitado en su exterior. Atiende en carpas. Uno de sus pacientes es Erick Intriago de 12 años. El niño está sedado, sobre una camilla. Sufrió un shock nervioso y no reconoce a sus familiares. Luego del terremoto solo quiere correr y las réplicas incessantes aumentan su angustia. “Está como en psicosis. Le pusieron un tranquilizante, pero solo quiero que mi hijo vuelva a ser normal”, dice su madre, Francisca Valarezo.

En medio del drama, la especulación con bebidas y alimentos. Un galón de agua llega a costar nueve dólares. Las cadenas de autoservicios limitan su atención y varias tiendas de barrio prefieren no atender.

“No tenemos nada, ni un plato desechable. No hay comida, no hay agua”, reclama Rosa Cedeño, habitante desde hace 12 años de la parroquia Tarqui.

A pesar de los esfuerzos, la entrega de donativos no llega a todos los rincones. Según el vicepresidente Jorge Glas, hasta Manta, a dos días del movimiento telúrico, llegaron 12.000 raciones alimenticias para distribuirse al resto del Litoral norte. Pero al preguntarle sobre cómo hacen la entrega a los sitios más afectadas, no supo dar detalles. Solo dijo que hay puntos de acopio en Manta y en Portoviejo y cerró la puerta de la

sala de reuniones instalada en la torre del hotel Oro Verde.

Por 15 dólares es posible encontrar hospedaje en esa zona del puerto, asumiendo los riesgos de dormir –un imposible– en una estructura cuarteada por la sacudida de la tierra.

Luego de una noche de sobresaltos y taquicardia por el impacto de las imágenes y las réplicas constantes, se emprende el viaje hacia Portoviejo, la capital de Manabí. En la carretera, aparecen personas clamando por ayuda. Cuando ven camiones o transportes del Estado se acercan por agua y alimentos.

El grito apresurado de un hombre es la señal de que en el centro de Portoviejo la muerte no se instaló por completo. No, no se trata de una persona atrapada entre los escombros pidiendo auxilio. Es un menudo hombrecillo que habla por celular en la planta baja de la que hasta hace 65 horas, fuera una casa de dos pisos. El señor de cabello blanco, tez morena y de no más de 1,60 de estatura, dirige a otros dos que sacan ropa, telas, sillas y cajones de la vivienda a punto de colapsar.

-¡Electra, ven que van a demoler la casa! -grita el hombrecillo.

Tres días después del desastre, Jairo Santana reingresa al centro de Portoviejo que luce desolado, casi no hay nada ni nadie. Los bomberos continúan, sudorosos, revisando escombros. Visten enterizos negros con rojo y portan cascos para protegerse. Prácticamente están seguros de que ya no hay sobrevivientes. Para ese momento se habían encontrado más de 100 cadáveres. Entre la tragedia, Santana intenta reconstruir su vida. Su casa se levantaba en una zona altamente comercial de la ‘Rock City’, en la intersección de las calles Chile y Francisco P. Moreira. En la planta baja de su vivienda funcionaban tres locales de ropa y telas. A pocas cuadras de ahí se alzaban los almacenes Comandato, Super Éxito y Calzado Muriel, ahora devastados. A fines de 2014, en su calle se realizaron obras de regeneración urbana por casi un millón de dólares. Ya no queda nada. “Necesitamos hacer renacer el comercio en Portoviejo. Mientras no pasan las cosas, uno no siente, hoy me doy cuenta del

valor de la vida”, dice mientras ordena unos muebles y colchones para llevarlos hasta un lugar seguro.

El aspecto de la capital manaba recuerda al de la Zona Cero de Nueva York, el pasado 11S. Una nube de polvo flota en las calles principales por las que unos pocos curiosos se movilizan a pie o en bicicleta.

El escenario es hostil para quienes viven en la zona céntrica e improvisan campamentos en las veredas. Ahí tienen cocinas, fogones, colchones. Conviven en comunidad. Se protegen del sol con plásticos y se quejan de que al estar cerca de la zona de acceso restringido se limita la llegada de los donativos. La comida, el agua y la medicina para personas de la tercera edad son escasas.

El exaeropuerto de los Reales Tamarindos, cerrado hace algunos años, funciona como albergue. En sus exteriores también hay manabitas que ruegan por alimentos al primer foráneo que observan. Esto difiere de lo que se vive al interior, en donde el refugio es una suerte de hotel que ofrece tres comidas al día, atención médica y psicológica, pero a la intemperie, entre plásticos y sábanas que hacen las veces de cortinas.

Según un rescatista del Cuerpo de Bomberos de Machala, que trabaja en la zona, el domingo 16 de abril, el presidente Rafael Correa dispuso, desde el avión presidencial, se evacúe a los portovejenses que habitaban en zonas de riesgo y se los reubique. Con ese propósito instalaron 150 carpas, aproximadamente, y cientos de colchones para atender a los afectados por el terremoto.

La fuerza natural que destruyó poblaciones enteras fue la misma que unió a la sociedad ecuatoriana a través de una cadena de solidaridad. Jóvenes, adultos, hombres, mujeres, comunes y corrientes, apostaron por levantar a Ecuador durante la crisis humanitaria generada por el terremoto. Miles de ecuatorianos se unieron para dar respuesta a quienes más lo necesitan. Un mes después del desastre, las estrategias de ayuda

ciudadana no cesaron, se perfeccionaron e intensificaron.

Las redes sociales fueron determinantes en el desarrollo de cruzadas que gestionaron la atención primaria a los damnificados. La colaboración incluyó desde la donación y entrega de víveres y artículos de primera necesidad, pasando por la construcción de refugios temporales, hasta estrategias de prevención de violencia sexual en situación de vulnerabilidad.

Todo empezó la noche misma del sábado 16 de abril. Tras el movimiento telúrico, Internet fue el principal espacio de difusión de información. Los medios de comunicación tradicionales no ofrecieron mayores detalles de lo ocurrido, mientras que Facebook y Twitter fueron las ventanas para dimensionar la magnitud del desastre que acabaría con la vida de más de 650 personas y dejaría a otras 29.067 sin vivienda. En ese momento los ciudadanos se volcaron a atender las zonas de desastre, alejados de cualquier filiación o doctrina política.

A través de Facebook, los ecuatorianos fueron voceros para transmitir la necesidad de ayuda. Restaurantes y casas se convirtieron en los primeros sitios de acopio. Al día siguiente de la sacudida, el domingo, hubo quienes empezaron a recibir las donaciones. La meta: llenar camionetas, camiones, aviones, con víveres, medicinas y artículos de primera necesidad para conducirlos hacia el sitio del desastre. Todo fue espontáneo y era la primera vez para muchos involucrados en gestiones de esta dimensión.

Los voluntarios clasificaron y armaron ‘kits de ayuda’. Se entregaron miles de galones de agua y de paquetes que incluían arroz, enlatados y artículos de primera necesidad. También se desplazaron para construir refugios temporales con madera y bambú, sobre todo en las poblaciones pequeñas de la Costa donde muchos damnificados improvisaron su vida en carpas al pie de las carreteras. Lograron hacer estas obras con donaciones de materiales y herramientas de construcción.

Karla Morales, abogada y activista de Derechos Humanos, se con-

virtió en el rostro del voluntariado en Ecuador. Fue tal su nivel de liderazgo, que los municipios de Quito y Guayaquil la buscaron para coordinar la asistencia en la entrega de ayudas. Cuatro meses después del desastre, su trabajo se mantiene.

A través de la cuenta de Twitter @KarlaMoralesR, con más de 32.000 seguidores, fue posible constatar el trabajo apoteósico de esa ecuatoriana. Su misión incluyó brigadas con voluntarios, médicos, evaluadores comunitarios y psiquiatras en las regiones asoladas por el desastre. Para ella, ni las fronteras supusieron un límite. Sorprendió al comunicar que consiguió que la Patrulla Aérea colombiana apoyara su causa. Médicos del país vecino llegaron a Ecuador el 24 de abril. Trabajaron puerta a puerta y elaboraron historias clínicas de sus pacientes.

La solidaridad de la activista abasteció a 30 comunas costeras: Canoa, Jama, Pedernales, Bahía, San Isidro, Rambuche, La Badea, Estero Seco, Cojimés, Cabuyal, Muyugal, San José, Anconcito de Salinas Manabí, Río Mariano, La Cabuya-Santa Rita, Pasa Borracho, San Vicente, Calderón, Alajuela, San Plácido, Rodeo, Calceta, Tosagua, Progreso de Dios, Río Canoa, Río Muchacho, Campamento, Matal, Zapallo y Briceño. Su equipo lo integraron rescatistas de animales, médicos, ingenieros, constructores, psicólogos.

En las zonas vulnerables, una de las problemáticas más complejas que degenera una crisis humanitaria es la violencia sexual. Los albergues y refugios de las provincias afectadas, Manabí y Esmeraldas, no fueron la excepción. También a través de Twitter colectivos feministas denunciaron una presunta violación a tres niñas en Muisne (Esmeraldas), uno de los cantones más perjudicados. En ese contexto nació la estrategia 'PITA Fuerte. Poder para Manabí y Esmeraldas'.

Cristina Burneo fue una de las difusoras de la campaña que incentivó el uso del pito en situaciones de riesgo. La técnica que se aplica a escala mundial consiste en que niñas, niños y mujeres en condición de refugiados cuenten con un silbato para alertar sobre una posible emer-

gencia.

El proyecto contó con una página en Facebook, en donde se explicó su funcionalidad y motivó a la ciudadanía a incluir los silbatos entre los donativos para que sean parte de los kits de ayuda.

Según las cifras oficiales, 150.000 niñas y niños fueron afectados como consecuencia del terremoto. Perdieron su casa, sus familias. Fueron reubicados en albergues temporales. Un grupo de ciudadanos diseñó un proyecto para los más chiquitos: debían construir títeres para interactuar y crear sus historias. Así se entretienen los niños mientras los adultos levantan de nuevo a las ciudades costeras.

El terremoto del 16 de abril marcó un antes y un después en la historia del Ecuador. Nadie está preparado para enfrentar un fenómeno de esa magnitud y contar el infierno que se vive. El infierno existe. Hay mucho dolor. Todavía hay mucho dolor.



PERFIL

Desirée Yépez. Periodista. La necesidad de contar historias la encaminó hacia los grupos vulnerables, marginados y/o discriminados. Fue seleccionada por Agencia Pública, de Brasil, para cubrir temas vinculados a DD.HH. en el contexto de las Olimpiadas Río 2016. Ha escrito para El Mundo, de España; The Clinic, de Chile; SoHo, PLAN V, Diario El Comercio, La Barra Espaciadora, Revista Vanguardia y Diario Expreso, de Ecuador. Realizó la cobertura del terremoto en Portoviejo y Manta, Manabí.

MANABÍ PARTIDA

LOS ROSTROS DEL TERREMOTO

Gianna Benalcázar Manzano / fotoperiodista



En la parroquia de Tarqui, en Manta, los familiares de los desaparecidos esperaban por la fatal noticia.





Los rescatistas fueron fundamentales en el rescate de cuerpos. Hasta la Zona Cero de Manta llegaron uniformados de varias partes del país y del mundo. Abajo, un hombre con todas sus pertenencias.





El terremoto dejó ver la pobreza de los manabitas. Abajo, un agotado rescatista en labores.





Los habitantes de Manta colaboraron en la remoción de escombros.





Los damnificados llegaron al albergue de Portoviejo, en el viejo aeropuerto. Al ingresar no tenían alimentos ni colchones.





Las aves carroñeras sobrevuelan Portoviejo. Los atrajo el olor a muerte.





En el centro de Portoviejo se registraron saqueos luego del sismo. La Policía intentó controlar.





Dos niñas caminan en el albergue de Portoviejo. Abajo, el edificio del Instituto de Seguridad Social de Bahía de Caráquez luego de un mes de la tragedia.





Un motorista contempla el desastre. Abajo, una familia de Coaque vive en una carpa improvisada.





En el barrio María Auxiliadora, de Bahía de Caraquez, no llegó la ayuda estatal. Únicamente la solidaridad de la sociedad civil.





Pedernales fue la población más afectada. Un 80% de esa urbe quedó en ruinas





Una mujer despierta a su hermano muerto en la Base Aérea de Manta. El militar murió en Tarqui.



58 SEGUNDOS A 72 HORAS

CRÓNICA DE UN RESCATE

Josep Vecino / fotoperiodista



Pedernales fue una de las ciudades más castigadas por el sismo.



Según cifras oficiales, 173 personas perdieron la vida en esa ciudad.



Con las primeras noticias del impacto del terremoto se pusieron en marcha los dispositivos de rescate. Unidades de bomberos salieron de madrugada con destino a las ciudades más afectadas. A primeras horas del 17 de abril, llegué a Pedernales. No esperaba encontrar ese escenario.





La ciudad se ha convertido en un vaivén de personas, entre los que no pueden marchar y los que salen como un éxodo





Se calcula que el 70% de las edificaciones fueron afectadas por el sismo en Pedernales. Ante lo poco de sus bienes que quedó en pie, muchas personas descansaron con miedo a la noche.



En otras partes de la ciudad, la maquinaria trabajaba despejando escombros, algo que generó polémica.



En el estadio de fútbol de Pedernales se instaló el Comité de Operaciones de Emergencia. Personas heridas, en busca de ayuda, o vehículos con fallecidos llegaron sin parar.





Bomberos, Cruz Roja, militares, policías y personas voluntarias ayudaron en la tarea.





La primera fue una de las muchas noches que tocó dormir en la calle.



El miedo a nuevas réplicas llevó a muchas personas a dormir en los exteriores.



En las primeras horas se desconocía el número de personas fallecidas. Así como se rescataban los cuerpos sin vida, llegaban los ataúdes.





Desde la primera hora se organizó los turnos para la búsqueda de supervivientes. Las dificultades de los trabajos de remoción de escombros llevó a los rescatistas a poner su vida en riesgo.





El sismo destruyó gran parte de la ciudad, edificios fueron reducidos a escombros.



Caminar por las calles, recordaba a esas ciudades devastadas por los bombardeos.



Pedernales era una ciudad costera con un centenar de hoteles.



El hotel Royal quedó totalmente destruido, hoy es difícil imaginar sus cuatro plantas.



Se intentó recuperar cualquier alimento bajo los escombros. La ayuda que llegó fue insuficiente. Muchas personas decidieron abandonar la ciudad. La tierra no paraba de moverse. Los damnificados salieron a las carreteras y miles improvisaron campamentos.





En una ciudad donde no hay luz, ni agua, muchas personas quedaron incomunicadas. Las primeras ayudas se canalizaron hacia la población que no pudo salir. Fue importante restablecer las comunicaciones.





El pedido de ayuda fue la constante en las carreteras. Los afectados demandaban alimentos y agua.



ÍNDICE

CONTRA EL RUIDO BLANCO: HISTORIAS DE SEIS MEDIOS DE COMUNICACIÓN EN EL TERREMOTO

Cristina Arboleda _____ 15

EL DESCONSUELO DE MANABÍ A TRAVÉS DE MI CÁMARA

Gianna Benalcázar Manzano / fotoperiodista. _____ 27

LOS SILENCIOS DEL TERREMOTO

Jean Cano _____ 34

DE CUANDO HAY QUE ESCRIBIR MALAS NOTICIAS

Soraya Constante _____ 41

UNA JORNADA DE HORROR

José García _____ 47

‘NO ME LO CONTARON... LO VIVÍ’

Manuel Gonzales _____ 60

PORTOVIEJO TRAS LA CATÁSTROFE

Pablo Jaramillo _____ 69

LO QUE QUEDA

Óscar Molina V. _____ 75

38 FOTOS

Susana Morán _____ 82

LA COBERTURA MÁS FUERTE Y SENTIDA EN TRES DÉCADAS

José Olmos _____ 89

HISTORIAS DE AMOR Y DOLOR

Allen Panchana Macay _____ 101

EL TERREMOTO QUE DESTRUYÓ PEDERNALES

Freddy Paredes _____ 113

LA COBERTURA PARA LA QUE JAMÁS SE ESTUDIA

Roberto Rueda _____ 124

EL PRIMER VIAJE

Josep Vecino _____ 132

EL INFIERNO EXISTE

Desirée Yépez _____ 136

“El día del terremoto, Marcelo que vivía en el mismo edificio donde funcionaban la radio y el consultorio dental de su mujer, estaba descansando en su habitación con su esposa y sus tres nietos. A uno de los pequeños le dio hambre, pidió un biberón y la abuela con los niños fueron hasta la cocina. Entonces se produjo el gran sacudón. El edificio colapsó. El único dormitorio que quedó suspendido en el aire fue el de Marcelo, con su cama en un borde, a punto de caer. Él fue el único sobreviviente en el edificio... (Después de esta desgracia) Ahí estaba Marcelo Cepeda, con dos de sus hijos, colaboradores de la radio y otros amigos. Habían logrado levantar la antena de enlace con una caña y con equipos prestados estaban listos para volver al aire, pero faltaba arreglar la antena en el cerro...”

Historia de un radiodifusor de Pedernales.

Mira también el documental
06:58 PM. LOS MEDIOS DEL TERREMOTO



Lee el código QR con tu smartphone

Visítanos en www.fundamedios.org

ISBN 978-9942-14-808-7



9 789942 148087